Cupido ¡POR QUÉ MI Jefe!



VEGA MANHATTAN

Cupido, ¡por qué mi Jefe!

©Vega Manhattan

©Febrero, 2025

Imágenes: Freepik

Diseño de portada y maquetación: Vega Manhattan

Este libro y su contenido están protegidos por las leyes de derechos de autor. Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación de información, la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos— sin el permiso previo y por escrito del autor o del titular de los derechos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Cupido ¡POR QUÉ MI Jefe!

VEGA MANHATTAN

Sinopsis

Una boda de ensueño.

Y un solo instante para ponerlo todo patas arriba.

Jocelyn llevaba años organizando bodas, pero ninguna como aquella. Porque en esa ocasión, el novio era Aiden Collins.

Su jefe. Su amigo. El hermano de su mejor amiga.

El hombre al que había aprendido a ignorar para proteger su corazón.

Todo iba según lo planeado… hasta que se escuchó un “No quiero”.

Dos palabras bastaron para romperlo todo y llevaron a Jocelyn a cruzar un límite que había jurado no cruzar jamás.

¿Permitirá Aiden que se eche atrás?

ÍNDICE

Sinopsis
Introducción
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

NOVELAS

«Para aquellos amores que siempre han estado ahí, esperando el momento adecuado para arder.»



Introducción

Si Cupido supiera hacer su trabajo, el amor sería como las matemáticas: exacto, predecible, lógico.

Uno más uno, dos.

Tú me gustas, yo te gusto, felices para siempre.

Pero no. Por alguna retorcida razón, el cabronazo con pañales tiene una obsesión enfermiza con los amores no correspondidos.

Vamos, que el niñato es un sociópata emocional con alas, básicamente.

Y no, no es culpa tuya. Porque sé que te has culpado. Yo también lo he hecho.

Porque cuando una se enamora de alguien que no siente lo mismo, el cerebro empieza a buscar razones.

Y, porque somos expertas en culparnos por todo, lo primero que pensamos es: "Si no me quiere, es porque algo hice mal."

"Quizás no soy lo suficientemente interesante / atractiva / graciosa / especial."

Es un mecanismo jodido, pero común: asumir que fallamos nosotras.

Pero aquí el único que falla es el infame arquero celestial, hijo del dios de la guerra —lo que explica muchas cosas—, que va lanzando flechas a lo loco.

Sin mirar, sin pensar, como si estuviera echando una partida de dardos después de tres copas de más.

Dispara, se rasca el trasero y, si no funciona, pues que cada una se las apañe con su miseria emocional.

Porque si hay algo peor que estar sola, es estar sola en un sentimiento que, por definición, debería ser de dos.

Y lo más irónico es que, cuando el que no siente por fin abre los ojos, cuando se da cuenta de lo que siempre tuvo delante… muchas veces ya es tarde.

Así que, Cupido, colega, no sé cuál es tu criterio a la hora de emparejar a la gente, pero te lo suplico:

Apunta mejor.

O, al menos, juega limpio.

Porque te juro que, como sigas disparando sin mirar, te bajo del cielo y te meto las flechas por el culo.



Prólogo

JOCELYN

Había imaginado ese día demasiadas veces. Más de las que estaba dispuesta a admitir.

Todo comenzó años atrás…

Elise y yo nos balanceábamos en los columpios, moviendo las piernas sin demasiada fuerza. El parque estaba medio vacío, salvo por un par de niños más pequeños jugando en el tobogán.

—Mis padres se van a divorciar —solté de repente.

Elise frenó el columpio de golpe, clavando los pies en la arena y se giró a mirarme.

—¿De verdad? —la incredulidad en su voz.

La verdad era que hasta a mí me había sorprendido la noticia.

La miré de reojo y asentí.

—Sí. Mi padre me lo dijo ayer.

Elise parpadeó varias veces.

—¿Eso significa que ya no van a vivir juntos?

Dejé que el columpio se moviera solo.

—Sí…

Elise frunció el ceño.

—¿Y tú con quién vas a vivir?

—Con mi padre. Mi madre se va a otra casa.

Elise suspiró de alivio.

—Menos mal, no quiero que te vayas lejos.

—Yo tampoco quiero irme lejos…

Era verdad. Irme significaría estar lejos de mi padre y de Elise, y yo no quería eso.

—¿Entonces vas a tener dos casas?

Me encogí de hombros.

—Supongo.

—¡Qué suerte!

Miré a mi amiga, confundida.

—¿Por qué suerte?

—Porque tendrás dos habitaciones. Y dos fiestas de cumpleaños. ¡Y regalos dobles!

Negué con la cabeza y pensé en mi madre.

—No creo que funcione así. Mira Daniel, no tiene dos de todo —dije, refiriéndome a un compañero de clase cuyos padres se habían divorciado el año anterior.

—Pero ahora tiene dos madres. Su madre y la novia de su padre.

—Mi padre no quiere otra esposa —Elise enarcó las cejas—. Es verdad, me lo dijo ayer. "No te preocupes, Jocy, no entrará ninguna otra mujer en esta casa" —imité el tono de mi padre con una seriedad exagerada.

Elise se tapó la boca con ambas manos, conteniendo una risa.

—Pues mejor, porque entonces tendrías que llamarla "mamá".

Puse cara de horror.

—No lo haría ni aunque me dieran un millón de caramelos.

Elise soltó una carcajada al ver mi expresión. Yo sonreí, bajé la cabeza y removí distraídamente la arena con la punta del zapato.

Elise suspiró entonces.

—¿Por qué se van a divorciar?

Me encogí de hombros. Era difícil responder a eso, porque no me lo habían explicado.

—Creo que porque no se quieren.

Elise bajó la voz, como si estuviera diciendo algo prohibido.

—Pero son marido y mujer.

Fruncí el ceño.

—No todos los maridos y todas las mujeres se quieren.

—¿Entonces por qué se casaron? —se refería a mis padres.

—Porque en ese momento sí se querían.

—Pero el amor verdadero no se acaba —dijo Elise, con la confianza de quien había visto suficientes películas para considerarse experta—. Si se acaba es porque no era amor de verdad.

—Sí podía serlo, pero cambiaron de opinión. Como cuando tú decías que te encantaban las lentejas y ahora dices que saben a tierra.

—No es lo mismo —negó rápidamente.

—Aja…

—¿Y tú qué piensas? ¿Estás triste?

Me quedé en silencio, pensativa.

Se suponía que debía decir que sí. Que la idea de que mi familia se separara me hacía sentir triste o enojada. Pero no lo estaba.

En mi casa siempre había gritos. Mi madre pasaba poco tiempo allí. Siempre tenía algo más importante que hacer. Y cuando estaba, todo era discusiones y peleas.

—Creo que va a ser mejor así —dije al final.

Elise asintió con la cabeza, como si por fin entendiera algo que antes no había considerado.

—Bueno, si te sientes triste, puedes venir a mi casa a comer galletas.

Sonreí por primera vez en el día.

—¿De chocolate?

—Claro. ¿Qué clase de monstruo hace galletas sin chocolate? —la vi poner los ojos en blanco.

Solté una risa y, por un momento, el divorcio de mis padres pareció un poco menos terrible.

—¿Y tú? —preguntó entonces Elise.

—¿Yo qué?

—¿Vas a casarte algún día?

No respondí enseguida.

Pensé en mi casa. En los gritos. En los portazos. En los silencios largos.

Pensé en mi madre, siempre de un lado a otro, como si la casa fuera solo un sitio donde dormía de vez en cuando.

Pensé en mi padre, que era quien me ayudaba con los deberes, quien me llevaba al colegio, quien me hacía la cena. Y en cómo él nunca sonreía cuando hablaba de su matrimonio.

Pero entonces pensé en las bodas.

En cómo la gente sonreía ese día.

En cómo todos los que iban a una boda parecían convencidos de que lo que estaban presenciando era para siempre.

En cómo yo quería creer que era cierto.

—Sí —respondí al final—. Yo me casaré.

Elise sonrió ampliamente.

—Y mis padres organizarán tu boda —dijo emocionada. Sus padres se dedicaban a eso—. Y yo los ayudaré para que sea la boda perfecta.

Ya casi podía imaginar ese momento…

—Sí. Y yo sí seré feliz.

Con los años había aprendido que casarse no era garantía de felicidad, que una relación no se medía por una ceremonia cuidadosamente decorada ni por un anillo ridículamente caro.

Pero yo seguía queriendo casarme.

Y después de años siendo yo la que organizaba bodas para otros, lo tenía todo planeado.

Empezando por el vestido.

Claro que mi visión del atuendo perfecto había evolucionado con los años: de princesa de cuento a diva minimalista y luego a un punto medio entre “quiero verme espectacular” y “necesito poder respirar y caminar sin ayuda”.

Porque las prioridades cambian cuando pasas de los quince a los treinta y te das cuenta de que el glamour sin comodidad es básicamente una condena segura al sufrimiento.

El escote en forma de corazón: romántico, favorecedor y, sobre todo, diseñado para que la gravedad no me traicionara en el peor momento.

Sin mangas, por supuesto, porque menos tela significaba menos calor y menos riesgo de parecer un pastel de merengue. Un corte en A, cómodo y elegante, acompañado de un velo perfecto.

El escenario de la boda también estaba cuidadosamente elegido.

Nada de iglesias o salones con moqueta dudosa. No.

Mi boda sería en un jardín iluminado con lucecitas estratégicamente distribuidas para crear un efecto mágico.

Y el novio, por supuesto.

Él también había sido elegido.

—¿Con quién? —preguntó Elise, volviendo a columpiarse.

—¿Con quién qué?

—¿Con quién vas a casarte?

—¿Cómo lo voy a saber? —resoplé.

Es que Elise tenía a veces unas preguntas…

—Pues yo sí lo sé.

Y no dijo nada más, claramente esperando que fuera yo quien le sonsacara.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

…

Y otra vez silencio.

—¿Y con quién te vas a casar?

—Me casaré con alguien guapo —dijo mi amiga con una sonrisa traviesa—. Y alto. Muy alto.

—¿Por qué tendría que ser alto? A lo mejor te casas con uno bajito.

—Pero los príncipes de los cuentos son altos.

Puse los ojos en blanco.

—Por favor, Elise. Somos mujeres, no niñas. ¡Y las mujeres no necesitamos un príncipe! —exclamé.

—Ya, bueno… —Elise frunció el ceño—, pero al menos que sea fuerte.

Pestañeé varias veces.

—¿Para qué?

—Para que pueda defendernos.

La miré como si acabara de decir la tontería más grande del mundo.

Que era, precisamente, lo que había hecho.

—¿De qué? ¿De los leones? ¿Del niño que nos robó la merienda en el recreo aquella vez?

Elise saltó del columpio y me miró con los brazos en jarras, ofendida.

—¡Bueno, entonces, ¿qué quieres?! ¿Un novio bajito, feo y que lo tengas que proteger tú a él?

Abrí la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo, una carcajada sonó detrás de nosotras.

Las dos giramos la cabeza al mismo tiempo.

Ahí estaba él.

Aiden, el hermano mayor de Elise, se apoyaba contra la verja del parque con una sonrisa burlona en los labios.

—Vaya, no sabía que estabas haciendo entrevistas de matrimonio, Elise. ¿Ya tienes una lista de candidatos?

Elise resopló y cruzó los brazos.

—¡No me tomes el pelo, Aiden! Estoy intentando explicarle a Jocelyn cómo tiene que ser un buen esposo, pero no me escucha.

—Oh, claro —asintió él con fingida seriedad—, porque a los nueve años una niña debe tener muy claro qué tipo de marido quiere.

Reí bajito mientras Elise fulminaba a su hermano con la mirada.

—¡No es tan raro! Yo solo digo que tiene que ser guapo, alto y fuerte.

Aiden arqueó una ceja y me miró.

—¿Estás de acuerdo con eso?

Me encogí de hombros.

—No sé. Me da igual si es alto o bajito. Pero tiene que ser divertido.

—¿Ves? —Elise me señaló con dramatismo—. ¡Jocelyn dice cosas raras!

Aiden sonrió entre dientes.

—Pues yo creo que tiene razón. De nada sirve que alguien pueda cargarte en brazos si no puede hacerte reír cuando estás triste.

Lo miré de reojo, sintiendo algo extraño en el estómago sin entender por qué.

Elise, en cambio, no parecía impresionada.

—Bueno, igual creo que debería ser guapo.

—Claro, porque las personas feas no pueden enamorarse —bromeó Aiden, poniendo los ojos en blanco.

—¡No he dicho eso!

Aiden rio y nos hizo un gesto con la cabeza.

—Vámonos ya. Mamá dice que es tarde.

Obedecimos sin discutir, aunque Elise no dejó de refunfuñar mientras salíamos del parque y lo seguíamos, de camino a casa.

—¿Es cierto? ¿Se van a divorciar? —preguntó Aiden un momento después.

Lo miré de reojo. ¿Nos había escuchado o los rumores ya habían hecho de las suyas?

Aiden caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos y la vista al frente. Me llevaba cinco años de ventaja, lo suficiente para parecer mayor, pero no tanto como para sentirse completamente un adulto. Elise iba unos pasos por delante, entretenida, pateando una piedra en el camino.

—Sí —respondí.

Aiden asintió lentamente.

—¿Y cómo te sientes con eso?

—Bien.

Elise se giró de golpe y me miró con el ceño fruncido.

—Eso no es verdad.

Levanté una ceja.

—Ah, ¿no?

—No. Finges estar bien, pero te conozco, Jocelyn. No lo olvides. Como cuando dices que te gusta el brócoli solo para que yo lo coma también —volvió a mirar al frente y siguió caminando.

Entrecerré los ojos. Elise siempre se daba cuenta de todo, aunque a veces se hiciera la tonta.

—Es más triste verlos pelear todo el tiempo —dije al final.

Aiden guardó silencio por un momento antes de hablar con calma.

—A veces, cuando dos personas dejan de entenderse, es mejor separarse.

—Eso es lo que dice mi padre.

—Tu padre es un hombre inteligente.

Bajé la mirada y pateé una piedrecita en el camino.

—Pero Elise siempre dice que, si te casas, es para siempre.

Elise asintió con energía.

—¡Porque lo es! He visto casarse a mucha gente y todos dicen que es para siempre.

Aiden sonrió de lado.

—Eso es lo que dicen los cuentos de hadas. Pero en la vida real, las cosas no son siempre así.

Elise bufó.

—¡Pues yo no voy a divorciarme nunca!

Aiden le sonrió con indulgencia.

—Eso espero.

Yo me quedé callada, mordiéndome el labio.

—¿Y tú? —pregunté de repente.

Él giró la cabeza hacia mí, sorprendido.

—¿Yo qué?

—¿Te vas a casar algún día?

Pareció pensarlo por un momento antes de responder.

—Supongo que sí. Cuando encuentre a la persona correcta.

Lo observé con atención.

—¿Y cómo se sabe quién es la persona correcta?

—No lo sé. Pero creo que es cuando no tienes que fingir ser alguien más.

Parpadeé. No había esperado esa respuesta.

Ni había esperado que mi corazón diera un pequeño salto al escucharla.

Porque, de repente, lo supe. Supo con quién quería casarme.

Y no porque fuera alto.

Ni porque fuera fuerte.

Ni porque cumpliera con ninguna de esas ideas tontas de los cuentos.

Sino porque… simplemente lo sabía. Sabía que tenía que ser él.

Años después, ahí estaba Aiden. Con su traje impecable, ese aire de seguridad que lo hacía parecer el hombre perfecto, y esos mechones rebeldes que, por alguna razón, se negaban a ser domesticados.

Todo en él irradiaba elegancia y autocontrol.

Me había imaginado absolutamente todo de aquel día mágico. Hasta el momento exacto en el que todas las miradas se girarían hacia la puerta cuando yo, la novia, hiciera mi entrada.

Cómo el murmullo de los invitados se apagaría poco a poco, dejando solo el eco de mi propia respiración y el latido acelerado en mi pecho.

Cómo mi mundo entero se detendría cuando lo viera a él.

Y él estaba ahí.

Real.

De pie.

En el altar.

Juro que la realidad superaba la ficción. Jamás, ni en mis más locas fantasías, lo imaginé así.

Tan perfecto.

Tan él.

Nuestros ojos se encontraron en cuanto crucé la puerta. Vi sus labios separarse apenas en una exhalación contenida al verme acercarme. Su mirada recorrió cada centímetro de mi cuerpo con asombro, con anhelo.

Sus manos se apretaron con fuerza, como si se obligara a contener el impulso de tocarme.

Y entonces su voz sonó.

Segura.

Firme.

Con el tan esperado…

—No quiero.

…

Silencio.

Pestañeé.

¿Qué?

Negué con la cabeza mientras mi boda de ensueño se desdibujaba y volvía a la realidad. Y el jardín se convertía en la elegante y lujosa sala de un hotel.

A punto estuve de soltar una carcajada irónica. Qué desgraciada era, hasta en mis sueños me decía que no.

Porque como ya habrás podido deducir, aquella no era mi boda.

Yo no era la novia.

Pero él sí era el novio.

Miré entonces a los verdaderos novios, que estaban de pie en el altar, mirándose fijamente.

—¿Perdón? —preguntó el oficiante, con una mezcla de incredulidad y… ¿morbo?

—No puedo…

Y entonces, por si todavía quedaba alguien en la sala que no se hubiera enterado…

—No puedo casarme.

Y así, con una sola frase, destruyó un cuento de hadas.



Capítulo 1
JOCELYN

Días antes…

Organizar una boda no es simplemente elegir un vestido bonito, un pastel de varios pisos y un lugar con luces románticas.

No.

Orquestar un evento de este calibre significa asegurarse de que cada detalle, por insignificante que parezca, sea la diferencia entre un día perfecto y un desastre de dimensiones épicas.

Es coordinar tiempos, gestionar presupuestos y negociar con proveedores que, por alguna razón, siempre eligen el peor momento para complicarse.

Es lidiar con familias que opinan demasiado, asegurarse de que nadie termine en urgencias por una alergia mal registrada y, por supuesto, que los novios no salgan corriendo antes del "Sí, quiero".

Es organizar un menú que funcione para todos: la tía vegana, el primo intolerante al gluten, el amigo que solo come carne y, cómo no, el invitado que a última hora decide que sigue una dieta keto.

Es garantizar que la música sea la correcta, que el fotógrafo no desaparezca cuando más se le necesita, que la decoración esté impecable y que las flores no lleguen en un color que nadie pidió.

Es hacer pruebas de sonido, calcular tiempos de entrada y salida, resolver imprevistos antes de que alguien los note y hacer que todo parezca sencillo… aunque por dentro estés al borde del colapso.

Porque aquí no hay margen de error.

No hay repeticiones.

No existe el "vamos de nuevo".

No hay segundas oportunidades para el brindis, el primer baile o la entrada de la novia. Si algo sale mal, quedará grabado en videos, fotos y en la memoria de cada testigo.

Organizar una boda es dirigir una producción a gran escala donde el margen de error es inexistente.

Y, para colmo, hay que hacerlo mientras se lidia con las emociones desbordadas de todos los involucrados.

Para mí, mi pasión.

Me gustaba ver cómo cada boda reflejaba la personalidad de los novios, cómo los pequeños detalles hacían la diferencia y cómo, después de meses de planificación, todo cobraba vida en un solo día.

Amaba el desafío de resolver problemas sobre la marcha, la satisfacción de anticiparme a los desastres antes de que ocurrieran y la emoción de ver a una pareja feliz al final de la noche, sabiendo que había sido parte de su historia.

Pero antes de llegar a esa postal perfecta, había un sinfín de decisiones que tomar.

Si no, que se lo preguntaran a los novios con los que estaba…

—Este es blanco perla y este es marfil —explicó la encargada del alquiler de mantelería, desplegando con delicadeza los dos manteles sobre la mesa con un gesto ensayado y elegante.

Mi ojo entrenado detectó de inmediato las diferencias. El blanco perla tenía un matiz más frío, con un ligero subtono azulado, mientras que el marfil era más cálido, con un dejo cremoso que resaltaba bajo la luz.

Era una diferencia sutil, sí, pero innegable.

Lo que también noté fue otra cosa: el absoluto terror en los ojos del novio.

Porque los novios solían dividirse en dos grupos: los que se involucraban demasiado en la planificación de la boda y los que entraban en pánico en cuanto alguien mencionaba palabras como “tonalidad” o “paleta cromática”.

El hombre que tenía delante, claramente, pertenecía al segundo grupo.

—Cariño, por favor, mira bien —suplicó la novia, sosteniendo ambos manteles como si le estuviera presentando pruebas cruciales de un caso criminal.

El novio los miró.

Luego me miró a mí, en busca de auxilio.

Luego volvió a mirarlos.

Frunció el ceño, inclinó la cabeza y apretó los labios, como si intentara que su cerebro procesara lo imposible.

—Son iguales, ¿no?

Sonreí.

—No. No lo son —dije con suavidad.

La novia, exasperada, puso los ojos en blanco.

—¿Qué tono combina mejor con el centro de mesa? —preguntó, girándose hacia mí con una mirada expectante.

Observé la mesa donde descansaban las muestras de los arreglos florales y la cubertería.

—Depende —respondí con calma—. ¿Quieres resaltar la cristalería o crear un contraste con la vajilla?

La novia chasqueó los dedos y me señaló con entusiasmo.

—¡Exacto! Jocelyn, tú sí que entiendes.

Y seguidamente le lanzó una mirada de pura decepción a su prometido.

Él dejó escapar un largo suspiro, el de un hombre que estaba atrapado en el campo de batalla de la planificación matrimonial.

—Podría ponerme un mantel de cada color en cada pierna y seguir sin notar la diferencia —resopló.

No pude evitar reír y negar con la cabeza.

—Blanco perla —dije con confianza—. Va mejor con la luz del salón y realza los detalles dorados de la cubertería.

La novia asintió, satisfecha. Pude ver el alivio en su expresión, la satisfacción de saber que la decisión había sido tomada.

El novio, en cambio, simplemente se dejó caer sobre la silla, completamente derrotado.

Si alguien le hubiera advertido que organizar una boda implicaba exámenes sorpresa de tonalidades de blanco, quizás habría reconsiderado su propuesta de matrimonio.

La encargada de mantelería, con una sonrisa profesional y la paciencia de alguien que había presenciado esta escena innumerables veces, se inclinó levemente hacia nosotros.

—Muy bien. Entonces, ¿qué tipo de servilletas prefieren?

El novio palideció.

La novia se llevó una mano a la cadera y chasqueó la lengua.

—La opción de lino en tono champán se ve preciosa —comenté con tranquilidad.

—También tenemos opción de algodón, satén y organza —añadió la encargada, desplegando más muestras con su impecable eficiencia.

El novio se enderezó, el pánico reflejado en su rostro.

—Por favor, dime que champán no es otro blanco.

Reí.

—Es un beige con un toque dorado, nada de qué preocuparse.

El novio suspiró con visible alivio, aunque su expresión aún mostraba dudas.

—A ver, ¿qué diferencia hay entre el lino y el satén? —preguntó, como si ya hubiera aceptado su destino.

—El lino es más texturizado, da una sensación más rústica y elegante. El satén es más suave y brillante, ideal para un toque más lujoso —explicó la encargada con la misma calma de quien repite lo mismo varias veces al día.

—Entonces… —él miró a su futura esposa, buscando desesperadamente una pista—. ¿Cuál es el correcto?

—El lino, claramente —respondió ella sin dudar.

El novio frunció el ceño.

—¿Por qué claramente?

Sonreí y decidí intervenir antes de que esto se convirtiera en otra crisis existencial.

—Porque el satén puede verse demasiado brillante bajo ciertas luces, y queremos algo más sobrio.

Él asintió lentamente, como si intentara grabar cada palabra en su mente para no cometer un error fatal en el futuro.

—Muy bien. Lino champán. ¿Eso es todo?

—Bueno… —comenzó la novia con cautela—. Aún falta decidir el color de las tarjetas del menú, las fundas de las sillas y, claro, las flores.

El novio se llevó una mano al rostro, dejando escapar un suspiro pesado.

—Voy a necesitar un café… o algo más fuerte.

No pude contener la risa.

Iba a ser un día muy, muy largo para él.

Para mí, otra boda, sí, pero no una más. Nunca, ninguna, sería una más.

Organizar bodas no solo era lo que mejor sabía hacer, era lo que me encantaba hacer. Y, siendo sincera, se me daba jodidamente bien.

Tenía un portafolio sólido, una reputación impecable y trabajaba en una de las mejores empresas del sector.

Y pensaba quedarme allí mucho tiempo más.



Capítulo 2
JOCELYN

Adoraba mi trabajo.

La mayor parte del tiempo.

Porque, como todo en la vida, había días en los que quería prenderle fuego a mi agenda, cambiar de identidad y abrir una tienda de souvenirs en una playa remota.

Este era uno de esos días…

Me desperté con esa sensación extraña, ese presentimiento oscuro que se instala en el estómago como un mal augurio con contrato indefinido.

No soy supersticiosa, pero cuando mi instinto me dice que algo va a salir mal, algo va a salir mal.

La confirmación llegó en forma de café caliente derramándose sobre mi camisa blanca. Último sorbo antes de salir de casa, primer desastre del día.

Y así empezó todo.

Después, nada. No encontraba las llaves del coche. El metro hasta las trancas, con más gente de la que parecía físicamente posible. Lluvia inesperada, porque, claro, olvidé el paraguas.

Lo típico de un día que sabes que va a ser un desastre.

A tres días de una de las bodas del año, la de los Montenegro y los Ruiz, —porque, claro, otra de las bodas del año sería la de mi jefe—, en lugar de estar cerrando detalles y disfrutando de la satisfacción de mi impecable organización, estaba ocupada apagando incendios.

O, mejor dicho, esperando a que el fuego me devorase.

Porque si había algo seguro en este trabajo, era que el desastre siempre tenía reservado un asiento en primera fila.

Y ahí estaba yo, que apenas había puesto un pie en la oficina de *Wedding Dreams*, cuando…

—Jocelyn, tenemos un problema.

Cerré los ojos un instante. Un solo y mísero instante.

Al abrirlos, me encontré con Tyler, mi compañero, bloqueando mi camino con cara de malas noticias.

—Buenos días a ti también —suspiré, esquivándolo mientras entraba en mi oficina—. Buenos días a todos.

—¡Buenos días! —exclamaron a la vez.

—Lo de “buenos días” no sé yo… —murmuró el chico alto y moreno, siguiéndome de cerca.

Colgué el bolso en el perchero, dejé el abrigo con la precisión de alguien que necesita al menos cinco segundos de paz antes de enfrentar el apocalipsis, y me giré.

—Vale. Vamos a ello —resoplé, preparándome para lo peor.

—Es el florista —soltó el coordinador de decoración—. Dice que las flores no estarán listas.

Conté hasta tres.

—¿Qué quiere decir con que no estarán listas? —pregunté, tratando de no sonar como alguien al borde de la histeria.

—Pues eso, que no estarán listas —repitió, sus ojos azules fijos en los míos.

—Déjame ver si lo entiendo —proseguí, respirando hondo y mirando fijamente al hombre que tenía enfrente—. Hace seis meses hicimos el pedido. Cuatro meses atrás confirmamos. Hace dos semanas cerramos los últimos detalles. Y hoy, tres días antes de la boda, ¿dice que las flores, que deberían estar listas, no estarán listas?

Silencio.

Luego, un carraspeo incómodo mientras se removía.

—Sí.

Me masajeé las sienes.

La paz, Jocelyn. Mantén la paz.

—¿Puedo saber por qué?

—Bueno, al parecer hubo un problema con los proveedores… ya sabes cómo es esto.

—Ilumíname. ¿Qué tipo de problema?

—Eh… un pequeño inconveniente logístico.

—Define “pequeño”.

Mi compañero carraspeó.

Una vez. Dos veces.

—El cargamento no llegó.

—Pero todavía quedan… —intenté decir.

—No llegará —me interrumpió.

Lo sabía. Si es que lo sabía.

Porque cuando algo empieza mal, siempre hay una segunda parte aún peor.

—¿Cómo que no llegarán?

—Un problema en la aduana… o con el transporte… o algo así —balbuceó—. La cosa es que el envío está retenido y no hay manera de que lo liberen a tiempo.

Inspiré.

Exhalé.

Conté hasta tres, porque hasta diez me parecía excesivo.

—O sea que no tiene ni una sola flor.

—Correcto.

—Ni una rosa, ni una hortensia, ni un triste lirio que puedas rescatar de algún lado.

—Bueno… puede tener disponibles margaritas.

—¿Margaritas?

¿Eso iba en serio?

—Sí.

—¿Para la boda de los Montenegro y los Ruiz?

—Ajá.

—¿Las mismas margaritas que se ponen en funerales baratos y arreglos de supermercado? —enarqué las cejas.

—Eh… técnicamente sí —asintió con la cabeza.

Tuve que morderme la lengua para no soltar un improperio, porque si lo hacía, probablemente iba a terminar gritando como una desquiciada.

Así que opté por la estrategia B: sarcasmo.

—Fantástico. Entonces, en lugar de una boda de ensueño, les podemos ofrecer a los novios una encantadora ceremonia con la estética de un velorio de bajo presupuesto. Suena perfecto.

Mi compañero rio.

A mí no me hacía ni puta gracia.

—Buscaré una solución.

—Mejor que puedas, Tyler, porque si no, te juro que el funeral del florista lo organizo yo. Y no habrá margaritas.

Tyler soltó una carcajada antes de marcharse.

Yo seguía sin verle la gracia a nada.

Me dejé caer cuando la puerta se cerró y apoyé la cabeza en la mesa.

Tres días. Tres malditos días. Y ya podía oír en mi mente los gritos de la novia si no se solucionaba el tema de las flores.

Había que encontrar una solución ya.

Pero ahí no quedó todo, claro que no.

Porque un solo desastre no era suficiente. El universo tenía que asegurarse de que mi vida fuera una sucesión de problemas encadenados.

Luego fue el catering.

Yo aún intentaba procesar lo de las flores cuando llamaron a la puerta del despacho.

Podía no abrir. Fingir que no existía.

Pero mi sentido del deber —y el miedo a lo que pudiera estar pasando ahora— me obligó a

responder.

—Adelante.

—Jocelyn…

Ya el tono de su voz me dijo que no me iba a gustar lo que iba a oír.

Gemí, y miré a la mujer que entraba en el despacho.

—Dime que vienes a confirmarme que todo está listo y que no hay ningún problema con el menú —casi rogué.

Hubo un silencio incómodo.

No, la respuesta no iba a gustarme.

—Bueno… sobre eso…

—No —me levanté de la silla de golpe—. No me hagas esto, Emma. No hoy.

—Ha habido… un imprevisto.

—¿Qué clase de imprevisto? —pregunté, sintiendo cómo el nivel de estrés se me acumulaba en la base del cuello.

La mujer de mediana edad y el pelo corto y rosa chillón, carraspeó.

—El equipo del chef está fuera de servicio.

Me quedé en silencio unos segundos, procesando.

—¿Fuera de servicio? —repetí lentamente, como si la frase en sí no tuviera sentido.

Porque no lo tenía.

—Eh… sí.

—¿Qué significa eso? ¿Que se fueron de vacaciones? ¿Que renunciaron en masa? ¿Que han sido abducidos por extraterrestres? Explícame exactamente qué quieres decir con “fuera de servicio”.

Emma carraspeó.

—Hubo… una intoxicación.

Sentí el peso del desastre caerme encima como un bloque de cemento.

—¿Una intoxicación?

—Sí. En un evento el fin de semana pasado. Algo con los mariscos, al parecer. La mayoría del equipo terminó en el hospital.

Cerré los ojos y me froté las sienes.

—¿Cuántos sobrevivieron?

—¡No es tan grave! —se apresuró a decir—. Todos están bien, solo que no pueden trabajar por ahora.

—Ah, claro. Solo están incapacitados por haber servido comida contaminada y habérsela

comido. Qué detalle menor.

—El problema es que no tienen suficiente personal disponible para garantizar el menú completo.

—Es decir… —sentí que el miedo empezaba a escalar en mi pecho—, que no pueden hacer la cena de cinco tiempos que se contrató con meses de anticipación.

—Exacto.

Me dejé caer en la silla, mirando al techo en busca de paciencia divina.

—¿Y qué sugieren entonces?

El silencio previo a la respuesta me hizo desear no haber preguntado.

—Mini sándwiches gourmet.

Mi mandíbula se tensó.

—Discúlpame, ¿qué?

—Mini sándwiches gourmet —repitió, tan asombrada como yo—. Dicen que tienen dos opciones de pan de masa madre, focaccia, rellenos de roast beef con trufa, salmón ahumado, y una opción vegana con hummus y vegetales asados…

—Emma…

—Sí.

—¿Acabas de sugerir que, en la boda de los Montenegro y los Ruiz, una boda con cuatrocientas personas de la alta sociedad, en un salón de lujo, con arreglos florales que deberían ser espectaculares, pero que por ahora solo son un problema sin resolver… en esa boda, sirvamos sándwiches?

Emma tragó saliva.

—Bueno… yo no. Repito sus palabras. Y técnicamente serían mini sándwiches. Gourmet —enfatizó.

—Oh, sí, claro. Porque si al llamarlos “mini” y “gourmets” de repente suenan más sofisticados —la ironía en mi voz.

Emma rio.

Yo tampoco le vi la gracia a eso, pero bueno.

—Dicen que es lo mejor que pueden hacer con tan poco tiempo.

Me tapé la boca con la mano y respiré profundamente.

—Emma… No. Puedo. Ir. Con. Esta. Noticia. A. Los. Novios.

—Lo sé, pero…

—No.

—Jocelyn…

—No.

—Que ya lo sé —le faltó el “pesá”—, pero entonces… ¿Qué hacemos? En tan poco tiempo será imposible encontrar alguna opción.

Empecé a caminar en círculos por la oficina.

—Necesitamos opciones reales. Algo que no incluya servirles a los invitados lo mismo que podrían comprar en una cafetería de aeropuerto.

—Solo nos queda contratar personal externo.

—Ajá. ¿Y por qué no lo hacen ellos antes de sugerirnos el menú de un brunch barato?

—Porque les llevaría toda la tarde buscar personal de respaldo y coordinar todo… Palabras literales.

—Empieza a llamar. Y encuentra una solución que podamos ofrecerles a los novios antes de que se enteren.

—Haré lo posible.

—No. No hagas lo posible. Hazlo. Por favor —casi le rogué, porque si algo nos faltaba en este momento era un “lo intenté” que no sirviera de nada.

Emma me sonrió.

—No te preocupes, lo arreglaremos. Siempre lo hacemos —dijo con seguridad.

Y con esa confianza desmedida, se marchó.

Sí, habíamos lidiado con toda clase de inconvenientes. Siempre había problemas. Pero de una forma milagrosa, y a veces casi absurda, siempre terminábamos solucionándolos.

Eso no significaba que no viera la cosa negra en aquel momento.

Me dejé caer en la silla otra vez, ahora que estaba sola, y suspiré.

Tres días.

Dos catástrofes monumentales.

Y probablemente había muchos más problemas esperando a la vuelta de la esquina, afilándose las uñas y frotándose las manos, listos para lanzarse sobre mí en cuanto bajara la guardia.

En momentos como ese, fantaseaba con la idea de mandarlo todo a la mierda, coger el coche y volver al pueblo.

Volver con mi padre.

Volver a una vida más sencilla, donde los mayores problemas eran los chismes del vecindario o decidir qué cocinar para la cena.

Pero la realidad era otra.

Y yo no sabía si estaba preparada ese día para soportar un imprevisto más sin explotar.



Capítulo 3
AIDEN

—Todavía no me puedo creer que vayas a casarte —dijo Cameron, apoyado despreocupadamente en la pared, con esa media sonrisa suya mientras me observaba a través del espejo.

Ignoré su tono de burla y terminé de ajustarme el botón de la manga de la camisa.

—Ya toca.

Cameron chasqueó la lengua.

—Eso suena sorprendentemente romántico.

Me reí.

—¿Esperabas que me pusiera a recitar poesía? —la burla en mi voz.

—No, pero al menos que sonaras como alguien que quiere casarse… y no como alguien que está renovando su pasaporte porque toca.

Negué con la cabeza. Exagerado era un rato.

Cameron siempre había sido así, expresivo hasta la médula, el tipo de persona que no podía ocultar lo que sentía ni aunque se lo propusiera.

Todo lo contrario a mí.

—¿Crees que no quiero casarme?

—No te veo emocionado, no —dijo con seriedad.

Negué con la cabeza.

—¿Tengo que ponerme a bailar? —resoplé—. Hace cuatro años que salgo con Samantha.

Cuatro años ya… ¡Quién lo iba a decir!

Nos conocimos mientras mi empresa organizaba la boda de una de sus amigas. Desde el primer momento hubo química. Física, sobre todo.

Quedamos una vez. Después otra. Y, de alguna manera, sin darme cuenta, pasaron cuatro años.

Hace un año le propuse matrimonio. Ella aceptó. Y en pocos días, nos casaríamos.

—Casarnos es el paso…

—Lógico —terminó Cameron por mí—. Práctico. Sin grandes giros ni sobresaltos.

Asentí. Exactamente.

—Muy Aiden Collins —añadió él, divertido.

Y tenía razón. Ni yo mismo lo habría descrito mejor.

Me gustaba la rutina, tener todo bajo control: el negocio, las emociones…La vida en general.

Eso era lo que me hacía funcionar. Eso era lo que tenía sentido. Y no había nada de malo en ello.

Cameron dejó escapar una risa baja y negó con la cabeza.

—Y pensar que tú creaste un imperio organizando bodas, pedidas de mano y celebraciones de San Valentín. Menos mal que no todo el mundo es como tú, porque si no, ya estarías en la ruina.

Giré la cabeza hacia él.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente?

Cameron se encogió de hombros.

—Nada… Solo quiero que seas feliz.

Me ajusté la corbata con calma.

—Solo porque no llore como tú en la prueba del menú no significa que no esté emocionado por mi boda.

Cameron puso los ojos en blanco.

—Eso lo hice solo una vez.

Lo miré con una ceja arqueada.

—Cameron…

Suspiró.

—Vale, tres veces. Pero la última fue porque las flores combinaban perfectamente con el mantel, y eso es emotivo.

Negué con la cabeza, reprimiendo una sonrisa.

—Definitivamente, sigues superando tu propio récord de sentimentalismo.

Cameron sonrió de lado.

—Era un gran mantel.

Me reí y volví a enfocarme en mi reflejo en el espejo.

—Lo que no entiendo es cómo Elise te tomó en serio después de eso.

El hombre alto que tenía frente a mí —y que me sacaba una cabeza a pesar de mi metro ochenta y cinco— frunció los labios en una mueca divertida.

—La verdad es que yo tampoco.

Solté una carcajada.

Con Cameron era fácil reír. Siempre había sido un guasón de primera, un maestro de la ironía, el tipo que encontraba la manera de sacarle una broma a cualquier situación. No importaba qué tan malo fuera el día, de alguna forma, él conseguía arrancarte una sonrisa.

Había sido así desde siempre, y eso que lo conocía desde que tenía uso de razón.

Cuando me enteré de que había empezado a salir con mi hermana, lo primero que pensé fue que Elise había elegido bien.

Y él, por supuesto, no pudo haber elegido mejor.

—Al menos lo viví con emoción. Tú hablas de casarte como si estuvieras comprando un sofá.

Me encogí de hombros.

—Uno tiene que ser práctico.

Él bufó.

—Sí, claro. Lo que pasa es que tienes el romanticismo de una piedra.

Reí entre dientes.

No era el hombre más romántico del mundo ni el más efusivo a la hora de demostrar lo que sentía delante de los demás, pero eso no significaba que no amara a mi novia.

Simplemente, lo hacía de manera diferente. En la intimidad.

No era de los que dejaban que sus emociones tomaran las riendas, de los que se dejaban arrastrar por impulsos sin pensar.

Siempre había tenido control. Sobre lo que decía, sobre lo que hacía, sobre lo que sentía.

—Prefiero llamarlo realismo.

Cameron suspiró.

—Yo solo quiero que seas feliz. Y llámame loco, Aiden, pero te conozco. Y a veces tengo la sensación de que no tiene que ver con tu forma de ser, sino que esta boda te da igual.

Le sostuve la mirada.

—Si me diera igual, no lo haría, Cam.

—Supongo… —hizo una pausa—. Pero dime, si no fuera "el momento", si no llevaras cuatro años con ella, si no fuera lo que toca, ¿seguirías queriendo casarte?

Mi mandíbula se tensó apenas.

—No trabajo con supuestos. Trabajo con hechos.

Cameron suspiró dramáticamente y se dejó caer en una silla.

—Joder, si algún día Samantha te pregunta por qué te casaste con ella, por favor no le digas eso.

Puse los ojos en blanco.

—No todo el mundo necesita hacer un espectáculo de esto.

—No, pero un poco de entusiasmo no mataría a nadie.

—Estoy entusiasmado.

Cameron bufó.

—Sí, claro. Pura pasión. Me vas a hacer llorar.

Me reí y me puse la chaqueta.

—Hazlo después. Ahora muévete, que tengo cosas que dejar listas en la empresa antes de la

boda.

Cameron me siguió cuando salí del probador, aún con su sonrisa burlona.

—*Wedding Dreams*, con eso sí que tienes un puro romance.

No podía negar que la empresa era importante para mí.

Más que un negocio, era parte de mi historia.

Mis padres la habían fundado, organizando eventos en el pueblo donde vivíamos. Con el tiempo, y con la ayuda de mi mejor amiga, tomé las riendas. Lo que empezó como un negocio familiar terminó convirtiéndose en una de las empresas de organización de eventos más prestigiosas de la ciudad. Y del estado.

Mis padres, en cambio, decidieron quedarse en el pueblo, haciendo lo que siempre habían hecho, a su manera, sin grandes ambiciones.

Y yo… yo convertí su sueño en el mío.

Sonreí con ironía.

—Al menos yo no me desmayaré antes de entrar en la iglesia.

—No fue un desmayo, fue… un ligero mareo.

—Sí, claro. Yo también llamaría "ligero mareo" a necesitar sentarte con la cabeza entre las piernas mientras Elise preguntaba si había que cancelar la boda.

Cameron me fulminó con la mirada.

—Eres un capullo.

Solté una carcajada.

—Y tú fuiste un novio dramático.

Cameron bufó, pero no discutió.



Capítulo 4
AIDEN

—¡Dimito!

Colgué la chaqueta en el perchero y me giré justo a tiempo para ver a Jocelyn irrumpiendo en mi despacho, con el picaporte todavía en la mano y una expresión que dejaba claro que, si me tiraba algo a la cabeza, sería con razón.

Su pelo ondulado revuelto, señal inequívoca de que se había pasado las manos por él demasiadas veces en las últimas horas.

Estábamos en problemas.

Enarqué las cejas.

—Buenos días, Jocy…

—¿Buenos? ¡No sé qué tienen de buenos!

Vale. Genial. Hoy me tocaba Jocelyn en modo tormenta.

Me encogí cuando entró y cerró la puerta de un portazo.

Joder.

—Serán buenos para ti, ¡que llevas desaparecido toda la mañana!

Me pasé una mano por la nuca, intentando recordar si había olvidado algo importante, nivel catástrofe.

—Tenía la prueba del traje…

Y, además, se lo había dicho.

—¡¿A quién le importa eso ahora?! —exclamó, elevando los brazos, como si acabara de decir la estupidez más grande del siglo.

—Bueno, a mí, supongo… Y a Samantha —murmuré.

Jocelyn me fulminó con la mirada.

—¡No es momento para sarcasmos, Collins!

Ah, cuando me llamaba por el apellido, la cosa iba mal.

Muy mal.

—Jocy…

—¡No! ¡No me digas mi nombre con esa voz de “cálmate, Jocy”! ¡Porque no me voy a calmar!

Y dicho eso, empezó a caminar de un lado a otro de mi oficina como un animal enjaulado.

—Estoy a tres días de la boda del año, con todo listo y bajo control… o al menos lo estaba

hasta que el universo decidió que yo no podía tener un evento tranquilo.

—Ah, ya veo por dónde va esto… —murmuré y fui a sentarme.

—¡No lo ves! —Jocelyn se giró tan rápido que casi sentí el impacto de su mirada antes de que me señalara con el dedo.

A la mierda.

Mejor me quedaba de pie.

—Porque si lo vieras, estarías igual de histérico que yo, Aiden.

Me crucé de brazos, observándola con calma.

—Dudo que eso pase.

Y en momentos como este, daba gracias por mi capacidad de mantenerme sereno.

El control era una elección. Una que, hasta ahora, nunca había tenido motivos para cuestionar.

Ella bufó, frustrada, y siguió con su monólogo, ignorándome completamente.

—Primero las flores. Luego el catering. ¡Por no hablar del fotógrafo que ahora dice que quiere cambiar el contrato porque, aparentemente, "no se siente inspirado" con los novios! ¡¿Desde cuándo necesitamos artistas torturados en este trabajo?!

Me pasé una mano por la mandíbula, ocultando una sonrisa.

—¿Quieres que le compre una boina y un café en vaso de cartón? A lo mejor eso lo inspira.

—¡Collins! —gruñó, lanzándome una mirada asesina.

—Vale, ni una broma más —dije, elevando las manos.

—Y lo peor es que yo ya lo tenía todo solucionado —continuó, exasperada—. ¡Todo, Aiden! Porque dime, ¿cuándo he fallado yo en algo? ¡Dime!

Me lo pensé por un segundo.

—Bueno…

—¡Exacto! Nunca —no me dejó terminar—. Y, sin embargo, aquí estoy, apagando incendios, ¡ahora por culpa del maldito fotógrafo!

—Bueno, es lo que haces. Eres la mejor en esto.

Se detuvo y me miró con los ojos entrecerrados.

—No me digas eso ahora porque no voy a creérmelo.

Me encogí de hombros.

—No es para que te lo creas, es un hecho.

—Sí, bueno, ser la mejor no sirve de nada si tengo que lidiar con incompetentes todo el día.

Suspiré y me apoyé en mi escritorio, observándola mientras ella volvía a caminar de un lado a otro, aún acelerada.

Jocelyn era buena. Muy buena.

Si *Wedding Dreams* se había convertido en lo que era, en gran parte era por ella. Sin su talento, su visión y su capacidad para convertir ideas en realidad, la empresa no estaría donde estaba.

Si no hubiera sabido que contaba con ella, jamás se me habría ocurrido luchar por este negocio.

Jocelyn tenía instinto, tenía determinación… y, sobre todo, sabía ejecutar a la perfección.

Pero cuando las cosas se salían de su control hasta el punto de hacerla sentir saturada…

Ahí venía el problema.

Era eficiente, sí. Pero también explosiva.

Y justo ahora, estaba al borde del colapso.

—Jocelyn.

—¡No! No me intentes calmar, porque si me calmo, entonces lo pienso demasiado y me doy cuenta de que quiero estamparle el contrato en la cara al fotógrafo, así que mejor me dejas gritar un poco antes de que…

Me separé del escritorio, me acerqué a ella y puse las manos en sus delicados hombros antes de que siguiera.

—Jocy.

Respiraba rápido, con los labios apretados y el ceño fruncido.

Esperé.

Un segundo.

Dos.

Hasta que finalmente levantó la vista hacia mí y fijó sus enormes ojos marrones en los míos.

—Respira —le pedí en voz baja.

—No puedo —un mohín en sus labios, su pequeña y delgada nariz arrugada.

—Respira—insistí, serio esta vez, agachándome un poco para quedar a su altura.

Y más que un poco, porque le sacaba como unos quince centímetros. Ella lo hizo. Respiró. Profunda y lentamente.

Y cuando dejó escapar el aire, sus hombros bajaron apenas un poco.

—Ahora dime qué ha pasado. Desde el principio.

Jocelyn exhaló con fuerza, soltando algo de la tensión que llevaba encima.

—Primero fue el florista.

Asentí y volví a enderezarme.

—¿Qué pasó con él?

—Dijo que las flores llegarían a tiempo.

—¿Por qué?

—Porque había tenido un problema y el camión no llegaría… Lo cual, seguro, es su manera de decir: “lo olvidé y ahora tengo que excusarme como pueda”.

—Ah.

—Sí, ah. Y eso no es todo.

Levanté las cejas.

—¿Por qué no me sorprende?

—Está lo del catering.

—¿Qué pasa con el catering?

—¡Que no pueden servir el menú porque hay intoxicados!

—Relájate.

Jocelyn gimió, pasándose una mano por el rostro.

—Pero creo que también he conseguido solucionarlo.

Sonreí de lado.

—Esa es mi chica…

—Y entonces llega el puto DJ…

—Esa boca —la reñí con calma.

Jocelyn resopló.

—Creí que me iba a dar algo, Aiden. Y tú… ¿Por qué estás tan tranquilo? —preguntó de repente, su ceño fruncido.

—Porque…

—No, espera, ya te lo digo yo. Porque estás acostumbrado a que yo me encargue de todo.

Sonreí apenas.

—Probablemente.

Jocelyn me miró fijamente, con esos ojos castaños que eran exactamente del mismo tono que su cabello, luciendo exasperados.

—Vas a tener que darme un aumento, Aiden.

Sonreí de lado.

—¿Eso crees?

—Eso sé.

—Bueno, entonces dime: ¿cuánto crees que vale tu paciencia?

—Mucho más de lo que me pagas.

Solté una risa baja.

—Tendremos que negociar.

Jocelyn me miró con escepticismo.

—Primero arreglemos esto, y luego negociamos.

Le di un leve apretón en los hombros antes de soltarla.

—Trato hecho.

Ella suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Si sobrevivo a esta boda, exijo vacaciones.

—Eso tendrá que ser después de mi boda y mi luna de miel…

Jocelyn me miró, entornando los ojos.

—Dimito —gimió dramáticamente, dándose la vuelta y abriendo la puerta de golpe.

Antes de salir, levantó un brazo y repitió, más fuerte, como si se asegurara de que quedara registrado en acta:

—¡Dimito!

Y con eso, se fue.



Capítulo 5
JOCELYN

—Y no dimití de milagro —resoplé.

Abrí otra lata de cerveza y me bebí la mitad de un solo trago. La dejé sobre la mesa, bufé y dejé caer la cabeza hacia atrás.

—Tú tienes la culpa —sentenció Elise, removiéndose en la silla.

Enarqué las cejas.

—¿Qué culpa voy a tener yo de que la gente no sepa trabajar y de que me toque hacerlo todo porque tu hermano me tiene explotada?

—No sabes decir que no, Jocelyn.

—Le dije que no a mi ex —repliqué de inmediato.

Un ex que, para colmo, había tenido la desfachatez de pedirme matrimonio apenas dos días después de que lo echara de mi casa.

¿La razón?

Lo había encontrado en mi propia cama con otra.

Elise me lanzó una mirada de “no me hagas reír”.

—Déjame reformularlo… No sabes decirle que no a Aiden.

Su ceja se arqueó, desafiante. Esperaba que lo negara, que le dijera que estaba equivocada.

—No sé decir que no al trabajo —la corregí.

Elise sonrió, pero no dijo nada más.

A veces me preguntaba si, en todos esos años, se había dado cuenta de algo. Si lo había hecho, estaba sinceramente agradecida de que nunca lo mencionara.

Porque lo último que necesitaba era que alguien pusiera en voz alta lo obvio.

La vi levantarse, volverse a sentar. Se levantó de nuevo. Volvió a sentarse. Se removió en la silla.

Intentaba acomodarse. Sin éxito, claro.

Su pelo oscuro estaba recogido en un moño desordenado, y sus mejillas, naturalmente redondeadas, parecían un poco más hinchadas de lo habitual. Sus labios, fruncidos.

—La silla te queda pequeña —solté.

Elise se quedó quieta y alzó la mirada, sus cejas perfectamente arqueadas, reflejando pura incredulidad.

—¿Me acabas de llamar gorda?

Parpadeé y negué con la cabeza.

—No. He dicho que la silla es pequeña.

—No, has dicho que me queda pequeña, lo que implica que antes no, lo que viene queriendo decir que yo he aumentado de tamaño.

Abrí la boca para rebatir su lógica, pero ella me detuvo con un gesto de la mano.

—Lo que viene queriendo decir que me has llamado gorda.

Puse los ojos en blanco.

—He dicho que la silla te queda pequeña —repetí con paciencia.

Elise suspiró y dejó caer la cabeza contra el respaldo.

—Estoy gorda —murmuró, removiéndose de nuevo en la silla.

No lo estaba. No realmente. Pero su barriga había crecido lo suficiente en los últimos meses como para que las sillas de la oficina empezaran a ser un problema.

Estar embarazada tenía sus consecuencias.

—No lo dije yo, lo dijiste tú.

—Pero piensas lo mismo —refunfuñó.

Me limité a hacer un sonido ambiguo, entre un hmm y un uhum, que no confirmaba ni negaba nada.

Elise entornó los ojos y me miró fijamente.

—Te conozco, Jocelyn.

Suspiré, preparándome para la embestida.

Porque llegaría.

—Piensas que estoy gorda.

Y, efectivamente, no me equivocaba.

—Ay, señor… ¡Qué paciencia! —miré hacia arriba, buscando ayuda divina.

—Lo has dicho en voz alta.

La miré, incrédula.

¿De verdad creía que no lo sabía?

—No me digas… —respondí con toda la ironía del mundo.

—Pero lo piensas —insistió.

—Que eres muy cansina, sí. Que estás gorda, no —dije con toda la paciencia que Dios me había dado.

Que, en general, no era mucha. Pero con Elise, por alguna razón que aún no lograba entender, parecía infinita.

—Pienso que la silla es pequeña para albergar esa… —hice un gesto con la mano, buscando la palabra correcta.

—Barriga. Se llama barriga —interrumpió Elise, entrecerrando los ojos.

—Pues eso.

Ella bufó, tamborileando los dedos sobre su vientre.

—No es culpa mía que estas sillas estén hechas para gente con espaldas de alambre —protestó —. Y tampoco es mi culpa que este niño tenga la manía de hacerme ocupar más espacio del que ya ocupo.

Elise era así. Explosiva, expresiva y absolutamente incapaz de filtrar lo que pensaba.

Gruñó y se llevó una mano al costado.

—¿Te está dando patadas otra vez? —pregunté.

—A todas horas —se quejó—. Estoy convencida de que, en vez de un bebé, llevo dentro un luchador de kickboxing.

—O simplemente a tu hijo —dije yo, insinuando que, si salía como ella, quieto no pararía.

Ya podría parecerse un poco al padre, que el pobre tenía la paciencia de un santo.

Como yo.

Elise hizo una pausa, frunció los labios… y me ignoró.

Era algo que hacía a menudo. Ignorarme. Siempre que fuera en su beneficio, claro, porque si la curiosidad era suya, no descansaba hasta obtener lo que quería.

A veces me preguntaba cómo era posible que, siendo tan diferentes, hubiéramos logrado ser amigas toda la vida.

—Oye, ¿y si es una señal?

Como si el destino estuviera esperando el momento perfecto para darle la razón, el timbre de la casa sonó.

—De que no sé elegir amistades, sí.

—Ni parejas, la verdad.

—Verdad… —asentí.

Porque mi historial sentimental era para flipar.

Estaba el que juraba que me amaba, pero “no estaba listo para algo serio”.

Spoiler: llevaba seis años en la misma situación con todas sus ex.

El que desapareció durante una semana entera y luego reapareció con un “perdón, me quedé sin batería”, mientras en Instagram tenía fotos en un festival en la playa.

El que lloró en nuestra primera discusión y dijo que le recordaba a su madre.

¿Perdón?

El que se hizo un tatuaje con mis iniciales… después de nuestra segunda cita.

Hui, obvio.

Y, por último, el que me puso los cuernos en mi propia cama.

Para que no me faltara de nada.

—¿Una señal de qué? —pregunté entonces, aunque, conociéndola, sabía que era mejor no hacerlo.

—De que tendré que ponerle un nombre digno de un luchador. Algo como… Bruno.

Resoplé.

—¿Bruno?

—O Hulk.

—No puedes llamarle Hulk.

Me miró con esa expresión de "¿y por qué no, si puede saberse?".

Mi mirada le respondió: "¿es que no es evidente?".

—Claro que puedo. Mi hijo, mis reglas.

Vale, no. No era evidente.

Y, por la forma en que me miraba, desafiante y pensativa, parecía que de verdad se estaba planteando la idea.

—Vas a arruinarle la infancia.

—Nah, siempre podrá cambiarlo cuando crezca.

Puse los ojos en blanco.

—Por favor, prométeme que lo pensarás antes de llenar el acta de nacimiento con algo ridículo —suspiré.

—¿Qué? ¿No te gusta Hulk Elise Jr.?

Elise, además…

Lo peor era que no me extrañaba en absoluto.

—Definitivamente, no.

Elise se echó a reír y se acomodó de nuevo en la silla, acariciando su barriga.

—Está bien, está bien. Por ahora, lo llamaré la criatura.

—Eso suena aún peor.

—No puedes detenerme.

Fijé la mirada en esos ojos grises que siempre brillaban.

—Lamentablemente.

La vi sonreír y terminé haciéndolo yo también.

La quería mucho, más de lo que cualquiera podía imaginar. Elise había significado, y aún significaba, demasiado para mí. No solo era mi mejor amiga, era todo.

Mi otra mitad.

—Como te decía… deberías cobrarle las horas extras, al menos —sugirió Elise, volviendo al tema principal: el explotador de su hermano.

—Voy a tener que cobrar yo cada vez que habláis a mis espaldas —irrumpió una voz detrás de mí.

Me giré, sobresaltada.

No lo esperaba.

Pero ahí estaba: alto, elegante. Su cuerpo era el de alguien que no necesitaba esforzarse demasiado para estar en forma, como si simplemente la genética hubiera sido generosa con él.

El cabello oscuro caía en ese desorden perfectamente calculado, ese que parecía descuidado, pero que, de alguna forma, siempre terminaba haciéndolo parecer aún más atractivo.

Aiden era guapo. Su mandíbula era fuerte, marcada, con una ligera sombra de barba que, si no lo conociera, diría que era intencionalmente descuidada.

Los labios bien definidos, ni demasiado gruesos ni demasiado finos. Perfectos para su rostro. Para él.

Y luego estaban sus ojos.

Grises. Fríos y calculadores cuando la situación lo requería. Pero también intensos, profundos, capaces de desarmarte con una sola mirada cuando se lo proponía.

Y yo…

Yo me ignoré a mí misma, como siempre que de Aiden Collins se trataba.

—¡Mirad quién ha venido! —exclamó Cameron, ya demasiado tarde, apareciendo con él.

Aiden se acercó a su hermana, le dio un beso en la mejilla y se dejó caer en la silla junto a mí. Y Cameron se sentó al lado de su mujer.

—Te estábamos poniendo verde —dijo Elise con diversión.

—Nada nuevo, entonces —replicó Aiden con su calma habitual, antes de girarse hacia mí—. ¿Más tranquila?

Asentí.

—Ahora que todo está bajo control, sí —le aseguré.

Había costado, pero habíamos logrado que el caos no se convirtiera en desastre.

—Yo no sé cómo podéis mantener ese ritmo —bufó Elise.

Inclinó la cabeza, exactamente igual que lo haría su hermano.

Eran increíblemente parecidos físicamente. La misma estructura facial, la misma forma de la nariz y, sobre todo, los mismos ojos grises. Pero Elise era más bajita y delgada, con la complexión de su madre, aunque poco más heredó de ella.

Donde Aiden era controlado, ella era impulsiva. Donde él analizaba antes de actuar, ella se lanzaba sin pensarlo demasiado.

Si Aiden era un mar en calma, Elise era una tormenta.

—Muchas veces me he preguntado por qué no entré en el negocio familiar… Después recuerdo la organización de mi boda… Os veo y se me pasa.

Solté una risa baja.

Elise nunca quiso dedicarse a lo mismo que sus padres y ahora su hermano. Ella prefirió otro camino, el de la enseñanza. Era profesora en un colegio de primaria y amaba su trabajo.

—No sé cómo tú puedes aguantar a treinta niños todos los días y seguir cuerda —repliqué.

—Oh, créeme, no siempre sigo cuerda —señaló con ironía—. Pero al menos los niños no me llaman a las tres de la mañana con crisis existenciales sobre el tono exacto de las servilletas.

Cameron soltó una carcajada.

—Tienes que admitir que el mundo de las bodas es ligeramente más dramático que el de la enseñanza.

—No ligeramente. Infinitamente —dije, bebiendo un poco más de mi cerveza.

El chico de pelo rubio y ojos azules apoyó un brazo en el respaldo de la silla de su mujer.

—Pero, a cambio, al menos tenéis champán y catering en los eventos. Elise tiene que lidiar con meriendas pegajosas y lápices de colores en lugares donde no deberían estar. Y yo, con delincuentes.

Honestamente, a veces me preguntaba si Cameron, en realidad, no era culturista y nadie me había informado, porque cada día estaba más petado.

En serio, ¿era necesario tanto músculo? ¿Acaso patrullaba la ciudad levantando coches con una mano y reduciendo criminales con un solo brazo?

—Lápices de cera derretidos en el bolso, plastilina en los zapatos, me han vomitado encima… —enumeró Elise, haciendo que todos pusiéramos cara de asco—. A pesar del caos, los mocos y los berrinches, no lo cambiaría por nada.

Acarició su barriga con una sonrisa tonta en la cara.

—Eso no quiere decir que la idea de perderme unos días en una hamaca, con un cóctel en la mano y sin escuchar la palabra profe, no me parezca fascinante —continuó.

—Eso nos parece fascinante a todos. Cuando tu hermano vuelva de su viaje de novios, me pienso escapar —anuncié, dándole otro trago a mi cerveza.

—Ah, ¿sí? —preguntó Aiden, alzando una ceja.

Lo miré de reojo.

—Me lo prometiste hoy.

Frunció el ceño, visiblemente confundido.

—No lo hice.

—Collins… —le advertí, resoplando.

—Pero lo hago ahora —respondió con tranquilidad, cogiendo una lata, abriéndola y llevándosela a los labios.

Refunfuñé algo entre dientes que sonó a “eres más falso que los horarios del metro”.

Cameron soltó una carcajada. Me había entendido.

—Hablando de mi boda… —intervino Aiden.

—¿No te casas? —preguntó Cameron, con fingida sorpresa.

—¿Se ha cancelado? —dijo Elise al mismo tiempo, llevándose teatralmente una mano al pecho.

Aiden los miró, impasible, la lata de cerveza descendiendo lentamente hasta la mesa.

—Porque os conozco y sé que no, pero voy a empezar a creer que no queréis que me case.

La pareja resopló al unísono.

—¡Qué tonterías estás diciendo! —bufó Cameron.

—Desde luego, es que eres para echarte de comer aparte —bufó Elise.

—¿Por qué no querríamos que te cases?

—¡Por favor!

—Deja de malinterpretar mis palabras —bufó Cameron.

—¿Qué palabras? —Elise entrecerró los ojos y miró a Cameron con suspicacia.

—Nada, cosas nuestras —respondió él rápidamente.

—Soy tu mujer. No puedes tener secretos conmigo.

—Es mi amigo.

—¡Es mi hermano! —replicó ella, fulminándolo con la mirada.

Negué con la cabeza, ahora convertían aquello en una discusión de pareja.

Los ignoré.

—Hablando de tu boda… —lo animé a seguir, porque sinceramente, ya me estaba dando mala espina lo que fuera a decir.

O buena, depende de cómo se mirase.

—A Samantha se le han complicado las cosas con el trabajo —Samantha era modelo y viajaba con frecuencia—. Tendrá que hacer un par de sesiones antes de la boda. No sabe si llegará la noche antes o la misma mañana —soltó.

Así. Tan tranquilo.

Cameron, Elise y yo nos quedamos en silencio unos segundos.

¿En serio?

—¿Y los últimos ensayos? —pregunté.

Aiden se encogió de hombros, despreocupado.

—Tendremos que hacerlos sin ella.

Resoplé.

—Hay cosas que no puedes hacer sin ella, Aiden. El ensayo del camino al altar, por ejemplo.

—Lo ensayaremos nosotros y se lo explicaré después. O lo grabamos en vídeo como hemos hecho en otras ocasiones.

—El baile nupcial…

—Nos salía bastante bien en las clases, no creo que nos cueste.

—Es su boda, tendrá que probar el menú…

—Ya lo pruebo yo por los dos.

—¿También te vas a probar su traje de novia para ver cómo queda? —refunfuñé, la ironía en mi voz.

Cameron y Elise soltaron una carcajada.

—Dudo mucho que me quede bien —respondió Aiden, riendo también.

—No, desde luego, muy sexy no vas a estar —solté con sarcasmo.

—Bueno, nunca se sabe. Tal vez imponga una nueva tendencia.

Otra carcajada de la pareja.

Yo, en cambio, lo miré con expresión imperturbable, dándole a entender que, de gracioso, nada.

—Aiden, por el amor de Dios, esto es serio.

Él levantó las manos en un gesto de aparente inocencia.

—Estoy siendo completamente serio.

—Estamos hablando de tu boda. Del que debe ser el día más feliz de tu vida. Solo quiero que todo salga a la perfección.

Y me había partido los cuernos para ello.

Desde el momento en que Aiden y Samantha anunciaron su compromiso, comenzamos con la organización. Las cosas, con tiempo, siempre salían mejor.

Ahora solo quedaban los ensayos antes del gran día, y no podíamos darnos el lujo de sufrir inconvenientes.

Y para eso, lo ideal era que los dos novios estuvieran presentes.

Aiden sonrió, con esa calma exasperante suya.

—Y saldrá bien —dijo con confianza.

Lo fulminé con la mirada.

—No me vengas con ese tono zen, Collins. No estamos organizando una barbacoa.

Su sonrisa se ensanchó.

—Pero si lo fuera, seguro también te volverías loca asegurándote de que el carbón esté perfectamente alineado.

—¡Porque las cosas deben estar bien hechas! —exclamé repentinamente, agitando las manos.

Si es que siempre me alteraba.

Aiden se inclinó ligeramente hacia mí, con esa expresión de diversión contenida que siempre me sacaba de quicio.

—Todo saldrá perfecto, como siempre. Lo tienes bajo control.

Me mordí el interior de la mejilla, porque claro que lo tenía bajo control. Pero eso no significaba que no quisiera verlo a él tomándoselo en serio.

—No vamos a atrasar la boda —dijo de repente.

¿Eh?

—Nadie habló de eso, exagerado.

No sería la primera vez que me encontraba con un contratiempo así. Y se podía manejar.

Si el problema no era ese…

Claro que tampoco le iba a explicar yo cuál era el problema.

—¿Las vacaciones? Dos semanas, mínimo —resoplé.

Era una profesional, ante todo. Haría mi trabajo.

Aiden y Samantha se casarían como estaba previsto, y la boda sería perfecta. Porque tenía que serlo.

Y yo… bueno, yo sobreviviría.



Capítulo 6
AIDEN

La casa estaba en silencio cuando llegué.

Cerré la puerta tras de mí y solté un largo suspiro, sintiendo el peso del día en los hombros. Me quité la chaqueta y la dejé caer sobre el respaldo de una silla. Luego aflojé la corbata, desabroché los primeros botones de la camisa y me desplomé en el sofá.

Cansado. Pero sin sueño.

Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos durante unos segundos. Solo unos segundos.

Entonces, saqué el móvil del bolsillo y llamé a Samantha.

—¿Aiden? —su voz sonó adormilada.

Miré la hora. Claro, con la diferencia horaria… Ni cuenta me había dado.

—Te desperté.

—No, estaba medio dormida. Pero dime, ¿todo bien?

Asentí, aunque ella no podía verme.

—Sí, todo está bajo control. Jocelyn se encargará de los últimos detalles conmigo, así que no tienes que preocuparte por nada.

Ya hablamos de que sería así, pero, de repente, necesitaba confirmárselo.

Hubo un pequeño silencio antes de que hablara.

—Sabía que lo harías —respondió finalmente. Se oyó un leve bostezo al final de la frase—. Gracias.

Me pasé una mano por la cara.

—Tengo ganas de verte.

Otro silencio.

No largo, no incómodo. Solo… un silencio.

—Lo sé —dijo al final.

Nada más.

Ni un yo también.

Simplemente lo sé.

Su respuesta no me sorprendió. Siempre habíamos sido así. Prácticos. Funcionales. Sin dramas innecesarios.

¿Entonces por qué me lo cuestionaba ahora?

Porque me di cuenta de que, en ese momento, lo estaba esperando.

Si fueran Cameron y Elise, ella le habría dicho algo como “yo también te echo de menos, bobo”. Si fuera cualquier otra pareja, habrían soltado un “yo tampoco aguanto más sin verte” o un “ya quiero que sea el sábado para verte en el altar”.

Pero Sam y yo no éramos así. Nunca lo habíamos sido.

—Estoy intentando adelantar las sesiones para llegar el viernes por la mañana —añadió.

Viernes. El día antes de la boda.

—Ya queda nada —suspiré.

—Sí… —su voz sonó lejana, como si ya estuviera desconectando—. Tengo que levantarme temprano…

No te vayas todavía.

Porque quería hablar con ella. Quería hablar de la boda.

No lo dije, claro.

—Lo siento, Sam. Descansa.

—Tú también —respondió, y la llamada se cortó.

Dejé el móvil sobre la mesa y exhalé un largo suspiro.

Listo. Un día menos.

Me pasé una mano por la nuca, masajeándome el cuello.

Sam y yo nos entendíamos bien. Nunca habíamos sido de grandes demostraciones de afecto, ni de conversaciones largas sobre sentimientos. Nos queríamos, nos llevábamos bien, confiábamos el uno en el otro.

Y eso era mucho más de lo que tenían muchas parejas, ¿no?

Pero, ¿en qué momento se convirtió en algo que tenía que cuestionarme?

Hasta ahora, nunca me había importado cómo nos veían los demás. Cameron insinuándolo con sus bromas. Elise mirándome con incredulidad.

Incluso Jocelyn. Con sus comentarios sarcásticos.

Siempre había creído que ellos eran los exagerados. Que estaban obsesionados con esa idea del amor que tenía que ser intensa, ruidosa, evidente.

Como si no decir "te quiero" cada cinco minutos significara que no lo sentías.

¿Tengo que decirlo?

Me froté la cara con ambas manos. Nunca había dudado de mi manera de ver las cosas. Y no lo estaba haciendo ahora.

No, claro que no.

Solo eran los nervios de la boda.

Eso tenía que ser. Solo eso.



Capítulo 7
JOCELYN

La boda de los Montenegro y los Ruiz fue el evento del año.

Los medios de comunicación ardían con titulares como:

“El enlace del año: los Montenegro y los Ruiz derrochan lujo y elegancia.”

“Una boda de ensueño: todos los detalles del evento más exclusivo de la temporada.”

“*Wedding Dreams* lo hace de nuevo: la empresa detrás de la boda más espectacular del año.”

“Famosos, glamour y una fiesta inolvidable: así fue la boda de los Montenegro-Ruiz.”

“Si pensabas que habías visto bodas de ensueño, espera a ver esta.”

Sí, había sido un triunfo absoluto para *Wedding Dreams*. Otro más en nuestra larga lista de logros.

Pero este se sentía diferente. Porque esta vez habíamos estado al borde del desastre, sorteando crisis que podrían haber tumbado a cualquier otro equipo.

Las flores, el catering, las fotos… Todo había estado a punto de irse al carajo en cualquier momento.

Pero no lo hizo.

Porque lo solucionamos.

Porque yo lo solucioné.

Cuando puse un pie en la oficina, la ovación me tomó por sorpresa. El sonido de los aplausos llenó el espacio, fuerte, entusiasta, merecido.

No era la primera vez que celebrábamos un éxito así, ni la primera vez que mi equipo me reconocía el trabajo. Pero esta vez lo sentí doblemente.

Más intenso.

Más mío.

Reí, sacudiendo la cabeza con diversión antes de unirme al aplauso.

—El mérito no es solo mío —exclamé, elevando la voz por encima del alboroto—. Si no fuera por vosotros, ahora mismo estaría en un rincón llorando.

Las risas llenaron la oficina.

—Pero si lograste conseguir flores en menos de veinticuatro horas —soltó alguien al fondo.

—Y un catering nuevo en tiempo récord —añadió otra voz.

—Y encontraste un fotógrafo mejor que el original.

Me llevé una mano al pecho y fingí emoción.

—¿Qué os puedo decir? Tengo contactos… y amenazo bien.

Las carcajadas fueron más fuertes.

Entonces, la puerta del despacho de Aiden se abrió. El murmullo bajó un poco cuando él apareció, con su andar tranquilo y esa expresión suya de "era obvio que lo conseguiríamos".

Aiden se detuvo en el umbral. Su mirada fue directa a la mía. Sonrió y, entonces, se unió al aplauso.

No pude evitar que una sonrisa iluminara mi cara.

Le guiñé un ojo antes de girarme hacia mi equipo y fundirme en un abrazo con cada uno de ellos.

—Eres una jodida maga —dijo Tyler, estrechándome con fuerza.

—A mí me vais a pagar la terapia, que casi me da un infarto con lo del catering —bromeó Emma antes de abrazarme también.

—No sé cómo lo hiciste, pero lo hiciste —dijo Laura, sujetándome por los hombros y sacudiéndome suavemente antes de abrazarme.

Reí.

—Seguid adulándome y a lo mejor os invito a una ronda.

—Eso se avisa antes —exclamó alguien al fondo, provocando más risas.

Cuando me acerqué a Aiden, él seguía allí, apoyado en la pared, sonriendo. Al llegar hasta él, se separó lentamente y enarcó las cejas.

—Walker… —su voz sonó grave, arrastrada.

Vi cómo apretaba las manos antes de meterlas en los bolsillos.

Si no lo conociera tan bien, habría pensado que estaba luchando con las ganas de darme un abrazo.

Pero era Aiden. Y Aiden no era así.

Mucho menos conmigo.

Así que hice lo que siempre hacía: me ignoré a mí misma y a mis tonterías. Como si no significaran nada.

—Collins… —respondí con una sonrisa.

Me miró fijamente. Sus ojos recorrieron mi rostro con atención, como si estuviera descifrando algo.

—Felicidades —dijo al fin.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Fue un trabajo en equipo.

Él sacudió la cabeza, como si diera por perdida cualquier posibilidad de discusión conmigo.

—¿Qué haces aquí?

Se giró hacia su despacho, dando por sentado que lo seguiría.

—Tenemos mucho que hacer —añadí.

Suspiró.

—Sí, primero deberías dormir para deshacerte de esas ojeras.

Me detuve justo antes de cerrar la puerta del despacho y lancé un dramático grito ahogado.

—¿Perdona?

Aiden arqueó una ceja, apoyándose en el escritorio con los brazos cruzados.

—Lo has oído perfectamente.

Lo señalé con el dedo.

—¿Me estás diciendo que tengo mala cara?

—Te estoy diciendo que pareces alguien que no ha dormido en semanas.

—¡Lo dice el que podría interpretar a un muerto viviente sin maquillaje!

Él sonrió de lado.

—Qué encanto tienes por las mañanas, Walker.

—Oh, por favor, como si no estuvieras acostumbrado —resoplé.

—El día después de un evento no se trabaja —me recordó, apoyándose con más comodidad en su escritorio.

Y sí, esa era la regla.

Las celebraciones solían terminar a altas horas de la madrugada, la mayoría de las veces cuando el sol ya había salido. El día después de un evento, mi rutina era simple: quedarme en casa y dormir.

Pero esta vez no podía hacerlo. No cuando quedaban días para la boda de Aiden.

Caminé hacia él mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—Tu boda no puede esperar. Tenemos mucho que hacer y poco tiempo. Así que mueve el culo, Collins.

—¿Ni siquiera un café antes de empezar? —me señaló—. No es por mí, es por esas ojeras.

Puse los ojos en blanco.

—Siempre que después de eso asumas que, hasta el sábado, mi agenda es tu nueva biblia.



Capítulo 8
AIDEN

El centro comercial estaba abarrotado.

Jocelyn, sin embargo, caminaba como si fuera la única persona allí.

—Después de recoger las alianzas, tenemos que pasar por el salón para revisar la distribución de las mesas. También quiero confirmar que las flores llegan el viernes por la mañana —su voz era firme, rápida, enfocada, mientras deslizaba el dedo por la pantalla de su móvil, repasando la lista de pendientes—. Porque como vuelva a ocurrir lo de los Montenegro y los Ruiz, de verdad que me suicido.

No iba a hacer falta que se suicidara conscientemente. Ya lo hacía sin darse cuenta.

No me miraba. Ni a mí ni a nadie.

Y eso era un problema.

Jocelyn era así. Siempre iba por la vida con la cabeza en mil cosas a la vez, tan metida en su propio mundo que parecía olvidar que existía un mundo más allá de sus listas, su teléfono y su obsesión por tenerlo todo bajo control en lo referente al trabajo.

No era la primera vez que tenía que vigilarla para que no se matara por ir distraída.

Una vez, hacía años, se golpeó contra una farola en plena calle porque iba leyendo algo en el móvil.

Todavía recuerdo el sonido seco del impacto. Y su grito. Y cómo soltó el teléfono, llevándose las manos a la frente mientras yo, entre preocupado y muerto de risa, intentaba ayudarla.

—No. Digas. Nada —me había gruñido, con una mano en la frente y los ojos entrecerrados por el dolor.

Por supuesto, no lo dije. Pero me reí durante semanas. Internamente, claro.

Vi venir el choque medio segundo antes de que pasara. Un hombre salió de una tienda justo en su trayectoria y, antes de que Jocelyn pudiera estrellarse de lleno, la agarré del brazo y la pegué a mí.

—¡Eh! —soltó, más sorprendida que molesta.

—Vas a acabar tirando a alguien al suelo.

Se separó de mí con una mirada de fastidio, pero volvió a prestar atención al móvil, sin hacerme el menor caso.

—Mañana tenemos la reunión con el oficiante para repasar la ceremonia. El jueves quiero que revisemos el menú definitivo con el chef.

—Y el viernes tenemos el ensayo del baile —añadí.

Ella asintió sin levantar la vista.

—Sí, por la tarde, después de la cena de ensayo.

Caminamos hacia la joyería, esquivando gente, aunque lo de esquivar era algo que solo yo parecía estar haciendo.

Jocelyn estaba tan concentrada en su teléfono que no veía nada.

Y yo no vi venir el segundo choque.

Esta vez fue contra un grupo de adolescentes que salían de una tienda de ropa.

Vi su cuerpo desequilibrarse y, sin pensarlo, la sujeté de la cintura y la pegué a mi pecho antes de que terminara de espaldas en el suelo.

Ella levantó la mirada y me miró por primera vez desde que salimos de la oficina.

Y yo, quizás…

Quizás la miré por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—Joder, Jocelyn, ¿quieres hacer el favor de mirar al frente? —dije, separándome de ella.

No sé por qué soné tan borde de repente, la verdad.

Ella pestañeó, claramente sorprendida. Normal, si hasta lo yo estaba.

—¿En serio?

Resoplé.

—Sí, en serio.

—¿Me acabas de gritar?

—No te he gritado.

—Me has reñido.

—Te lo mereces.

Frunció el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó.

Mejor cuando estabas más cerca, pensé.

Espera, ¿qué? No, yo no había pensado eso por lo que parece, eh… Me refería a que más cerca podía controlar que continuara de una pieza.

Era indispensable para la empresa, por eso lo decía.

Jocelyn me siguió mirando, su ceño cada vez más fruncido. Entonces negó con la cabeza, como si quisiera deshacerse de alguna tonta idea que se le hubiera pasado por esta, y volvió a mirar el móvil como si nada hubiera pasado.

—Vamos, que no tenemos todo el día.

Y esta vez, no chocó con un niño pequeño de milagro.

Resoplé y llegué hasta ella en dos zancadas, la cogí de la mano y tiré de ella.

—De verdad, no sé cómo a estas alturas de tu vida sigues viva —murmuré.

Sentí cómo intentó deshacerse de mi agarre, pero, antes de que lo lograra, giré la muñeca y

entrelacé los dedos con los suyos. Porque no, no tenía intención ninguna de soltarla. Así que apreté mi agarre con más fuerza, la suficiente para que se quedara quieta.

—Aiden…

—No.

—Pero suéltame.

—Para que te choques con algo, te quedes medio tonta y a saber entonces quién demonios me va a ayudar con la boda —solté, sin detenerme.

Jocelyn bufó, pero no insistió. Solo miró nuestras manos entrelazadas durante un par de segundos antes de apartar la vista.

Y yo tampoco la solté.

Porque no tenía tiempo para discutir. Solo por eso.

Obviamente.



Capítulo 9
JOCELYN

La mujer puso la pequeña caja abierta frente a nosotros.

Dos anillos brillaban bajo la luz de la tienda, perfectamente colocados sobre el terciopelo.

—Aquí las tienen —dijo la vendedora con una sonrisa profesional—. Grabadas con la fecha de la boda y los nombres.

Me quedé mirando las alianzas. Era la primera vez que las veía, y la verdad es que eran preciosas.

Dos anillos de oro blanco, elegantes y minimalistas.

El de Samantha era más fino, con un ligero acabado pulido que le daba un brillo sutil pero sofisticado. El de Aiden, en cambio, era más ancho, con un diseño mate y un pequeño borde brillante en los extremos. Sencillo. Clásico. Atemporal.

Como él.

—Tenéis buen gusto —comenté.

—¿Lo dudabas? —preguntó Aiden. Noté la sonrisa en su voz.

Sonreí y negué con la cabeza.

No, no lo hacía.

Samantha tenía un gusto exquisito, y Aiden tampoco se quedaba atrás. Él prefería lo clásico, lo sobrio, pero nada que desentonara con la novia.

La pareja ideal, pensé.

Y no pude evitar sentir un pinchazo en el pecho.

Lo ignoré. Como ignoraba todo lo que tenía que ver con Aiden Collins.

Aiden alargó la mano y tomó una de las alianzas. Cogió la suya y la giró entre los dedos, leyendo el grabado en el interior.

—Aiden & Samantha – 01/02/2025 —murmuró en voz baja.

—Ese día serás un hombre casado.

Él tardó un segundo en responder antes de asentir.

—Sí.

Pero su mirada seguía fija en el grabado.

Observé su expresión mientras pasaba el pulgar por la superficie lisa del anillo, como si estuviera asimilando las palabras grabadas en el oro.

—¿Seguro que las pediste en la talla correcta? —pregunté, más por decir algo que por verdadera preocupación.

Aiden salió de su estupor y me lanzó una mirada de advertencia antes de deslizarse la alianza en el dedo.

Encajaba perfectamente.

—¿Contenta? —preguntó, alzando la mano para mostrármela.

—Todavía no has intentado quitártela.

Resopló, pero lo hizo. Se la quitó sin esfuerzo y la dejó de nuevo en la caja, mirándome como si esperara alguna otra objeción.

No había ninguna.

Salvo que, quizás…

No.

No iba a pensar en eso.

No debía pensar en eso.

—Le queda perfecta —dijo con entusiasmo la vendedora, volviendo a acercarse a nosotros, sonriendo—. Tiene una mano elegante, le sienta muy bien.

Y entonces giró la cabeza y me miró con complicidad, como si yo tuviera algo que decir al respecto.

—¿Qué opina la novia?

Abrí la boca, dispuesta a resolver rápidamente el malentendido.

—Oh, no, yo no…

No me dio tiempo a terminar.

Antes de que pudiera procesarlo, Aiden tomó mi mano y, cuando me quise dar cuenta, tenía una alianza puesta en el dedo corazón. No en el anular. No donde debería haberme afectado.

Pero, aun así, lo hizo.

Lo miré rápidamente, confundida. Él solo parpadeó, como si tampoco entendiera por qué acababa de hacer eso.

—Tus dedos son más delgados que los de ella. Eres más bajita, también —me explicó.

Giró mi mano con calma, pero su mandíbula estaba tensa.

—A ti te queda mejor el oro amarillo.

Mi cerebro había dejado de funcionar. Solo miré mi mano, con la alianza que no era mía, con el tacto de su piel todavía sobre la mía.

Con su pulgar deslizándose sutilmente por la parte interna de mi muñeca, provocándome un escalofrío.

Demasiado íntimo.

Demasiado innecesario.

—No es la novia —dijo entonces Aiden, como si acabara de recordar que no estábamos solos,

mirando a la vendedora.

—Oh, lo siento, yo pensé…

—Pero algún día lo será —añadió, todavía con mi mano entre la suya.

Mi pecho se contrajo.

Sí. Algún día lo sería. Pero no su novia. Y lo peor es que él también parecía haberse dado cuenta de que algo no encajaba.

Así que rompí el extraño momento. Sin delicadeza ninguna, le di un manotazo en el hombro, haciéndolo retroceder un paso.

—¿Tengo cara de maniquí, o qué?

Aiden se sobresaltó levemente y después forzó una media sonrisa.

Pero no era como las de siempre. Era… diferente. Como si él mismo no supiera qué demonios acababa de hacer.

Me giré hacia la vendedora y forcé una sonrisa tensa.

—Somos hermanos, no se preocupe —mentí.

La mujer parpadeó, claramente confundida.

No sé si eso le explicaba más o le cuadraba menos, pero era una profesional y ya se había dado cuenta de que había metido la pata al asumir que yo era la novia.

Así que más le valía no decir nada más.

—Ah… —sonrió como buenamente pudo, asintiendo demasiado rápido.

Me deslicé la alianza del dedo y la dejé en su caja. Empujé el estuche hacia la vendedora con más brusquedad de la necesaria.

—Están bien. Podemos llevárnoslas.

Aiden no dijo nada mientras nos alejábamos del mostrador. Pero cuando salimos de la tienda…

Me giré hacia él y le di otro manotazo en el brazo.

—¿Se puede saber qué haces?

Aiden me miró con las cejas ligeramente alzadas, como si realmente no supiera qué responder.

—Solo estaba comprobando el tamaño —dijo, pero su tono no sonó tan seguro como siempre —. No pensé que te fuera a molestar. Oh, vamos, eres tú, Jocelyn —añadió, pero esta vez no me miró.

Eres tú. Como si eso lo explicara todo. Como si eso hiciera que no importara.

Y eso me cabreó más.

Porque para él no podía significar nada el ponerme ese anillo en el dedo. Pero para mí…

Para mí, era otra grieta más en la barrera que llevaba años sosteniendo.

Años convenciéndome de que no me afectaba cuando lo veía con otra.

Años mirándolo a él como nadie más lo hacía y fingiendo que no pasaba nada.

Años guardándolo todo bajo llave.

Y estaba bien con eso. Había aprendido a vivir con ello.

Pero era humana. Y había días en los que costaba más. Días en los que tenerlo tan cerca, tocarlo, sentirlo, hacía que la barrera se tambaleara.

Si encima él no cooperaba… Si encima hacía cosas como esta…

La cosa estaba jodida.

Muy jodida.

—De verdad que no sé cómo demonios eres el CEO de *Wedding Dreams.*



Capítulo 10
AIDEN

La caja con las alianzas estaba abierta sobre la mesa del salón.

Otra vez.

Solté un suspiro y me pasé una mano por la cara.

—Qué cojones… —murmuré.

Era una estupidez. Una completa y absoluta estupidez.

Pero ahí estaba yo. Sentado en el sofá, con el ceño fruncido, mirando el par de anillos como si fueran a explicarme algo que mi cerebro no terminaba de procesar.

Suspiré de nuevo, alargué la mano y tomé el mío.

Era el mismo gesto que había hecho en la joyería. El mismo.

Pasé el pulgar por el grabado en el interior, como si no lo hubiera leído ya suficientes veces.

"Aiden & Samantha – 01/02/2025."

El día en que me casaría. Mi futuro. Mi decisión. La que había tomado hacía un año.

Todo estaba en orden. Todo iba bien.

Y, sin embargo…

¿Por qué demonios hice eso? ¿Qué mierda me pasó por la cabeza para hacer algo tan absurdo?

Me hundí en el sofá y me pasé una mano por la nuca, masajeándome con fuerza.

—No tiene sentido —lo dije en voz alta, como si así fuera a sonar más lógico.

Porque no lo tenía.

Nadie, en su sano juicio, le ponía la alianza de su prometida a otra persona. Ni siquiera si esa otra persona fuera su hermana de verdad.

Apreté los labios y miré la otra alianza. La de Samantha. La que, por alguna jodida razón, había terminado en la mano equivocada unas horas antes.

Negué con la cabeza y solté una risa seca.

—Soy gilipollas.

Porque, sí, lo era.

Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y cerré los ojos. Pero su cara apareció en mi mente al instante.

No la de mi novia.

No.

La de Jocelyn. La sorpresa. La confusión. El instante en el que sus dedos se tensaron bajo los míos. El silencio.

Ese maldito silencio.

Abrí los ojos de golpe y me incorporé, incómodo, molesto conmigo mismo. Molesto con ella. Por hacerme recordarla.

¿Tenía sentido eso?

No.

Ninguno. Menos cuando yo no era ese tipo de hombre.

Yo era un hombre tranquilo. Controlado. Yo no hacía estupideces. Yo no perdía el control.

Fruncí el ceño y suspiré.

—Debe de ser la boda.

Sí, eso tenía que ser. El estrés. La presión. El cansancio.

—Eso es… —murmuré, poniéndome en pie de golpe, como si decirlo en voz alta hiciera que fuera verdad.

Estaba nervioso. Eso era todo.

Además, Samantha no estaba. Y eso me estaba afectando más de la cuenta.

Por eso había hecho una gilipollez como la de esa mañana.

Por eso mi cabeza estaba en todas partes menos donde debía estar.

—Si es que… —suspiré, caminando hacia el ventanal del salón.

Las luces de la ciudad brillaban frente a mí.

Sí. Ya lo entendía. Y Jocelyn, seguro que también. Ella sabía cómo era la gente en estas situaciones. Sabía que los nervios hacían que las personas hicieran estupideces.

Así que seguro que no le estaba dando importancia.

Ninguna.

Lo hacía yo porque, bueno… No estaba acostumbrado a hacer gilipolleces. Así que, claro, en cuanto hacía una, me sentía así. Descolocado.

Al día siguiente, cuando la viera, todo sería como siempre.

Bufé, pasándome las manos por el pelo.

—Fue una tontería —dije, esta vez seguro.

Ella no se marchó a casa después de eso porque estuviera incómoda.

No.

Se fue porque estaba agotada. Después de la paliza que se había dado con la boda, ¿a quién demonios se le ocurría ir a trabajar?

Sacudí la cabeza.

—En fin…

Bajé la mirada al notar un cosquilleo en la mano. La misma mano que había entrelazado con la

suya. La misma que todavía recordaba su tacto.

No.

No.

—No —dije en voz alta, con más firmeza.

Porque no había nada que recordar.

Porque no debería haber nada que recordar.

Y punto.



Capítulo 11
JOCELYN

Dormí como un tronco.

Ni sueños tuve.

Abrí los ojos cuando la alarma sonó por tercera vez y me quedé mirando el techo. La noche anterior caí rendida en la cama.

No era para menos.

Después del trabajo brutal de los últimos días, del estrés, de los imprevistos, de la locura generalizada de la boda, mi cuerpo había dicho basta.

Bostecé, me estiré y sentí cada músculo quejándose.

¿Qué hora era?

Giré la cabeza y miré el móvil. Más tarde de lo que debería ser, pero tampoco tanto como para que me sintiera culpable.

Me arrastré fuera de la cama y fui directa a la ducha. El agua caliente me ayudó a despejarme y, para cuando salí, ya me sentía medianamente humana. Me envolví en una toalla, cogí el móvil de la mesita y empecé a revisar mensajes y correos mientras me hacía un café.

Nada fuera de lo normal.

Nada que indicara que hoy sería distinto a cualquier otro día, ni nada que presagiara un desastre de ninguna manera.

Y nada, por supuesto, que me hiciera pensar en una alianza deslizándose en mi dedo. Porque no me había acordado de eso.

Para nada. Por supuesto que no.

Era una tontería. Algo sin importancia. Un gesto sin más. Uno que, objetivamente, tenía todo el sentido del mundo.

Aiden estaba nervioso. Por más controlado que fuera, era un novio a punto de casarse. Y ¿qué hacen los novios nerviosos?

Exacto. Gilipolleces.

Así que eso había sido. Una gilipollez. Un gesto automático, porque Samantha no estaba y porque, bueno…

¿Qué más da?

Podría haber sido Elise. O Cameron. O el puto florista de la boda. Y lo habría hecho igual. Seguro.

Pero no lo fue.

Fui yo.

Solté un resoplido y di un sorbo a mi café.

No importaba, me repetí. Porque no me había afectado.

Mentira.

Solté una risa seca y me apoyé en la encimera, cruzándome de brazos.

Aiden y yo habíamos trabajado juntos siempre, nos conocíamos de toda la vida. Lo conocía mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Pero nunca me había tocado como lo hizo ayer.

No así.

No deslizándome un anillo en el dedo, no con el pulgar apenas rozándome la piel.

Sacudí la cabeza y volví a beber café, como si la cafeína pudiera borrar el estúpido escalofrío que recorrió mi espalda.

Da igual.

Había dormido bien, había descansado. Mi cerebro ya estaba donde tenía que estar.

Y cuando viera a Aiden todo sería como siempre.

Sin alianzas. Sin silencios raros. Sin mierdas innecesarias.

Porque esto no iba a ser un problema.

Porque no había significado nada.

¿Verdad?

¡Pues claro que no, Jocelyn! Deja la paranoia.



Capítulo 12
JOCELYN

El *Le Majestique Hotel* estaba casi listo para la boda.

Casi.

Porque, a falta de escasos días, la sala del cóctel seguía siendo un caos organizado.

Las mesas altas ya estaban colocadas, pero aún sin manteles. La barra de bebidas estaba montada, aunque con botellas apiladas en cajas. Algunas luces estaban encendidas, pero no todas. Y las flores y la decoración seguían en una esquina, esperando a ser distribuidas.

—No está tan mal —comentó Aiden, con su tono relajado de siempre, mientras recorría la sala con la mirada.

Lo fulminé con los ojos.

—¿"No está tan mal"?—solté—. ¿En serio?

Él alzó las cejas, como si no entendiera mi indignación.

—La boda será el sábado, Jocelyn. Aún queda tiempo.

—Tú deja de organizar bodas y empieza a vender tranquilidad, que te forras —dije, con ironía.

Aiden sonrió de lado, pero no respondió.

—Vale —continué, exhalando con paciencia—. Vamos a ver esto por partes.

Saqué el móvil y abrí la lista de proveedores.

—Mañana llegan los manteles y las flores del cóctel. ¿Cuántos camareros hay confirmados para esta parte?

—Cuatro, más dos en la barra —respondió Claire, la encargada del evento en el hotel, revisando su propio listado.

Asentí, revisando la distribución de las mesas.

—Faltan dos mesas en esta esquina.

—Mañana las traerán —aseguró Claire.

Aiden, mientras tanto, se apoyó en la barra, con los brazos cruzados, observándome con su típica expresión de "esto no es tan grave como crees".

Resoplé.

—¿Por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara?

—Esa —señalé su rostro, irritada—. La de "Jocelyn está dramatizando otra vez".

Él no se inmutó.

—Quizás porque Jocelyn está dramatizando otra vez.

Puse los ojos en blanco.

—Si algo sale mal aquí, no solo es un problema para la boda, es un problema para *Wedding Dreams.* Tu empresa, te recuerdo. Y, además, se jode una boda. Tu boda, te recuerdo.

—Nada va a salir mal.

Fruncí los labios.

—¿Por qué estás siempre tan seguro?

No lo pregunté con sarcasmo esta vez. Era una pregunta genuina.

Aiden me miró como si la pregunta le desconcertara.

Y entonces, después de un par de segundos de silencio, dijo:

—Porque te encargas tú —su tono era simple, seguro. Como si fuera obvio.

Sabía que confiaba en mí. Lo sabía. Pero escuchárselo decir así, con esa certeza inquebrantable, sobre todo cuando se trataba de su propia boda, era otra cosa.

Una cosa peligrosa.

—No deberías tener tanta confianza en mí —dije entonces, bajando la mirada.

Aiden no respondió de inmediato. Me observó. Demasiado fijamente.

Como si estuviera evaluando mis palabras.

Como si, por primera vez, no estuviera seguro de qué responderme.

Cuando habló, su tono fue bajo. Enigmático.

—Hay muchas cosas que no debería hacer.

Mi pecho se contrajo.

¿Cómo qué?

Pero no puse voz a mi pensamiento.

Tragué saliva y carraspeé, obligándome a salir del maldito momento que acabábamos de crear.

—Sé que soy demasiado neurótica —murmuré, agachándome para abrir una de las cajas de decoración, buscando los centros de mesa—. Pero es uno de los días más importantes en la vida de la gente. Y quiero que todo sea perfecto.

Apreté los labios y solté un suspiro.

—Quiero que tu boda sea perfecta.

Aiden no respondió, pero se agachó frente a mí. Sentí su mirada sobre mí.

Y no quise mirarlo.

—Será perfecta —aseguró entonces.

Asentí con la cabeza, pero seguí sin poder mirarlo. No quise ver lo que había en sus ojos en ese momento.

—¿Qué buscas? —preguntó Aiden.

Agradecí que cambiara de tema.

—Las velas flotantes.

—¿No pueden esperar hasta que el equipo las ponga?

—Prefiero verlas ahora.

—Por supuesto que sí.

Ignoré su tono y seguí buscando en la caja de decoración.

—Aquí están —dije, sacando una de las cajas más pequeñas—. A ver cómo…

Me incorporé de golpe, al mismo tiempo que Aiden lo hacía, sin darme cuenta de lo cerca que estaba. Nos chocamos de frente. Su pecho firme contra el mío. El calor de su piel a través de la camisa.

Su olor. Siempre olía a… No sé. A algo limpio, fresco. A Aiden.

El latido irregular de mi corazón traicionándome.

Lo ignoré.

Como ignoré su mano alrededor de mi cintura, sujetándome con firmeza. Pegándome a él.

Levanté la mirada al mismo tiempo que él y lo vi apretar la mandíbula.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz un poco más baja de lo normal.

No. No estoy bien. He estado bien siempre. ¡Hasta hace dos días!

—Sí —dije, y me zafé rápidamente de su agarre.

Un silencio incómodo se instaló en la sala.

Miré de reojo a Claire, que fingía hacer algo en su tablet.

Joder…

¿Pero qué demonios estaba pasando aquí?



Capítulo 13
AIDEN

¿Qué cojones me está pasando?

Me pasé una mano por la nuca, tratando de ignorar la sensación de su piel aún en mis dedos.

No tenía sentido.

Nada de esto tenía sentido.

Jocelyn seguía moviéndose por la sala, organizándolo todo como si nada. Como si el choque de hace un momento no hubiera ocurrido. Como si yo no siguiera sintiendo su cuerpo pegado al mío.

Estoy perdiendo la puta cabeza.

La observé en silencio. Demasiado, quizás.

Lo suficiente como para notar la manera en la que su cabello se movía cada vez que giraba la cabeza.

Lo suficiente como para ver la concentración en su rostro, el leve ceño fruncido cuando revisaba algo en su móvil.

Lo suficiente como para notar que su cuerpo había cambiado. ¿O siempre había sido así y yo no lo había visto?

Lucía más… ¿mujer?

Sus curvas se marcaban de una forma que antes no me había detenido a analizar. Sus caderas, su cintura estrecha, ¿siempre había tenido tanto pecho? ¿Y ese trasero?

Tragué saliva.

¿Desde cuándo había dejado de ser simplemente Jocelyn y se había convertido en esto?

Gemí internamente al darme cuenta de la dirección que estaban tomando mis pensamientos. Me abofeteé mentalmente. No podía estar pensando así.

Por Dios, ¡era un hombre comprometido y decente!

Pero tampoco era mi culpa. Por supuesto que no. Era culpa de esta mujer que, de repente, ocupaba cada maldito rincón de mi cabeza.

Sacudí la cabeza, molesto conmigo mismo.

No.

Solo eran los nervios. La boda. El cansancio. Eso tenía que ser. ¡Claro que sí!

Respiré hondo, dispuesto a centrarme en lo que tenía que hacer. Pero entonces él apareció. Un tipo del equipo del hotel se acercó a Jocelyn con una sonrisa amplia.

Ella alzó la vista y, al reconocerlo, su rostro se iluminó.

—¡Alex! —exclamó, riendo, antes de lanzarse a sus brazos en un abrazo efusivo.

¿Desde cuándo Jocelyn abraza a la gente así?

Sentí que mi mandíbula se tensaba.

Lo vi decirle algo en voz baja, algo que hizo que ella soltara una carcajada.

Y ahí estaba. Esa jodida risa. Esa risa que había escuchado miles de veces. En la oficina, en reuniones, en cenas con amigos. Una risa que nunca me había parecido nada fuera de lo normal.

Hasta ahora.

Hasta que la escuché y sentí un jodido pinchazo en el pecho.

Hasta que vi la forma en la que inclinaba la cabeza hacia atrás.

La forma en la que sus ojos brillaban de diversión.

La forma en la que ese tipo la miraba.

La forma en la que él la hacía reír.

¿Pero qué mierda…?

Exhalé lentamente, forzándome a relajar los hombros. Esto era ridículo, no tenía por qué sentirme así.

No.

Jocelyn podía reírse con quien le diera la gana, abrazar a quien quisiera. ¡No era mi jodido problema!

Solo que, por alguna razón que no entendía, sí lo era.

Y sí, exactamente hice lo que imaginas: me puse en medio de los dos.

Un poco de aire, ¿no?

Por el rabillo del ojo, vi a Jocelyn pestañear, claramente preguntándose qué demonios estaba haciendo. Yo tampoco lo sabía, así que poco podía responderle.

El tipo, que era más bajito que yo y objetivamente feo —porque sí, lo era—, alargó la mano con una sonrisa.

—Alex Carter —dijo—. Coordinador general de eventos del hotel.

No estreché su mano de inmediato.

—¿Y tú eres…? —añadió, aún con la mano en el aire.

—El novio —solté sin pensar.

Jocelyn se tensó a mi lado.

¿Por qué mierda dije eso primero? Ni idea.

Bueno, porque lo era, ¿no? Quizá me lo estaba recordando a mí mismo para ver si así dejaba de hacer gilipolleces.

Finalmente, le estreché la mano.

—¡Aiden Collins! No te reconocí —sus ojos abiertos de par en par—. Hemos coincidido un

par de veces en eventos y, bueno, eres toda una leyenda en este mundo.

Movió mi mano exageradamente, como si estuviéramos en un jodido reencuentro de viejos amigos.

Me deshice de su agarre sin disimulo ninguno. Y sonreí, o creí hacerlo.

Pero cuando escuché la tos de Jocelyn —que sonó más a risa infiltrada—, supe que, probablemente, no había logrado fingir demasiado bien.

—Pues no te recuerdo —dije.

Me estaba comportando como un idiota, lo sabía.

Jocelyn también lo sabía. Lo supe por el pellizco que me dio en la parte baja de la espalda. Pequeño. Rápido. Disimulado. Pero fue suficiente para decirme lo que yo ya sabía: estaba sonando como un capullo.

—Es normal —dijo Alex, sin perder la sonrisa, como si mi tono seco no le hubiera afectado—. Siempre trato con Jocy.

Mira, me entró una cosa…

No sabría describirla.

¿Jocy? ¿La había llamado Jocy? ¿Quién le había dado permiso?

Pues ella, evidentemente, que era la única que podía. No yo. Yo no pintaba nada.

Y, sin embargo, ahí estaba. Pintando demasiado.

Esto ya no era un jodido problema, era un desastre en toda regla.

Iba a volverme loco de remate.

Alex le sonrió a Jocelyn con esa confianza que, sinceramente, no sabía de dónde sacaba.

—Entonces, ¿qué más necesitas que revise?

Jocelyn deslizó el dedo por la pantalla de su móvil, repasando la lista.

—Quiero confirmar que las luces del salón principal estarán ajustadas antes de la prueba de sonido del viernes. También necesito que la disposición de las mesas en el cóctel se quede exactamente como está en el plano, sin cambios de última hora.

—Hecho —dijo él—. No te preocupes, Jocy, lo tendré todo listo.

Jocy otra vez.

Respiré hondo por la nariz.

—Asegúrate de que así sea —solté, antes de poder evitarlo.

Jocelyn me lanzó una mirada de advertencia, pero no dijo nada.

—Nos vemos el viernes para revisar los últimos detalles —añadió ella, con una sonrisa educada.

—Nos vemos entonces —confirmó Alex.

Y entonces, justo cuando pensé que al fin se largaba… Le puso una mano en el hombro.

¿Perdona?

No sé si fue el gesto en sí. Si fue el modo en que lo hizo, con esa familiaridad descarada. O si fue que Jocelyn no reaccionó de inmediato.

Solo sé que, antes de darme cuenta, ya estaba moviéndome.

—Bueno, pues ya que está todo claro, te dejamos trabajar —dije, interponiéndome ligeramente entre los dos.

Alex parpadeó, sorprendido por mi repentino acercamiento.

—Sí, claro. Nos vemos.

Jocelyn ladeó la cabeza y me miró de reojo, pero yo ya no le estaba prestando atención. Estaba mirando a Alex alejarse, y estaba intentando no analizar demasiado qué cojones acababa de hacer.

El silencio entre nosotros se alargó hasta que, finalmente, ella suspiró.

—¿Te ha poseído algún espíritu maligno o qué?

No respondí.

Ella enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿A qué ha venido eso, Collins?

Me encogí de hombros.

—No sé a qué te refieres.

Regla número uno para todo: hacerse el tonto.

Ella bufó.

—Oh, no te hagas el tonto —lo sabía. Y yo sabía que ella lo sabía, claro—. Has estado a un paso de empujarle contra la pared cuando me ha tocado.

Fruncí el ceño.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

—No lo es.

—Sí. Que. Lo. Es.

Puse los ojos en blanco.

—No lo es. ¿Por qué haría yo algo así? —resoplé.

Eso, ¿por qué?

Jocelyn me miró fijamente, y estuve a punto de removerme, incómodo.

—Pues no lo sé —negó con la cabeza—. Pero solo hay dos razones por las que alguien actuaría así: o estás celoso, cosa que ya sé que es un imposible…

Se apresuró a decirlo antes de que ni siquiera tuviera tiempo de abrir la boca para negarlo.

—… O te ha entrado complejo de hermano mayor.

Bufé.

—¡Por favor! —reí.

¿Reí?

Gemí internamente porque, sí, lo había hecho. Zumbado estaba volviéndome.

—¿Celoso, yo? ¿De ese? —señalé hacia donde Alex se había ido—. ¡¿De ti?!

Soné con la mayor incredulidad del mundo. Porque lo era. Era Jocelyn, por Dios. La mejor amiga de mi hermana. Mi mejor amiga. Mi mejor trabajadora.

Joder, casi como mi hermana.

Yo no…

Me di de hostias mentalmente cuando la miré. Le había dolido. Y yo era un gilipollas.

—Jocy, yo…

Jocelyn sacudió la cabeza, claramente frustrada.

—No sé qué te pasa, pero desde hace un par de días estás muy raro. Sé que todo esto abruma, pero creo que se te está yendo de las manos.

Apreté la mandíbula, porque tenía razón.

—Estoy bien.

Ella asintió con la cabeza, pero ya se estaba alejando de mí.

—Jocelyn…

—Me alegra que estés bien —dijo entonces, sin detenerse.

Solté aire por la nariz, pasándome una mano por la nuca.

—Solo me ha parecido curioso que te llame por tu diminutivo —solté, sin sentido alguno.

Jocelyn se giró a medias, con expresión indescifrable.

—Ya.

—¿Es…? —Aiden, ¡no preguntes!— ¿Habéis sido pareja o algo?

Ella se quedó quieta, pero no me miró.

—Lo siento, yo…

—¿Qué te parece si ponemos un arco de flores ahí? —señaló una esquina estratégicamente ubicada cerca de la entrada.

Cambió de tema con una facilidad irritante.

Una facilidad que no tuve más remedio que aceptar.

Solté un suspiro.

—Sí. Como quieras.

Y la dejé hacerlo.

Porque, de repente, sentía que no estaba preparado para conocer la respuesta a esa pregunta.



Capítulo 14
JOCELYN

Yo lo único que le pedía a la vida era que Samantha regresara ya.

Nunca había tenido tantas ganas de ver a esa mujer como las tenía en ese momento.

Porque o regresaba y lograba centrar a su prometido, o no solo acabaría volviéndose loco él, sino también yo.

No sabía qué demonios le pasaba, de verdad que no lo entendía.

Me miraba raro, decía cosas raras. Y joder, esa electricidad que, de repente, parecía emerger entre nosotros ante el más mínimo roce…

¿Qué demonios era?

Por no hablar de lo del día anterior. Que si hubiera sido otro hombre, me habría creído que estaba en plan macho alfa, meando para marcar territorio.

Sé que no. Lo sé. Y él mismo me lo confirmó, mirándome con esa cara de horror que, francamente, tampoco hacía falta.

Aiden nunca me había mirado como a una mujer. Nunca. Y estaba bien, lo tenía asumido. Pero joder, una tiene su orgullo femenino y esas cosas dolían.

De todas formas, lo conocía. Sabía que no quería hacerme daño. Él tampoco parecía estar en sus cabales últimamente. Debía de estar sintiéndose fatal.

Así que, como cada día de estos últimos, hice de tripas corazón y volví a la carga con borrón y cuenta nueva. Sin hacer ni caso de nada.

Ignorando, como siempre solía hacer, esa faceta de Aiden Collins que, por algún motivo inexplicable, despertaba cosas en mí que no deberían estar ahí.

Tenía que centrarme en lo que tocaba: el ensayo de la ceremonia, el baile nupcial y la cena de ensayo.

Hasta el momento, todo iba bien.

Aiden estaba cumpliendo su papel, la hermana de Samantha, Lia, hacía de novia, y todo transcurría sin problemas. Caminó con seguridad hacia el altar, así que al menos pude grabar el vídeo para que Samantha lo viera y diera el visto bueno.

El baile… bueno. Digamos que, si ignorábamos el hecho de que los dos estaban más tiesos que si tuvieran un palo metido por el culo, todo iba perfecto. Elegancia pura. O casi.

Aiden no parecía nervioso, pero tampoco parecía él.

Y aunque yo tenía una política de “ignorar lo que no quiero enfrentar”, me costaba no notarlo. Pero bueno. Ensayo hecho.
Solo quedaba el menú de prueba.

Un último paso antes del gran día. Y antes de que yo pudiera empezar a respirar otra vez.

La cena de ensayo iba transcurriendo con normalidad. Las copas se alzaban en brindis, las risas llenaban el ambiente y la familia de Samantha aprovechaba para hacer preguntas sobre la boda y asegurarse de que todo estuviera en orden.

Estaba sentada al lado de Aiden, fui a llevarme el tenedor a la boca, cuando este desapareció. Pestañeé, confundida, y miré a mi lado.

—¿Pero qué demonios? —gruñí al ver a Aiden metiéndose la comida en la boca como si fuera lo más normal del mundo.

Masticó con calma, mirándome con descaro, la boca medio llena.

—¿Desde cuándo te gusta el pimiento asado?

—Desde nunca.

Odiaba el pimiento asado. Hasta el sabor que dejaba en el plato. Desde que éramos niños, él se comía el mío. Si no lo cogía él, lo ponía yo en su plato. Costumbre.

Aiden resopló, negando con la cabeza, y sin previo aviso, pinchó comida de mi plato con el tenedor.

—Por eso. Sin pimientos. Abre.

Fruncí el ceño.

—Ya puedo yo…

—Abre —insistió.

Lo miré con fingida indignación, pero él simplemente levantó una ceja, expectante.

Puse los ojos en blanco, pero lo hice. Y claro, el muy imbécil aprovechó para meterme el tenedor en la boca de golpe.

Casi me ahogo.

Tosí, atragantándome levemente, mientras él contenía la risa con una expresión de falsa inocencia.

—Gracias —dije con ironía, después de una arcada.

—De nada. Un placer que no me vomites encima.

Me quedé mirándolo, incrédula, hasta que entendí a qué se refería.

—¡Eso fue un accidente!

Aiden estalló en carcajadas.

—Por favor, Walker, casi me traumo de por vida.

Me llevé las manos a la cara, pero no pude evitar soltar una risa.

—Fue hace años.

—No importa. Hay cosas que un hombre nunca olvida.

—Eres un exagerado.

—No. Exagerado es tener que cambiarse de camisa en medio de una cena familiar porque una

niña de ocho años decidió vomitarme encima.

Me mordí el labio para no soltar otra carcajada.

—¡Fue un reflejo! Me dio fatiga y…

—Y vomitaste en mi regazo —sentenció, con una expresión impasible—. Enterito.

Mi risa explotó sin remedio.

Aiden negó con la cabeza, pero sus labios temblaban, luchando por contener la risa.

—Yo te cubro siempre, Walker. Literalmente.

Le di un manotazo en el brazo, todavía riendo.

—¿Quieres que te vomite ahora?

—No me subestimes, puedo esquivarte.

Solté una carcajada más y negué con la cabeza. Fuera como fuera, el muy capullo siempre sabía cómo hacerme reír.

Y fue entonces cuando noté el silencio. Un silencio pesado.

Levanté la mirada y me encontré con todos los pares de ojos sobre mí.

La madre de la novia, sentada al otro lado, con el ceño fruncido. El hermano de Samantha levantó las cejas. El padre de la novia tomó un sorbo de vino, observándome con interés.

¿Pero qué demonios…?

No había hecho nada para que me mirasen así, como si hubiera cometido un crimen. Ni había hecho nada que pudieran considerar… inapropiado, sospechoso, fuera de lugar.

¿A qué venía todo aquello?

Deslicé la mirada de nuevo hacia Aiden, de reojo. Carraspeó. Pero no era un carraspeo. Y, como si nada hubiera pasado, se llevó otro trozo de pimiento a la boca y siguió comiendo.

Actuar con naturalidad. Hacer como que no había pasado nada. Porque no había pasado nada.

Yo hice lo mismo.

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando juntos? —preguntó el hermano de Samantha, con tono curioso.

Tragué en seco.

—Desde siempre —respondí con rapidez—. Aiden tomó las riendas de *Wedding Dreams* hace años y… bueno, aquí estamos.

—Siempre han sido un equipo —añadió Elise, con tono despreocupado.

La madre de Samantha sonrió.

—Eso es maravilloso. Es difícil encontrar personas de confianza en este tipo de negocios, ¿verdad?

¿Había un ligero, y no tan ligero, retintín en sus palabras, o eran imaginaciones mías?

—Sí… —murmuró el padre de la novia, observándome con detenimiento.

Reprimí un suspiro y forcé una sonrisa. Las ganas de que Samantha regresara crecían por segundos.



Capítulo 15
JOCELYN

—Vale, ¿qué demonios os pasa? —preguntó Elise cuando se aseguró de que estábamos solas en el baño.

Pestañeé.

—¿A quién?

Soltó una risa seca.

—A quién dice… ¡A vosotros!

—¿Nosotros, quién? —de verdad que no la estaba entendiendo.

Elise me fulminó con la mirada.

—¿Qué está pasando entre Aiden y tú?

Enarqué las cejas.

—No sé a qué te refieres.

Porque no estaba pasando nada, vaya.

—Al pimiento, Jocelyn. Me refiero al pimiento.

Al parecer, lo del pimiento les había sorprendido a todos.

—Bueno… Siempre se lo ha comido él —le recordé.

Era normal, ¿no?

—Sí, lo ha hecho un millón de veces, pero no es eso lo importante. Es como lo ha hecho hoy. ¡Te ha dado de comer delante de todos!

—Tampoco es la primera vez…

—No —negó con la cabeza—. Sí es la primera vez, sí de esa manera. Las cosas no son como siempre.

—¿Qué estás insinuando?

Porque ya me estaba agobiando el tema, mejor ir al grano.

—No estoy insinuando nada —suspiró y se pasó las manos por la cara—. Pero te quiero, Jocelyn, y no quiero verte sufrir. Mucho menos por él. No más —dijo entonces.

Tragué saliva y mi mandíbula, de repente, tembló.

—Sé que lo quieres. Lo he sabido siempre —confirmó lo que yo pensaba, pero que prefería no escucharle—. Pero él se va a casar con otra.

—¿Crees que yo…? —la miré, horrorizada, al entenderlo— ¡Por favor! —exclamé.

¿Era eso? No me lo podía creer.

—¡No! —exclamó entonces—. Claro que no, jamás he pensado eso de ti.

—¿Es esa la impresión que doy? ¿Por eso este interrogatorio?

¡Pero si yo me mantenía a raya!

Siempre lo había hecho. Siempre había sabido cuál era mi lugar y nunca, ni una sola vez, me había permitido cruzar la línea.

No miradas que duraran más de lo necesario. No roces “accidentales”. No permitirme sentir más de lo que debía.

Cada vez que algo amenazaba con salirse de control, lo cortaba de raíz antes de que siquiera llegara a ser un problema.

Pero, si aun así Elise estaba cuestionándolo, si los demás estaban empezando a verlo… entonces algo estaba fallando.

—Entonces no te entiendo. Me estoy comportando como siempre. Yo no…

—Pero él no. ¿No lo ves? Hay algo más en él, algo que no es como siempre —suspiró.

No eran imaginaciones, exageraciones o ilusiones tontas mías. A él le pasaba algo.

Ella también se había dado cuenta.

—¿Tienes idea de qué le ocurre? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—No, no lo sé. Está raro, sí. Lo he notado. Y sé que algo le pasa. Pero nada que ver conmigo. Entre nosotros jamás. ¡Por Dios, Elise!

Una mueca en sus labios.

—Yo sí creo que tiene que ver contigo —dijo ella.

Abrí los ojos de par en par, incrédula.

—¡Por favor! —reí, irónica— ¡Eso es imposible!

—¿Por qué es imposible?

—Porque… porque… —carraspeé— Soy yo, Elise. Tu mejor amiga, su mejor amiga. Somos casi hermanos. Es así como me ha mirado siempre, lo sabes.

—Eso pensaba —confirmó ella—. Hasta hoy.

Enarqué las cejas de nuevo.

—Está nervioso por la boda, Samantha no está y yo soy quien está ahí. Se está apoyando en mí. Solo es eso, Elise.

Porque entre él y yo no existía otra cosa.

Jamás existiría otra cosa.

—No dudo ni de ti ni de él. Tampoco os juzgaría si así fuera —su voz sonó más baja, casi… comprensiva.

La miré, sorprendida.

—Elise…

—Cuando este manda… —se señaló el corazón—. Poco puede hacer esta —señaló su cabeza.

—Yo no estoy ni estaré en ninguno de esos dos lugares, pues estar tranquila. Incluso dado el remoto caso que él… —ni siquiera podía decirlo en voz alta— Jamás me metería en una relación.

Y era la verdad.

En el remoto caso —que no lo era— de que existiera algo con él, me quitaría de en medio antes de permitir que llegara a más.

Me habían herido, me habían engañado, y sabía lo que dolía.

Lo suficiente como para no ser yo quien hiciera pasar a otra persona por lo mismo. Nunca. Ni siquiera en nombre de lo que sentía. Ni estaría con un hombre que fuera capaz de engañar a su pareja.

Porque, ¿qué garantía tendría de que no me haría lo mismo a mí?

Elise dejó escapar un largo suspiro y me miró con algo parecido a la compasión.

—Me preocupa qué va a pasar cuando todo esto termine.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A la boda, Jocelyn. A que todo esto va a terminar y Aiden se va a casar con Samantha. Y tú… —se interrumpió, pero no necesitó terminar la frase.

Yo.

Yo me quedaría ahí. Como siempre.

Hice una mueca.

—No es nada que no haya asumido hace años.

—Pero esto es diferente —su tono se suavizó, como si intentara hacerme entender algo que yo me negaba a ver—. Lo que sea que le esté pasando a Aiden, te está arrastrando con él. Y cuando esto termine, no quiero que seas tú la que se quede con todo el peso encima.

Abrí la boca para replicar, pero la cerré enseguida, porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

Aiden estaba raro, y yo no entendía por qué. Pero sí sabía que todo esto acabaría en cuanto Samantha volviera. Y yo me quedaría con todo lo que no debería estar sintiendo.

Como siempre.

—Voy a estar bien —dije, más para convencerme a mí misma que a ella.

Elise me miró en silencio un par de segundos antes de asentir despacio. Se acercó a mí y me abrazó. Me dio un beso en la mejilla y, al separarse, levantó las manos y limpió las lágrimas que caían por mis mejillas.

Parpadeé, confusa, al sentir la humedad en mi rostro.

¿Cuándo había empezado a llorar?

—Respira, cariño —susurró Elise—. Solo queda un poco más.

Sonreí y asentí con la cabeza.

Salimos del baño un momento después y allí estaba él, con Cameron. Primero me miró a mí, luego a Elise. Volvió a mirarme, y por un instante, vi cómo su cuerpo se inclinaba apenas hacia delante, como si fuera a dar un paso en mi dirección.

Pero no lo hizo.

O no se atrevió.

O lo pensó mejor.

O, tal vez, hasta lo imaginé.



Capítulo 16
AIDEN

—¿Ha pasado algo? —pregunté, sujetando a Jocelyn por la muñeca.

Los ensayos habían terminado, todo había salido bien. La familia de Samantha ya se había ido, Elise y Cameron también. Jocelyn había querido ultimar un par de detalles, y yo, obviamente, me quedé con ella.

Después de terminar, nos habíamos subido a un taxi y ella se pasó todo el trayecto en silencio, con la vista clavada en la ventanilla.

Cuando el coche paró frente a su apartamento, fue la primera vez que me miró.

—Nos vemos el día de la boda.

Y se bajó.

Tenía que haberla dejado ir, era lo que debía hacer. Pero no lo hice.

Y ahí estaba, con el taxi ya lejos, alcanzándola antes de que llegara a la puerta de su edificio.

Le agarré suavemente el brazo y la obligué a girarse.

—Jocelyn…

—No —dijo rápidamente, zafándose de mi agarre con un movimiento brusco. Negó exageradamente con la cabeza—. Todo ha salido fenomenal.

Y sonrió.

Y ahí supe que sí, que algo había pasado. Porque la conocía. Porque Jocelyn solo ponía esa sonrisa cuando estaba mintiendo.

Y, además, le había temblado la mandíbula. Eso significaba que quería llorar. Otra vez.

Me estaba mintiendo. Yo no entendía por qué; y me agobié, como hacía mucho tiempo que no me agobiaba.

—¿Te ha pasado algo con Elise?

Jocelyn frunció el ceño.

—¿Qué podría pasarme con Elise?

—No lo sé, por eso te lo estoy preguntando.

—No. Todo está bien.

Su respuesta fue rápida. Demasiado rápida.

—Deberíamos descansar, mañana relajarnos y, pasado, será el día de tu boda. Así que venga —hizo un gesto con la cabeza, indicándome que me largara, y se giró para marcharse.

Tenía que dejarla ir, pero no quería, así que la agarré de nuevo.

La puse frente a mí otra vez y la miré a los ojos. Pero solo un instante, porque ella desvió la

mirada.

—¿He sido yo? —pregunté en un susurro, sintiendo un nudo en el pecho.

Ella levantó la mirada. Esos enormes ojos marrones brillaban, anegados en lágrimas. Pero negó con la cabeza.

Yo asentí.

—He sido yo —murmuré, con la certeza oprimiéndome el pecho.

Su mandíbula tembló. Y, esta vez, las lágrimas cayeron.

Fue como si me hubieran dado un jodido puñetazo en el estómago.

—Jocy… —mi voz salió más rota de lo que quería, porque, joder, no quería verla llorar.

Sobre todo, si yo era el culpable.

Si había algo que intentaba evitar en la vida, era hacerle daño a ella. A nadie, claro, pero a Jocelyn… Jamás. Porque no podría soportarlo.

Y, al parecer, lo estaba haciendo.

Sin pensar, levanté la mano y limpié las lágrimas con el pulgar. Ella cerró los ojos un instante, como si le doliera. Y yo apreté los dientes, porque también me dolía a mí verla así.

—Lo siento —dije, sin saber muy bien por qué me disculpaba.

O, quizás, lo dije porque sí lo sabía.

—Olvídalo —susurró ella, abriendo los ojos.

Su voz tembló un poco, pero su determinación no.

—Estaré bien —sentenció.

Pero lo dijo como quien repite algo que quiere creer.

Le acaricié la mejilla con el pulgar y me di cuenta de que no quería soltarla. Y de que, joder, no sabía cómo demonios había llegado hasta aquí.

Y me asusté. Dejé caer la mano y la dejé marcharse. Ella lo hizo, sin mirar atrás. Sin titubear.

Y por primera vez en mucho tiempo, o quizás en la vida, sentí que las emociones podían desbordarme.

Y eso…

Eso me aterraba.



Capítulo 17
AIDEN

—¿Aiden? —preguntó Cameron, extrañado al verme en la puerta de su casa. Normal, considerando la hora que era.

Levanté la botella de whisky que había comprado en una tienda después de caminar durante horas, pensando.

—¿Una copa?

Cameron arqueó las cejas, exageradamente. Dudó, seguramente porque nunca me había visto actuar así, pero al final suspiró y abrió la puerta del todo.

—Pasa, anda.

Entré.

—¿Aiden? ¿Estás bien?

La voz preocupada de Elise nos interrumpió desde la escalera. Se estaba anudando la bata, con el ceño fruncido, mirándome como si no estuviera segura de si era realmente yo o una alucinación nocturna.

—Yo… —levanté la botella en señal de respuesta.

—Nervios antes de la boda —intervino Cameron, saliendo en mi rescate.

Sí, podía resumirse como eso, ¿no? Porque todo lo que me pasaba era por eso, claro.

Elise terminó de bajar las escaleras y se acercó a mí. No dijo nada. Simplemente, me rodeó con los brazos en un abrazo cálido, sin prisa.

No entendía por qué, pero su abrazo me pesó más de lo que debería.

Cuando se separó, me miró con algo que no supe interpretar. No era lástima, no era tristeza… Era algo diferente que no sabría explicar. Posó una mano en mi brazo y sonrió, aunque fue una sonrisa tenue.

—Sé feliz, Aiden. Pero feliz de verdad.

No supe qué responder, así que no dije nada.

Y tras eso, me dio un beso en la mejilla y se marchó.

—Vamos —Cameron me dio una palmadita en el hombro—. A ver qué mierda has comprado.

Definitivamente, una mierda, pero cumpliría su cometido: quemarme la garganta y, con suerte, también los sentidos.

Nos sentamos en el sofá y serví dos vasos. Pasaron unos segundos en los que solo se escuchó el tintineo del cristal al chocar con el hielo.

—¿Cómo supiste que era Elise?

La pregunta rompió el silencio que nos envolvía.

Vi cómo Cameron, que estaba girando el vaso entre los dedos, dejó de hacerlo por un instante. No me miró enseguida, simplemente se quedó observando el whisky como si en su movimiento estuviera la respuesta.

—Simplemente, lo supe —dijo al final, y luego volvió a girar el líquido con calma.

—Oh… —me bebí medio vaso de un trago.

Cameron me miró y sonrió.

—No creo que haya una fórmula para saberlo, simplemente lo sabes. Como sabía que adora trabajar con niños o que odia la lechuga.

—¿Odia la lechuga?

Cameron rio.

—Sí, y se le nota. Pero se la come.

—Oh… —fruncí el ceño. En casa nunca nos habíamos dado cuenta de eso.

Bueno, quizás Jocelyn sí. Ella conocía los secretos de todos nosotros.

Jocelyn…

Mierda.

Cameron continuó, sin notar mi distracción.

—Cuando es la persona correcta, simplemente lo sabes. Es una sensación aquí —se tocó el pecho, sobre el corazón—. Sabes que es ella. Sabes que es la persona a la que quieres ver cada día, porque, si no, te sentirías extraño.

Me mojé los labios, sintiendo la garganta seca.

—Extraño…

—Sí. Como si algo no encajara. Como si faltara algo.

Me llevé el vaso a los labios y bebí otro trago largo.

—En mi caso, no me desperté un día y dije: “oh, ya está, Elise es la mujer de mi vida”. No funciona así.

—¿No?

Cameron negó con la cabeza y sonrió de lado.

Cameron giró el vaso entre sus dedos, pensativo.

—Un día me hice una pregunta —dijo, con una sonrisa leve—: “Si todo el mundo desapareciera y solo pudieras elegir a una persona para quedarte con ella, ¿a quién elegirías?”

Yo seguí en silencio, la mandíbula apretada.

—Me sorprendió darme cuenta de que no era ninguna de las chicas con las que había salido —continuó—. Ni la que me había obsesionado durante meses. No fue ninguna de esas.

Tragué saliva, sintiendo una opresión en mi pecho.

—Si tenía que elegir a alguien para estar siempre a mi lado, era Elise —confesó—. Ahí supe

que lo que sentía por ella era mucho más de lo que quería admitir.

Tomó un sorbo de whisky y dejó que las palabras se asentaran en el aire.

Yo sentía el nudo formándose en mi garganta.

—Amo a tu hermana —dijo entonces, con la misma certeza con la que afirmaría que el cielo era azul.

Asentí con la cabeza. Lo sabía. Siempre lo había sabido.

—Me puede sacar de quicio, y yo a ella. A veces no estamos de acuerdo. Discutimos. Nos llevamos la contraria más de lo necesario. Pero solo con ella puedo ser completamente libre de ser yo mismo. Sin filtros. Sin miedo. Sin dudar de que me va a aceptar tal como soy, incluso en mis peores días.

Se quedó en silencio por un momento y después ladeó la cabeza.

—¿No es eso el amor?

Me pasé la lengua por los labios, sintiendo la garganta seca.

—Supongo…

Me serví otro vaso y me lo bebí de un solo trago, disfrutando la sensación de que me quemara la garganta.

Cameron no apartó la mirada de mí.

—¿Por qué, Aiden? —preguntó, su tono tranquilo, pero su expresión demasiado seria—. ¿Te has dado cuenta ahora de que has encontrado a la persona correcta?

Dejé el vaso sobre la mesa y me puse de pie.

—Gracias por la charla —dije, con una sonrisa que no llegaba a mis ojos—. Y perdona por haberte despertado.

Cameron me observó sin decir nada.

—Debería irme a dormir —me encaminé hacia la puerta—. El sábado me caso.



Capítulo 18

JOCELYN

El día de la boda

Todo estaba listo.

O, al menos, todo lo que podía estarlo antes de que comenzara la ceremonia.

Samantha había llegado la noche anterior, así que sí, todo marchaba según lo planeado.

Respiré hondo mientras recorría con la mirada la sala decorada con flores blancas y velas tenues.

Los invitados ya estaban acomodándose en los bancos, las voces llenaban el ambiente con murmullos emocionados, y todo seguía el horario programado al segundo.

Perfecto.

Eché un último vistazo a mi lista mental de pendientes antes de girarme hacia Claire, que revisaba su tablet con la misma concentración con la que yo repasaba cada mínimo detalle.

—¿Todo listo con la música? —pregunté en un susurro.

—El cuarteto ya está preparado. En cuanto demos la señal, comenzarán.

Asentí.

—Bien. Voy a buscar al novio.

Lo encontré donde esperaba: en una de las salas privadas del hotel, ahora convertida en su improvisado camerino. Llamé a la puerta dos veces antes de abrirla y asomé la cabeza.

Aiden estaba allí, de espaldas a la puerta, con la chaqueta del traje aún en la mano.

—Cinco minutos, Collins —anuncié, dispuesta a cerrar la puerta de nuevo.

Él no respondió enseguida.

Simplemente, se quedó allí, quieto, en silencio, mirando hacia la ventana como si pudiera encontrar algo en el paisaje que le diera una respuesta.

Fruncí el ceño.

—¿Aiden?

Nada.

—Vamos, es tu boda —intenté sonar animada, pero mi propia voz se sintió extraña en mi garganta—. Si no sales ahora, la gente va a pensar que te has escapado.

Él suspiró. Apenas un sonido, pero suficiente para que yo lo escuchara.

Se colocó la chaqueta, pero su gesto era mecánico, distraído, como si ni siquiera estuviera prestando atención a lo que hacía.

Maldita sea.

Suspiré y entré en la habitación.

—Déjame a mí —dije, colocándome frente a él.

Ignorando el nudo en el estómago que me provocó verlo vestido así. Tan guapo. Tan jodidamente perfecto.

El esmoquin gris marengo le sentaba de maravilla, hecho a su medida. La camisa blanca resaltaba aún más su piel dorada, el nudo de la pajarita, perfectamente simétrico.

Levanté las manos y ajusté el cuello de su chaqueta, asegurándome de que quedara perfectamente colocado.

Aiden no se movió, no protestó. Simplemente, me dejó hacer.

Mis dedos rozaron su piel por accidente y sentí el leve escalofrío recorriéndome la espalda, pero lo ignoré.

Me obligué a concentrarme en la tela, en los pequeños ajustes. Pasé los dedos con suavidad por la solapa, enderezándola, alisando cualquier arruga que encontrara. Deslicé las palmas por sus hombros, acomodando la tela, dándole los últimos retoques.

Era un gesto sencillo. Un gesto que no significaba nada. Pero me quemaba.

Tragué saliva y mantuve la vista fija en lo que hacía.

—¿Estás bien? —preguntó entonces, su voz, apenas un murmullo.

Mis manos se detuvieron por un segundo.

Levanté la mirada un instante, solo lo justo para no parecer esquiva.

—Sí —confirmé.

Mentí. Porque no lo estaba, pero lo estaría. Tenía que estarlo.

Había pasado la noche anterior, y las dos anteriores, llorando hasta quedarme dormida. Hasta que mis ojos ardieron. Hasta que mi pecho dejó de doler lo suficiente como para dejarme respirar. Pero estaba lista.

Preparada para ese día y para lo que significaba.

Preparada para decirle adiós.

Con las palmas de mis manos, alisé la chaqueta una última vez, ignorando el nudo en mi garganta. Ignorando lo que me hacía sentir el contacto con su cuerpo.

Y entonces, él me detuvo. Sus manos envolvieron mis muñecas, con firmeza, pero sin brusquedad.

Su tacto me recorrió como un choque eléctrico.

No aparté la mirada de sus dedos rodeándome. Si lo hacía, si lo miraba a los ojos, no estaba segura de poder seguir respirando con normalidad.

—Jocy… —susurró.

Negué con la cabeza antes de que pudiera decir nada más.
Antes de que pudiera hacerme perder la compostura que tanto me había costado sostener.

Intenté apartarme, pero él no me dejó.

—Mírame.

No quise hacerlo. No podía hacerlo. Pero al final, lo hice. Levanté la mirada lentamente y la posé en él.

Aiden me sostuvo la mirada por un segundo. Luego otro. Y en esos segundos sentí que me hundía.

—Voy a casarme.

Su voz no tembló.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé.

Su agarre en mis muñecas se intensificó, apenas un poco. Lo suficiente para hacerme sentir atrapada.

—Tengo que casarme —dijo entonces.

Esta vez sí temblé. Solo un instante. Solo lo suficiente para que él lo notara.

Me humedecí los labios con la lengua seca y asentí de nuevo. Mi sonrisa fue frágil, falsa, un escudo desesperado.

—Lo sé —susurré.

Lo vi apretar la mandíbula, las aletas de su nariz se expandieron con una respiración profunda. Parecía… ¿furioso? ¿Frustrado?

No lo entendí.

No quise entenderlo.

—¿Estamos bien?

Lo miré a los ojos. Sabía lo que estaba pidiendo: no solo mi respuesta, no solo mi promesa. Él quería una certeza. Y yo se la di.

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

—Siempre lo hemos estado, ¿no? —sonreí, aunque me costó.

Él me miró con algo que no supe descifrar. Como si quisiera decir algo más.

—Jocy…

—Siempre estaremos bien —le aseguré, con voz firme, forzándome a creérmelo.

Y entonces sí, me separé de él.

—Vamos, la gente está impaciente.

Me giré y salí a toda prisa de la habitación. Con la espalda recta, con la cabeza alta, con una sonrisa en el rostro que no sentía. Pero rogando, con cada paso, que las lágrimas que intentaba contener no cayeran.



Capítulo 19
JOCELYN

Todo estaba preparado.

Desde mi posición, en un lateral de la sala, podía verlo todo con claridad. Los invitados sentados en filas perfectamente alineadas. Las flores decorando el camino hacia el altar improvisado en la sala del hotel. El murmullo expectante de la gente.

Y a Aiden.

De pie, en el altar, con la espalda recta y los hombros tensos. Demasiado serio.

Había visto a muchos novios en este momento exacto. Algunos se balanceaban sobre sus talones, nerviosos. Otros sonreían con ansiedad. Pero Aiden…

Aiden estaba inmóvil. Su mandíbula apretada, sus manos entrelazadas al frente.

No era así como tenía que verse el día de su boda.

Respiré hondo, sintiendo la tensión en mi propio cuerpo.

Entonces, la música empezó a sonar. Las puertas se abrieron y Samantha apareció en el umbral, tomada del brazo de su padre. Y estaba preciosa.

Siempre había sido guapísima, con esos ojos almendrados y esa sonrisa serena, pero ese día… Ese día brillaba.

Su vestido era elegante y etéreo, de un blanco puro que resaltaba su piel de porcelana. El escote en forma de corazón realzaba su figura sin ser demasiado revelador, y la falda de tul caía en suaves capas hasta el suelo. El velo, delicado y sutil, enmarcaba su rostro con una gracia casi irreal. Pero más allá de lo evidente, vi algo más.

Estaba nerviosa. No se notaba a simple vista, pero yo era experta en estas cosas. Y Samantha también estaba más tensa de lo que debería.

Aunque, claro, era su boda. ¿Cómo no estarlo?

Caminó con paso firme, manteniendo la mirada en Aiden mientras avanzaba por el pasillo. Los murmullos cesaron y solo quedó la música y el sonido de sus pasos sobre la alfombra blanca.

Cuando llegaron al altar, su padre se giró hacia Aiden y le dedicó una última mirada. Una que parecía advertirle algo sin necesidad de palabras.

—Cuídala —le dijo finalmente, con una mezcla de solemnidad y emoción contenida.

Aiden asintió, pero no respondió.

El padre de Samantha tomó la mano de su hija y la colocó sobre la de Aiden. Fue un gesto simbólico, pero cargado de significado.

Aiden y Samantha se miraron durante un breve instante y luego, juntos, se giraron hacia el oficiante.

El hombre, de traje gris y voz pausada, comenzó con unas palabras sobre el amor y el compromiso, sobre la importancia del matrimonio como un lazo sagrado entre dos almas destinadas a caminar juntas.

Yo no escuché la mitad. Mi mente estaba en otro lado, atrapada en un torbellino silencioso de pensamientos que no me correspondían.

Y entonces llegó el momento.

El oficiante inspiró hondo antes de hablar.

—Aiden Collins, ¿aceptas a Samantha Reynolds como tu esposa, para amarla y respetarla en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, hasta que la muerte los separe?

—No quiero.

Fue en ese momento cuando salí de mi tonta ensoñación y pestañeé. Espera, ¿qué? ¿Había oído bien?

Miré a Aiden, sin poderme creer lo que acababa de escuchar.

No era la única en shock, la sala entera lo estaba. Los rostros de los invitados reflejaban el desconcierto. Algunos abrieron los ojos de par en par. Otros susurraron en voz baja, como si no pudieran creer lo que acababan de escuchar.

El oficiante frunció levemente el ceño.

—¿Perdón?

—No puedo… —pero la que habló fue Samantha. No Aiden.

¿Qué demonios estaba pasando allí?

—No puedo casarme —repitió la novia.



Capítulo 20
JOCELYN

Dejar a alguien plantado el día de su boda ya era un escándalo en sí mismo.

Pero cuando el abandonado en el altar era el CEO de una de las empresas de bodas más prestigiosas de la ciudad, y del estado, la cosa adquiría otra dimensión.

Y vaya si lo hacía.

En todos mis años como organizadora de bodas, había lidiado con absolutamente todo.

Novias al borde del colapso porque el tono exacto de las flores no coincidía con la servilleta. Padrinos borrachos a plena luz del día, tambaleándose antes de dar su discurso. Suegras conspirando en la sombra para cambiar el menú en el último momento.
Incluso plantones en el altar.

Pero esto…

Esto era otro nivel.

Porque no era un novio cualquiera el que había sido plantado. Era mi jefe.

Y lo peor ni siquiera estaba ocurriendo dentro del salón, aunque aquello ya era un absoluto desastre.

La novia había salido corriendo. La madre de la novia, siguiéndola entre exclamaciones de horror. Los murmullos creciendo como una tormenta eléctrica entre los invitados. Los susurros, las miradas, las expresiones de shock…

Y el novio…

¿Dónde demonios estaba Aiden?

Genial. Un caos absoluto.

Pero, como decía, lo peor no estaba ocurriendo allí.
Porque en este siglo, los escándalos no se quedan entre los invitados.

Las redes sociales ya estaban haciendo su trabajo.

Clips cortos, temblorosos, grabados con móviles.

Porque sí, todos sabemos que lo primero que hace una persona cuando ocurre algo extraordinario no es ayudar, ni intervenir, ni procesarlo racionalmente.

No.

Lo primero que hace es sacar el móvil y ponerse a grabar. Ya sea un plantón en una boda o, no sé, un apocalipsis zombi.

Y ahora, el mundo entero estaba viendo en directo cómo el hombre que vendía bodas de ensueño protagonizaba la peor pesadilla de cualquier pareja.

Y los textos que acompañaban los videos no tardaron en aparecer:

“Dios mío, acaba de decir que no. ¡No quiere casarse!”

“La madre de la novia corriendo tras ella. ¡Vuelve aquí!, le grita.”

“¿Pero qué está pasando? ¿Esto es una broma?”

“Esto tiene que ser publicidad. Nadie hace esto en serio.”

“Espera… ¿Él no es el CEO de una empresa de bodas? JAJAJA, qué ironía.”

“¿Y si la empresa va a cerrar y es un truco publicitario?”

“No puedo esperar a ver los memes de esto.”

Los hashtags no tardaron en explotar:

#NovioPlantado

#BodaFallida

#NoSeCasa

#WeddingDisaster

Me pasé una mano por la cara, intentando procesar el desastre que se estaba desarrollando ante mis ojos.

“LOL, esto es una broma, ¿verdad? ¿Nadie va a hablar de que han dejado al CEO de *Wedding Dreams* plantado en el altar?”

“¿*Wedding Dreams* o *Wedding Nightmares*?”

“Si contrato con ustedes, ¿me garantizan que mi novia no me dejará plantado en el altar?”

Un video de 17 segundos con más de 10,000 reproducciones en menos de media hora.

En la pantalla, Aiden aparecía de pie en el altar, inexpresivo, mientras Samantha lo miraba con los ojos llenos de lágrimas y pronunciaba esas palabras que ahora estaban recorriendo toda la red.

“No puedo casarme”.

El título del tuit decía: “Cuando hasta al CEO de una empresa de bodas lo dejan tirado”. #BodaFallida”

Un desastre.

Aquello era un desastre absoluto.



Capítulo 21
AIDEN

Me serví otro vaso de whisky y me lo bebí de un solo trago.

El ardor descendió por mi garganta, pero no fue suficiente para silenciar el caos en mi cabeza.

Me pasé una mano por la cara, exhalando con fuerza.

El que debía haber sido uno de los días más felices de mi vida se había convertido en un absoluto desastre.

Y yo…

Me incliné sobre el escritorio, apoyando los codos y cerrando los ojos. El whisky no estaba ayudando. No lo suficiente.

El murmullo del teléfono vibrando sobre la mesa era una constante de la que ya había decidido desconectarme. Mensajes. Llamadas. Correos.

Todo podía esperar un poco.

El mundo podía estar ardiendo allá afuera. Podían estar escribiendo titulares con mi nombre en mayúsculas. Podían estar preguntándose qué demonios había pasado con la boda perfecta del CEO de *Wedding Dreams*.

Pero yo solo quería silencio.

Y entonces, la sentí. Antes de verla.

Antes, incluso, de escuchar cómo la puerta de la oficina se abría. Antes de percibir el sonido apresurado de unos tacones acercándose a mi despacho.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —pregunté.

Jocelyn se detuvo en la puerta. Respiraba rápido. Su pecho subía y bajaba. Su rostro estaba tenso. Pero sus ojos…

Una risa irónica escapó de mis labios.

—Pregunta tonta —murmuré, sirviéndome más whisky—. Me conoces mejor que nadie en este mundo.

Mejor que yo mismo.

Me llevé el vaso a la boca, pero nunca llegó a tocar mis labios. Jocelyn llegó hasta mí y me lo arrebató.

—Jocy… —mi voz sonó más rota de lo que me habría gustado.

—Creo que ya bebiste suficiente.

Y entonces, para mi absoluta sorpresa, se lo bebió de un solo trago.

Parpadeé.

Ella dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco y me miró fijamente.

Y sonreí.

—Esa es mi chica.

No sé por qué lo dije. Tal vez fue el whisky.

O tal vez fue el hecho de que, en medio de un mundo colapsando, ella seguía siendo la única constante que me hacía sentir que todo estaba bien.

Jocelyn resopló, pero no negó mis palabras.

—Te he buscado por todas partes —dijo entonces, su voz más suave—. Me tenías preocupada.

Me enderecé en la silla, eché mi cuerpo un poco hacia atrás y, sin pensarlo demasiado, puse las manos en su cintura y la atraje suavemente hacia el escritorio, haciendo que se apoyara en él, justo frente a mí.

No se resistió.

Y entonces, sin más, apoyé mi cabeza contra su abdomen, colocándome entre sus piernas abiertas.

—Aiden… —su susurro fue apenas un aliento sobre mi cabeza.

Noté la tensión en su cuerpo. Sentí cómo contenía la respiración. Pero no se apartó.

Tardó un segundo, tal vez dos. Pero finalmente, sentí sus manos deslizarse por mi cabello, moviendo los dedos con suavidad, como si no supiera si tenía derecho a hacerlo.

Suspiré.

Cerré los ojos y me aferré a su cintura, mis brazos envolviéndola con más fuerza de la necesaria, como si mi cuerpo hubiera tomado la decisión antes que mi mente.

Su respiración tembló.

Mi pecho se apretó.

Era la primera vez que hacíamos algo así. Y joder… Si hubiera sabido cuánta paz me daría, se lo habría pedido antes.

Levanté la cabeza un momento después y suspiré al encontrarme con sus ojos. Esos impresionantes ojos marrones que siempre me miraban así.

Un nudo se me formó en la garganta.

—¿No me vas a preguntar si estoy bien?

Jocelyn negó con la cabeza, sin apartar la mirada de mí.

—No.

Su voz fue suave, firme. Sus dedos volvieron a enredarse distraídamente en mi cabello, como si el gesto fuera completamente natural.

—¿Por qué? —pregunté, con un hilo de voz.

Se encogió de hombros, pero no dejó de acariciarme.

—Porque lo veo. No necesito preguntártelo.

Tragué saliva.

—¿Y qué ves? —pregunté en un susurro.

Ella se quedó quieta. Sus dedos se detuvieron en mi pelo; sus ojos clavados en los míos.

Dudó. Pude ver el momento exacto en el que se debatió entre decirme la verdad o apartarse y esquivar la conversación por completo. Pero finalmente habló.

—A alguien que lo está pasando mal —murmuró.

Sonreí de lado, sin humor.

—Eso lo sabría cualquiera con solo mirarme.

Me incorporé lentamente y me quedé de pie entre sus piernas. Ella levantó la cabeza para mirarme.

Su respiración era lenta. Contenida. Como si estuviera decidiendo qué hacer con este momento que pendía de un hilo.

La acomodé mejor sobre el escritorio, mis manos firmes en su cintura, sintiendo el calor de su piel a través de la tela.

—¿Qué ves? —pregunté, con la voz ronca.

Desvió la mirada, pero no lo permití. Llevé una mano a su mejilla, sosteniéndola con suavidad, obligándola a volver a mirarme.

Y lo hizo.

—Aiden… —susurró, su voz apenas un hilo.

—¿Qué ves?

—A alguien que lo está pasando mal porque lo han dejado plantado en el altar y que, si no se controla… si deja que el despecho lo consuma… puede cometer una tontería.

Su tono era firme, pero al mismo tiempo… Había algo más. Algo que no lograba identificar.

Quitó mi mano de su rostro, como si con eso intentara poner distancia.

Sonreí de lado.

—Supongo que no me conoces tan bien como creías.

Mis manos encontraron su cintura de nuevo, esta vez con más seguridad. La sostuve. La acerqué un poco más a mí. Lo suficiente para que sintiera lo que estaba pasando en mi cuerpo.

Ella se mordió el labio, apenas un instante, pero fue suficiente.

Suficiente para ver cómo tragaba saliva.

Suficiente para notar cómo su pecho subía y bajaba con un ritmo más acelerado.

Suficiente para oír el gemido ahogado que trató de reprimir, pero no lo logró del todo.

Y yo tampoco.

—Me han dejado plantado en el altar —murmuré, mi mirada viajando de su boca a sus ojos—. Y no me importa una mierda.

Jocelyn pestañeó.

—¿Qué? —repitió, aturdida.

—No me importa una mierda, porque lo que ahora mismo me está volviendo loco es otra cosa.

Apreté mis dedos sobre su piel, afianzándome en su cintura, y me acerqué aún más.

Lo suficiente para presionar mi erección contra ella. Lo suficiente para que lo supiera, para que entendiera. Porque esto llevaba días gestándose.

Y ya no podía más.

Jocelyn gimió.

Y yo gemí con ella.

—Aiden… no estás pensando con claridad —susurró, con la voz temblorosa.

Negué con la cabeza.

—No quiero pensar.

Llevé una de mis manos de nuevo a su rostro, deslizando mis dedos por su piel con la misma reverencia con la que un hombre toca algo que ha deseado por demasiado tiempo.

Cerró los ojos un instante.

Quizás por placer.

Quizás por agonía.

Quizás por las dos cosas.

Me incliné sobre ella, dejando que nuestras narices se rozaran. Que su aliento cálido se mezclara con el mío, e inspiré hondo.

—Estoy cansado de pensar —susurré.

Su pecho subió con un respiro contenido.

—Estoy cansado de negarme lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

El dolor en su voz fue un puñal directo a mi pecho. Me separé apenas un poco para mirarla a los ojos. Y le dije la verdad.

—A ti.

Y no le di tiempo a reaccionar.

La besé.

Mis labios encontraron los suyos con una urgencia que nunca antes había sentido.

No fue un beso suave. Ni tímido. Fue un beso desesperado. Uno que llevaba demasiado tiempo conteniéndose.

Mi mano se deslizó hasta su nuca, mis dedos enredándose en su cabello, inclinándola hacia mí.

La otra se aferró a su cintura con fuerza, como si soltarla significara perder algo esencial.

Porque no quería soltarla.

Jocelyn se quedó inmóvil solo un segundo. Solo un respiro de duda antes de responderme con la misma desesperación.

Y joder si lo hizo.

No hubo titubeos. No hubo vacilaciones.

Sus labios se abrieron bajo los míos, cálidos y suaves, y cuando sentí la presión de su boca moviéndose con la misma hambre que la mía, algo dentro de mí se rompió.

Un gemido bajo escapó de su garganta justo cuando mi lengua rozó la suya, explorando, conociendo, reclamando. El sabor de ella se mezcló con el rastro de whisky, una combinación embriagadora que me hizo desear más.

Jocelyn jadeó contra mis labios y la presión en mi pecho se volvió insoportable.

No era suficiente. No podía ser suficiente.

El aire se volvió escaso, la respiración entrecortada, el calor subiendo entre nosotros como una corriente imposible de ignorar.

Mis labios se movieron con más intensidad, con más urgencia. Ella respondió con la misma necesidad.

Sus dedos treparon por mi cuello, se enredaron en mi cabello y lo halaron con la desesperación de quien también había esperado demasiado. Solté un gruñido contra su boca, y mis manos se cerraron en sus caderas, mis pulgares rozando su piel sobre la tela, tentados a buscar más.

Me separé un instante, solo un instante.

—Jocy… —gemí contra sus labios—. ¿Vas a pararme? —pregunté.

Supe la respuesta antes de que la dijera, lo pude ver en sus ojos.

—No.

No. Nada de aquello era un error.

No era un momento de debilidad.

Era inevitable.

Y ya no había marcha atrás.



Capítulo 22
JOCELYN

Sabía que no debía estar haciendo esto.

Sabía que era un error.

Lo acababan de dejar plantado en el altar. Estaba herido. Despechado.

Jodido.

Y había bebido.

No tenía que creer nada de lo que dijera. No tenía que dejar que sus palabras me afectaran, porque seguramente solo decía tonterías, buscando cualquier forma de llenar el vacío que le había dejado su novia al marcharse.

No tenía que permitirle hacer lo que estaba haciendo.

No tenía que permitirle besarme.

No tenía que permitirle tocarme.

Pero, joder… No podía evitarlo. No quise evitarlo.

Porque, probablemente, esta sería la única vez en mi vida en la que podría estar entre sus brazos.

Porque si este era mi único momento con él, si esta era la única vez en la que me miraría como si fuera lo único que existía en el mundo… Entonces no pensaba desperdiciarlo.

Su aliento aún sabía a whisky. Pero debajo de eso, estaba él. Solo él.

Sus labios dejaron los míos, pero no se alejó del todo. Se quedó ahí, con la respiración agitada, sus ojos recorriendo mi rostro como si intentara memorizarlo.

—Jocy… —gimió contra mis labios.

Mi nombre. Era mi nombre el que pronunciaba.

Por primera vez en mi vida, yo era la única en su mente.

Era a mí a quien besaba. Era a mí a quien quería tocar.

Y yo quería que lo hiciera.

Quería que me tocara como nunca antes me había tocado.

Quería que me besara hasta borrar cualquier rastro de cordura.

—¿Vas a pararme? —preguntó entonces.

Debería.

Pero entonces vi su mirada. Oscura. Cargada de deseo.

Y sentí su aliento cálido contra mis labios. Sus manos firmes sosteniéndome.

No.

No podía detenerlo.

No quería detenerlo.

Así que simplemente negué con la cabeza.

—No —susurré.

Fue como si se rompiera algo dentro de él. Como si esas dos letras fueran la última cuerda que lo mantenía a raya. Porque en cuanto las dije, me devoró.

Sin delicadeza. Sin paciencia.

No había ternura en su beso. No era dulce. Era desesperado. Brutal.

Como si hubiera estado reprimiéndolo demasiado tiempo.

Como si ahora que me tenía, no pudiera contenerse.

Y yo tampoco.

Hundí mis dedos en su cabello, tirando de él con fuerza mientras su cuerpo se apretaba contra el mío. Su erección dura se frotó contra mi sexo, arrancándome un jadeo entrecortado.

Mis piernas rodearon su cintura por instinto.

Y él gruñó contra mi boca.

—Joder, Jocy… —murmuró, con la voz rota.

Besó mi cuello. Bajó por mi clavícula.

Mis dedos temblaban mientras trataba de desabrochar los botones de su camisa.

Quería verlo.

Sentirlo.

Su piel caliente contra la mía.

—Aiden… —supliqué, sin saber exactamente qué estaba pidiendo.

Pero él lo entendió.

Sus dedos encontraron la cremallera del mono que llevaba y la bajó con lentitud, dejando que la tela se deslizara por mis hombros, exponiéndome poco a poco a su mirada.

Su mirada oscurecida me recorrió de arriba a abajo.

No supe cómo, pero con un solo movimiento me levantó, sujetándome con una mano mientras el mono caía al suelo, junto a mis tacones.

Y luego, con la misma urgencia, se desabrochó la camisa, dejando al descubierto su torso firme, su piel caliente, sus músculos tensos por el deseo.

Mi respiración era errática cuando sus labios se posaron en mi cuello. Besando. Lamiendo. Mordisqueando.

Bajó lentamente, rozando su lengua sobre la curva de mis pechos, justo donde sobresalían del sujetador, y yo gemí, arqueando la espalda contra él.

Sus dedos recorrieron mi piel con precisión, hasta que el broche de mi sujetador cedió con un chasquido y la prenda desapareció en segundos, dejando mis pechos expuestos a su mirada hambrienta.

Él gruñó. Un sonido grave, casi animal.

—Joder, Jocelyn… —murmuró antes de tomar mis pechos con sus manos y devorarlos con la boca.

Su lengua. Su boca. Sus dientes.

Mis dedos se aferraron con fuerza a su cabello mientras su lengua se dedicaba a torturarme lentamente. Besando. Succionando.

Haciéndome temblar contra él.

Abandonó mis pechos con un último mordisco en la curva de mi seno y siguió descendiendo lentamente, dejando un rastro de besos ardientes sobre mi piel.

Bajó.

Más.

Su boca recorrió mi abdomen, lamiendo y mordisqueando, hasta que sentí su aliento cálido justo sobre mi sexo.

Un escalofrío me recorrió por completo.

Me eché hacia atrás, apoyándome en mis manos sobre el escritorio, y entonces su lengua rozó mi centro por encima de la tela.

Y todo pensamiento se desvaneció.

—¿Lo quieres? —ronroneó contra mi ropa interior, su voz grave y cargada de lujuria.

El roce fue mínimo. Un toque fugaz. Pero fue suficiente para que mi cuerpo respondiera al instante.

—Aiden… —jadeé, sintiendo cómo la anticipación me consumía.

—Dímelo, nena.

Su lengua trazó un camino tortuoso a través de la tela.

—Dime que lo quieres.

Gemí cuando sus dientes atraparon el borde de mi ropa interior y tiró de ella, despacio, torturándome.

—Siempre lo he querido —confesé sin pensar.

Sin miedo.

Sin filtros.

Un gruñido profundo salió de su garganta, como si esas palabras lo hubieran terminado de romper.

Y entonces, con un solo movimiento, la delgada tela desapareció.

Antes de que pudiera siquiera reaccionar, su boca se posó sobre mi centro desnudo. Y me devoró.

Con la misma intensidad con la que había reclamado mi boca.

Con la misma hambre.

Con la misma urgencia.

Su lengua se deslizó entre mis pliegues, explorándome sin prisa, pero con determinación. Succionando. Lamiendo. Provocándome sin compasión.

Mis caderas se arquearon involuntariamente hacia su boca. Buscando más. Necesitando más.

—Joder… —gimió contra mí—. Sabes a maldita gloria.

Me dejé caer hacia atrás mientras el placer me invadía en oleadas cada vez más intensas.

Y entonces…

Cuando creí que no podía más.

Cuando mi cuerpo ya estaba al borde de la locura…

Deslizó dos dedos dentro de mí. Y exploté.



Capítulo 23
AIDEN

Estaba temblando. Corriéndose mientras mis dedos seguían dentro de ella.

Y joder…

No había visto nada más hermoso ni excitante en toda mi vida.

Observé cada estremecimiento. Cada jadeo entrecortado que escapaba de su boca entreabierta.

Dejé mis dedos dentro de ella un instante más, sintiendo las últimas sacudidas de su orgasmo, antes de sacarlos lentamente.

Jocelyn estaba tumbada sobre el escritorio, con la respiración agitada, el pecho subiendo y bajando descontroladamente, el cuerpo completamente laxo.

Sonreí.

Me incliné sobre ella y la besé. Un roce dulce que ella convirtió en algo más cuando mordió mi labio inferior.

—Jocy… —gemí contra su boca cuando sentí sus manos deslizarse por mi abdomen.

Nos incorporamos y la dejé desabrochar el cinturón. Deslizar la cremallera con dedos temblorosos.

Y liberar mi erección.

Dura. Palpitante. Ardiendo entre sus manos calientes.

Mi frente cayó contra la suya cuando su agarre se cerró sobre mí.

—Dios… —gruñí, sintiendo su tacto firme y, a la vez, suave, provocador.

Mis manos volaron a su mano, guiando sus movimientos. Acompasando el ritmo.

Jocelyn me observaba con los labios entreabiertos, su respiración descontrolada.

—Aiden… —susurró, deslizando el pulgar por la punta, recogiendo la gota de líquido preseminal que se había acumulado allí.

Gemí de placer.

Tomé su rostro entre mis manos y la besé con hambre, con desesperación. Mordí su labio inferior y tiré de él mientras apartaba su mano de mi miembro.

—Te necesito —gruñí contra su boca.

Y era verdad. La necesitaba como nunca había necesitado a nadie en mi vida. Ni siquiera sabía que podía sentir algo así.

Me aparté lo justo para alcanzar la cartera que había dejado sobre el escritorio. Saqué un preservativo y lo rasgué con los dientes, colocándomelo con movimientos rápidos y desesperados.

—Si quieres parar… —murmuré cuando me acerqué de nuevo a ella, y la sujeté por las

caderas—, hazlo ahora.

Sonrió. Maldita sea, sonrió.

Y algo en mi pecho se contrajo.

—No lo haré —susurró—. Yo también lo quiero.

No esperé más. Empujé mis pantalones y boxers hasta dejarlos caer al suelo y me posicioné entre sus piernas. Mi erección presionó contra su entrada, sintiendo el calor abrasador de su piel contra la mía.

Con un movimiento firme, la penetré lentamente. Enterrándome en su interior centímetro a centímetro, sintiendo cada músculo tensarse a mi alrededor, adaptándose a mí.

Joder.

Era la puta perfección.

Jocelyn arqueó la espalda y su cabeza cayó hacia atrás cuando la llené por completo.

Dejé escapar un gruñido gutural mientras me quedaba quieto dentro de ella un instante. Sintiendo su cuerpo temblar contra el mío.

Y entonces…

Con un movimiento lento, salí casi por completo antes de hundirme de nuevo en su interior. Fuerte, sin apartar la mirada de sus ojos.

Sus manos se aferraron a mis hombros con fuerza cuando comencé a moverme un poco más rápido. Más fuerte. Hasta el fondo.

Hasta que todo se me fue un poco de las manos y, por primera vez en mi vida…

Perdí el control.

Fue salvaje.

Fue desesperado.

Fue jodidamente perfecto.

Jocelyn gimió, arqueando las caderas contra mí. Buscando más.

—Aiden… por favor…

Noté las contracciones de su interior y aumenté el ritmo de mis embestidas.

Cuando la escuché sollozar mi nombre, la levanté de golpe por la cintura y la sostuve contra mi cuerpo mientras caminaba hasta la pared. La apoyé allí, aferrándola con fuerza. Y empujé dentro de ella con todo lo que tenía.

—Oh, Dios… ¡Aiden! —gritó, aferrándose a mi espalda cuando llegó al éxtasis.

Estremeciéndose a mi alrededor con una fuerza que casi me hizo perder la cabeza.

Dos estocadas más y… Mis caderas temblaron. Mi cuerpo entero tembló mientras explotaba dentro de ella.

Joder.

Jocelyn.

Estoy jodido.



Capítulo 24
AIDEN

Me acerqué a ella, dispuesto a ayudarla con la cremallera trasera de su mono, pero suspiré cuando sentí cómo su cuerpo se tensaba en cuanto mis dedos rozaron su piel.

Lo entendía. Claro que lo entendía.

Después de lo que acababa de pasar entre nosotros, era lógico que estuviera así.

Yo también tenía que asimilarlo. Porque joder… esto lo cambiaba todo.

Pero odiaba sentirla así. Odiaba la forma en la que su cuerpo se ponía rígido ante mi toque, como si ahora yo fuera algo de lo que necesitaba alejarse.

Como si, de repente, hubiéramos construido un muro entre los dos.

No me arrepentía. Ni un solo segundo.

La deseaba. La había deseado desde hacía tiempo, aunque no lo había entendido hasta ahora.

Hasta que fue demasiado tarde.

Pero tampoco lo había planeado. No había sido una estrategia, ni un impulso del momento, ni, por supuesto, había sido producto del despecho.

Este deseo no había nacido hoy.

Y lo peor era que ni siquiera me di cuenta de en qué momento cruzamos la línea.

¿Cuándo dejó de ser simplemente Jocelyn y se convirtió en esto?

Yo no era así. No era ese tipo de hombre. Siempre había tenido el control.

Me gustaba el sexo, sí. Me encantaba. Lo disfrutaba. Pero el sexo que conocía siempre había sido tranquilo, controlado, racional. Como yo.

Pero con ella…

Con ella no había sido nada de eso. Había sido puro caos. Puro instinto. Como si algo dentro de mí, algo que llevaba dormido toda la vida, hubiera despertado de golpe.

Y lo peor de todo, lo que realmente me tenía jodido, era que no era suficiente.

Ni siquiera ahora. Después de haberla tenido entre mis brazos. Después de haber sentido su piel contra la mía, su cuerpo envolviéndome, su boca perdida en la mía…

Seguía deseándola. Más de lo que debería. Más de lo que nunca había deseado a nadie.

Y no sabía qué demonios hacer con eso.

Exhalé con fuerza, terminé de subir la cremallera y di un par de pasos atrás, pasándome una mano por la cara, intentando ordenar el puto caos en mi cabeza.

—Jocelyn… —empecé, sin saber muy bien qué iba a decir.

Ella se giró antes de que pudiera continuar. Su expresión era tranquila. Demasiado tranquila,

diría yo. Como si lo que acababa de pasar no hubiera significado nada.

Y algo dentro de mí se tensó.

—No tienes que decir nada, Aiden —intervino con un tono sereno que no me creí.

Fruncí el ceño.

—Yo no…

—No tienes que preocuparte —sonrió levemente, como si estuviera tranquilizándome—. Sé lo que ha pasado, sé lo que significa. No pasa nada.

—Ah, ¿no? —pregunté, sin poder evitar la ironía en mi tono.

Ella asintió con la cabeza, como si estuviera explicándome algo evidente.

—Por supuesto que no —se cruzó de brazos—. Fue un momento. Una situación que se nos fue un poco de las manos. Punto.

¿Punto?

—No tienes que preocuparte —continuó—. Soy adulta, sé separar las cosas. Sé diferenciar lo personal de lo profesional y, sobre todo… sé distinguir un simple polvo de algo más.

Mi mandíbula se tensó.

¿Un simple polvo?

—No será la primera ni la última vez que me pase algo así —añadió con un encogimiento de hombros.

—Ah, ¿no? —pregunté, sintiendo un peso desagradable en el pecho.

Ella no lo notó.

O fingió no notarlo.

—No hay que dramatizar —su voz sonaba demasiado ligera, demasiado… despreocupada—. Nadie sabrá esto, no afectará a nada. Ni al trabajo ni a nuestra amistad. Y mucho menos se repetirá.

—Eso me deja más tranquilo —murmuré con ironía.

—Normal —suspiró ella.

No. Al parecer, no entendió la ironía.

Ni yo estaba entendiendo nada.

No sabía qué esperaba. Joder, ni siquiera sabía cómo demonios debía reaccionar, porque, si era honesto, ni siquiera entendía lo que sentía.

Pero lo que sí sabía, lo que tenía clarísimo, era que no esperaba esto. No esperaba que le quitara importancia a lo que a mí me estaba volviendo loco.

Y me jodía. Más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Porque lo que había pasado entre nosotros no había sido un simple polvo. No había sido un error, ni un impulso momentáneo, ni una válvula de escape.

Había sido necesario.

Había sido urgente.

Y, sobre todo, no había sido suficiente.

Pero, al parecer, yo era el único descolocado con todo aquello. Porque para ella… ¿Para ella era algo normal?

—Entonces, me estás queriendo decir… —dejé la frase en el aire, esperando que dijera algo, esperando que se contradijera.

Pero no lo hizo.

—Que todo está bien —dijo simplemente, con una sonrisa pequeña, serena, perfecta—. Olvídalo, porque yo ya lo hice.

Pues sí. Al parecer, para ella era algo normal. Algo que se podía olvidar.

Como si no hubiera cambiado nada.

Como si no hubiera significado nada.

Mi mandíbula se tensó.

—Jocelyn, espera… —levanté la mano para detenerla cuando vi que estaba a punto de marcharse.

¿Para decirle qué? ¿Que no había sido un simple polvo?

¿Entonces qué había sido?

¿Que no era algo que pudiera olvidar? ¿Que quería más?

¿Pero cuánto más exactamente?

Suspiré y la solté.

Ella cogió aire antes de hablar.

—Búscala —su voz no tembló, ni siquiera parpadeó—. Ojalá solucionéis las cosas y seáis muy felices.

Y se marchó, dejándome ahí.

Completamente jodido.



Capítulo 25
JOCELYN

Salí del despacho sin mirar atrás. Ni una sola vez.

Si lo hacía, si me detenía aunque fuera por un segundo, sabía que iba a derrumbarme. Y no podía permitirme eso.

Mis tacones resonaron con cada paso apresurado sobre el suelo. Sentía la presión en el pecho, el pulso retumbando en mis oídos, como si mi cuerpo estuviera en modo de alerta, como si quisiera gritarme que estaba huyendo.

Porque eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Apenas crucé la puerta de la oficina, el aire fresco golpeó mi cara, y entonces lo sentí. El ardor en los ojos.

Joder.

Me mordí el labio con fuerza.

No.

No iba a llorar.

Respiré hondo, intentando empujar el nudo que me ahogaba de vuelta a donde pertenecía. Pero no desapareció.

Joder, qué estúpida había sido.

Me había pasado años reprimiendo lo que sentía por él. Años asegurándome de no cruzar la línea, de no permitirme ni siquiera fantasear con la posibilidad de algo más.

Porque Aiden Collins no era para mí.

Porque yo no era para Aiden Collins.

Y me lo había repetido tantas veces que había terminado creyéndolo.

Hasta que él me miró de esa forma. Hasta que me tocó de esa forma. Hasta que me besó como si fuera lo único en su jodida vida que tenía sentido.

Y ahora estaba jodida.

Porque saber que sí, que sí podía desearme, que sí podía tocarme de esa manera, que sí podía hundirse en mí como si me necesitara tanto como yo a él…

No había sido suficiente.

Había creído que sí, que podría hacerlo una vez. Solo una. Porque lo deseaba demasiado. Porque me moría por sentirlo, por tenerlo, por saber cómo era estar entre sus brazos.

Que después podría seguir como si nada. Pero no podía. Y eso era lo que más me jodía.

Le había mentido.

A él.

A mí.

“No te preocupes. No pasa nada.”

Mentira. Sí que pasaba.

“Todo seguirá como siempre.”

Mentira. Nada sería como antes.

Yo misma me había destrozado a mí misma. Porque ahora sabía lo que era besarlo. Ahora sabía lo que era tenerlo dentro. Ahora sabía que jamás, jamás, podría conformarme con solo un instante.

Pero no tenía otra opción que seguir adelante y fingir que nada de eso pasó. Sonreír y seguir. Ser su amiga, su socia; y no perderlo.

Porque no perderlo era más importante que todo lo demás.

Así que haría lo que siempre hacía. Me tragaría todo, empujaría esto al fondo de mi pecho, lo enterraría donde guardaba todas las cosas que nunca podría tener.

Porque perder a Aiden Collins no era una opción.

No sé cuánto tiempo caminé, ni siquiera me di cuenta de hacia dónde iba hasta que la puerta de Elise apareció ante mí. Llamé con los nudillos; ella no tardó en abrir.

—Jocelyn —su voz sonó sorprendida, pero sobre todo preocupada.

Me miró, y la expresión de su rostro cambió en un instante.

—¿Pero qué demonios…?

Quise decirle algo. Quise decirle que estaba bien, que no pasaba nada. Pero en cuanto abrí la boca, el nudo se rompió.

Y, sin poder contenerlo más, rompí a llorar.



Capítulo 26
AIDEN

Allí estaba, con la puerta de mi casa a medio abrir, viendo cómo la ilusión que me había embargado al escuchar el timbre se desmoronaba en cuestión de segundos.

No. La verdad era que no esperaba verla a ella. Esperaba ver a otra persona.

A alguien que, tal vez, venía a…

¿A qué, Aiden? ¿A decirte que no olvides lo que ocurrió?

Ja. Como si fueras a olvidarlo.

—Supongo que no soy la persona a la que esperabas ver —dijo Samantha, con una media sonrisa en sus labios.

Carraspeé.

Mierda. La desilusión debió de haber sido demasiado evidente.

—Samantha…

Allí estaba, de pie frente a mí, la mujer que unas horas antes me había dicho que no delante de cientos de personas.

Y de todo el país, porque sí, ya había visto los vídeos circulando por todas partes.

No llevaba su vestido de novia. Ahora vestía vaqueros, una camisa de cuadros y una chaqueta vaquera. Casual. Cómoda.
Preciosa.

Porque Samantha siempre estaba preciosa.

Pero en ese preciso instante me di cuenta de que ya no provocaba nada en mí. Nada.

Y la pregunta que llevaba tiempo evitando apareció en mi cabeza, golpeándome como un maldito puñetazo en el estómago: ¿lo había provocado alguna vez?

Claro que la había querido. Claro que la había deseado. Pero con Samantha nunca había sentido lo que sentí con Jocelyn.

Y no era cuestión de comparar. Era que, joder, casi me caso sin saber que esa pasión de la que todo el mundo habla, de verdad existe.

Y lo peor era que ahora lo sabía.

—Hola —dijo ella, incómoda, bajando la mirada un segundo antes de volver a encontrarse con la mía.

—Pasa —dije, abriendo más la puerta y apartándome para dejarla entrar.

Samantha había estado aquí mil veces. Había pasado noches enteras, habíamos hecho planes para decorar cada rincón como nuestro hogar, habíamos decidido que esta sería nuestra casa después de la boda.

Pero ella nunca había traído sus cosas.

Nunca había dado el paso. Decía que después de la boda habría tiempo.

Y eso me hacía preguntarme si su decisión de irse hoy no había sido, en realidad, tomada hace mucho tiempo.

La seguí hasta el salón, sintiendo el peso de algo en el pecho. Algo que no supe nombrar.

Y cuando la vi caminar por lo que iba a ser su casa, como si fuera una extraña en un lugar que nunca llegó a hacer suyo, sentí algo parecido a la tristeza.

O tal vez solo nostalgia.

Cómo es la vida, ¿no? Cómo puede cambiar todo en un instante.

Con una sola palabra.

—¿Has bebido? —preguntó al girarse y mirarme, después de ver la botella y el vaso en la mesa.

Sí, toda la noche, al parecer. Había perdido la noción del tiempo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté entonces.

Intenté no sonar hostil, pero no pude evitar sonar cansado.

No había pegado ojo mientras los recuerdos de lo que había vivido con Jocelyn me torturaban.

Y sus palabras, todavía más.

—Te debo una explicación. Y una disculpa.

Negué con la cabeza.

—No tienes por qué disculparte. Y sobre la explicación… —sacudí la cabeza—. ¿Quieres… tomar algo? —me pasé una mano por mi nuca, incómodo.

Ella sonrió.

—No, no vaya a ser que lo envenenes —y se rio.

Enarqué las cejas, pero terminé sonriendo también.

—Lo siento —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Solo intentaba aliviar la tensión.

—Está bien —le señalé el sofá para que se sentara—. Es solo que íbamos a casarnos y ahora parece que somos dos extraños.

—Por eso me costó venir —confesó mientras tomaba asiento.

—¿Pensaste que iba a armarte un espectáculo o algo peor?

Samantha rio.

—No, sé que jamás lo harías. Pero sabía que no iba a ser fácil.

—No seré yo quien lo ponga difícil.

Me apoyé en el butacón. Ella sonrió, agradecida, y se mordió el labio, seguramente buscando las palabras adecuadas.

—No me arrepiento de haberte dejado en el altar —soltó de golpe.

No parpadeé.

No reaccioné.

Porque, en el fondo, lo sabía. No se le veía para nada arrepentida, y me alegraba de ello.

—Pero tampoco me arrepiento de haberte querido —añadió—. Porque te he querido. Y mucho. Necesito que lo sepas.

—Yo también a ti —dije con sinceridad.

Era cierto. La quise, y mucho.

Y no la odiaba. No podía hacerlo. No después de haber pasado años creyendo que íbamos a construir una vida juntos.

—Aiden, nosotros dos nunca fuimos la historia que debería terminar en boda.

Me quedé en silencio, porque tenía razón.

—Nos queremos, claro que sí —continuó—. Pero nos queremos de una forma segura. Cómoda. De una forma que nunca nos empujó a cuestionarnos si estábamos eligiendo bien.

—¿Cuánto tiempo llevabas sintiéndote así?

—Mucho más del que me gustaría admitir.

—Genial —me acerqué al ventanal y miré por él.

—No te enfades.

—No estoy enfadado —y era verdad.

—Sí lo estás —sonrió con un poco de tristeza—. Pero no conmigo.

Abrí la boca para responder, pero no supe qué decir.

—Te vi con ella. En la habitación.

El estómago se me encogió. La miré, horrorizado.

—Sam, yo…

No quería que pensara que…

¿Qué? ¿Que sentías algo por otra?

—Me hizo entender que quería lo que ella tenía—me giré rápidamente, sin procesar aun lo que acababa de decirme.

Samantha sonrió, triste.

—A mí nunca me miraste así.

Mi pecho se apretó.

—Sam…

—Y yo nunca te he mirado así.

Sentí un nudo en la garganta cuando negó con la cabeza, como si todo hubiera sido evidente

para ella mucho antes de que yo siquiera lo considerara.

—Veros juntos solo me confirmó lo que llevaba tiempo sospechando: lo nuestro no era amor, Aiden. Nos queremos, sí. Pero yo quiero a alguien que me mire como tú la miras a ella. Quiero mirar a alguien como ella te mira a ti. Quiero…

Su voz se quebró y no pude soportarlo. Me senté a su lado y la abracé con fuerza. Como lo había hecho tantas veces antes, pero esta vez… esta vez era diferente.

Era la última vez.

—Sam… —susurré, separándome un poco para mirarla.

Tomé su rostro entre mis manos y limpié con los pulgares las lágrimas que caían por sus mejillas.

—También te he hecho llorar a ti —murmuré, sintiéndome como la peor persona del mundo.

Ella resopló, como si aquello no le sorprendiera en absoluto.

—¿Ya la has hecho llorar? —preguntó, poniendo los ojos en blanco mientras se apartaba y secaba las lágrimas por su cuenta—. Pues sí que eres idiota.

—Bueno, yo…

—No la pierdas, Aiden —dijo Samantha con firmeza, interrumpiéndome antes de que pudiera decir nada más—. Si de verdad la quieres, no la pierdas.

Me quedé en silencio. Un vacío que antes no estaba ahí comenzó a instalarse en mi pecho.

—¿Y si es ella quien no me quiere? —pregunté sin darme cuenta de que lo estaba diciendo en voz alta.

Estaba poniéndole voz a mis miedos.

Samantha sonrió con diversión, como si la pregunta le hiciera gracia.

—Siempre ha tenido tatuado un letrero en la frente con tu nombre —rio, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿En serio?

—De verdad, Collins —dijo, usando mi apellido del mismo modo en que Jocelyn lo haría—. No hay más ciego que el que no quiere ver.

—¿Crees que ella…? —me callé de golpe—. Lo siento.

—No tienes por qué disculparte —respondió suavemente—. Tú no eres responsable de sus sentimientos. Y estoy segura de que, si ella hubiera podido elegir, no habría elegido enamorarse de alguien que no la correspondía.

Tragué saliva, sintiendo una opresión en el pecho, pero Samantha no me dejó escapar.

—Te quiere, Aiden —continuó, con una certeza que me dejó sin aliento—. Y lo sabes. Porque, por muy bien que haya aprendido a ocultarlo, esas cosas se ven.

De repente, me empezó a faltar el aire. Como si las paredes de la habitación se cerraran sobre mí. Como si, de golpe, todo el peso de lo que no había querido ver me cayera encima.

Joder.

—Debe haber sido muy duro para ella todos estos años. Sin embargo, siempre ha estado ahí, para ti, sin sobrepasar los límites. La admiro, yo te habría mandado a la mierda mucho antes.

Ella y cualquiera.

Me pasé una mano por la cara y resoplé. Samantha sonrió con diversión, se levantó y negó con la cabeza.

—Por cierto… —dijo, con una ceja alzada y una expresión que no me gustó nada—. ¿Le has dicho ya la verdad?

Fruncí el ceño.

—¿Qué verdad?

Ella soltó un resoplido y me miró como si fuera el hombre más idiota del planeta.

Que lo era.

—¿Le has dicho que ibas a decirme que no?

Mi estómago se encogió.

—Sam… —empecé, pero no supe qué más decir.

¿Pero cómo demonios sabía ella…?

Ella rio suavemente, como si mi sorpresa le hiciera gracia.

—Es mejor ser la novia que deja plantada a que te planten —dijo con un encogimiento de hombros.

Mi mandíbula se tensó.

—Samantha, joder, yo… Lo siento.

Ella me sostuvo la mirada un momento más, con esa sonrisa suya llena de conocimiento. Luego, simplemente caminó hacia la puerta y la abrió.

—Gracias, Aiden. Por todos estos años —dijo, girándose a mirarme—. Pero ahora nos toca ser felices de otra manera.

—Te querré siempre —le dije, porque era cierto.

No como antes, no como a mi mujer, pero de una forma real.

Samantha me miró con una gran sonrisa en los labios.

—Eso ya lo sé.

Me quedé allí, mirando la puerta cerrarse tras ella. Después de un largo rato, dejé escapar un suspiro y me dejé caer en el sofá.

Esa era Samantha, la mujer con la que estuve a punto de casarme. Una gran mujer.

Pero nunca fuimos lo que el otro realmente necesitaba.

Y ella tuvo el valor de admitirlo antes que yo.



Capítulo 27
AIDEN

Que hubiera necesitado que fuera precisamente Samantha quien me mostrara las cosas… era una señal inequívoca de cuán gilipollas era.

¿Que no pasaba nada? ¿Que lo olvidáramos?

¡Claro que sí!

Lo haría encantado… en cuanto pudiera volver a escuchar esas palabras salir de su boca sin que le temblara el maldito labio.

Joder… ¿cómo no me había dado cuenta antes?

Por ego.

Por miedo.

Por imbécil.

Lo único que ella había hecho era protegerse. Porque no tenía ni puta idea de lo que yo sentía por ella.

¿Y por qué no lo sabía?

Porque, como el genio que soy, no se lo expliqué. Solo la follé y luego la dejé ir. Porque estaba demasiado confundido. Porque no quería—o no me atrevía—a ponerle nombre a lo que sentía. Porque me dolió como un puñetazo escucharla decir que no significaba nada.

Desde luego, Collins… más imbécil y no naces.

Llamé por cuarta, o quinta, vez al timbre de su casa. Esta vez, dejé el botón pulsado. Lo iba a quemar si era necesario.

—¡No está! —gritó la vecina de enfrente, abriendo la puerta con una expresión de pocos amigos—. ¡Así que haga el favor de dejar de dar por culo!

Enarqué las cejas. Me lo tenía merecido.

Bajé las escaleras mientras llamaba a su móvil por… ¿millonésima vez?

“El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. Por favor, inténtelo más tarde.”

—Joder —gruñí, maldiciendo entre dientes. Jocelyn nunca tenía el teléfono apagado.

Ya había anochecido. Se suponía que tenía que estar en su casa, ¿no?

Fui a la oficina, por si acaso había ido allí por algo. Nada.

Volví a su casa. Nada.

Hasta pasé por el hotel donde se habría celebrado la boda. Nada.

Me pasé las manos por el pelo, frustrado, intentando pensar con claridad. Y entonces, se me ocurrió.

Elise.

—Aiden… ¿Dónde demonios estabas? —preguntó en cuanto abrió la puerta de su casa—. ¡Te hemos estado buscando! Mamá y papá…

Pero no la escuché. La dejé hablando sola y entré en su casa sin esperar invitación.

—¿Dónde está? —pregunté, con el pulso acelerado.

—¿Quién? ¿Samantha? No, ella no está aquí. ¡¿Por qué estaría aquí?! Vete tú a saber dónde se ha metido la novia a la fuga.

—¿En el salón?

Pero no, allí no había nadie.

—Por cierto, ¿por qué demonios te ha dejado tirado? ¡Cuando la coja, la despeluco! ¡Y ya podías haber avisado de que estabas bien, pedazo de idiota, mamá está que le da algo!

Ya la llamaría más tarde.

Todos podían esperar.

—¿En la cocina? —pregunté mientras me dirigía allí en dos zancadas. Vacío.

—¡Que Samantha no está aquí, Aiden!

—Ah… ¿en el jardín? —exclamé, girándome bruscamente.

—¡Aiden! —Elise se interpuso en mi camino.

Intenté esquivarla, pero casi la derribo en el proceso. Por suerte, la agarré a tiempo.

—Ten cuidado… —dije, asegurándome de que estuviera bien.

—¡Ten cuidado tú, pedazo de zoquete, que estoy embarazada! —exclamó, deshaciéndose de mi agarre con un bufido exasperado—. Y, por cierto —arrugó la nariz—, vaya pestazo. ¿Lo de la higiene no va contigo o qué?

—Lo siento… —suspiré.

Era en lo último que había pensado.

—En fin —suspiró—. Samantha no está aquí, ya te lo he dicho.

Pestañeé varias veces, confuso.

—¿Y por qué lo estaría?

Elise cruzó los brazos y me sostuvo la mirada con firmeza.

—Cameron tampoco está.

Fui a abrir la boca para decirle que qué coño me importaba a mí si Cameron estaba o no, pero ella se me adelantó.

—Y Jocelyn tampoco.

Sabía lo que había pasado. Claro que lo sabía. Y le agradecí a mi hermana que no hiciera preguntas. No ahora. No en este momento, cuando sentía que apenas podía pensar con claridad.

Ya habría tiempo para explicaciones.

Pero primero, tenía que encontrarla.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

Mentirosa.

—Sí lo sabes.

¡Pues claro que lo sabía!

—No lo sé… —repitió, a punto de escaquearse, pero la agarré a tiempo.

—Ya te has delatado antes —le recordé, y vi cómo fruncía el ceño en una mueca de fastidio —. ¿Por qué no quieres decírmelo? —pregunté, mi voz más tensa de lo que pretendía—. ¿Es porque ella no quiere que la encuentre?

Elise desvió la mirada, y ese simple gesto me dio la confirmación que necesitaba.

—Maldita sea —bufé, soltando a mi hermana, girando sobre mis talones y pasándome las manos por el pelo, frustrado.

—Qué raro es verte así —y por su tono era evidente que estaba sorprendida.

—¿Así cómo? —solté con un suspiro cansado.

—Así, desesperado.

Puse los ojos en blanco, ¿por qué les extrañaba a todos? Tampoco era tan extremadamente hermético. Solo… Sabía controlarme.

O lo había sabido. Hasta ahora.

Hasta que necesitaba verla, tocarla, y joder, no sabía dónde demonios estaba.

—Porque estoy desesperado, maldita sea.

Elise se rio. ¡Se rio!

—¿Te estás riendo? —pregunté, sin salir de mi asombro.

Elise, en lugar de disimular, sonrió más.

—Un poco.

—¿En serio?

Bueno, lo de las mentiras piadosas, ¿para qué?

—Pero de alegría.

Ah, bueno, si era así…

—¿Te da alegría que esté desesperado? —incrédulo.

—Me da alegría ver que, por fin, alguien haya conseguido mostrarte lo que es sentir.

—Ya sabía lo que era sentir.

—Me refería a ese nivel. Cuando te llevan al límite, cuando sientes miedo. Lo habrás sentido

muchas veces, pero es la primera vez que lo muestras.

Sabía a lo que se refería.

Resoplé, pasándome una mano por la cara.

—Pues a mí no me está haciendo ni puta gracia.

—Ya… —suspiró ella—. Pues menos gracia te va a hacer esto.

Fue hasta la mesa de la cocina y cogió un sobre que había encima. Me lo tendió sin decir nada.

Fruncí el ceño al cogerlo.

—¿Qué es esto?

No esperé respuesta. Ya lo estaba abriendo.

—Tenía que esperar al lunes para dártelo, pero…

—¡Joder! —exclamé cuando empecé a leer, sintiendo que me faltaba el aire.



Capítulo 28
JOCELYN

El viaje hasta la casa de mi padre no había sido largo, vivíamos a menos de dos horas de distancia y había servido para calmar mis pensamientos. Un poco.

O lo suficiente como para fingir que estaba bien.

Pero no estaba bien.

Había logrado tranquilizarme, sí, pero en ningún momento había conseguido sacarme a Aiden de la cabeza. Ni por un solo segundo.

No importaba cuántas canciones pusiera de fondo, cuántas veces intentara centrarme en la carretera o en cualquier otra cosa. Él seguía ahí, metido en mi mente.

Y tampoco había dejado de preguntarme si había hecho lo correcto al marcharme. Porque fui yo quien le dijo que todo estaba bien. Que lo olvidáramos. Que aquello no significaba nada.

Pero nada estaba bien.

Y cuanto más intentaba convencerme de que sí, más claro veía que no podía con esto.

Después de lo que había pasado entre nosotros, volver a cómo eran las cosas antes era imposible.

No podría soportarlo.

No podría mirarlo a los ojos como si nada hubiera ocurrido. Como si su boca no hubiera estado sobre la mía. Como si su cuerpo no hubiera cubierto el mío. Como si no me hubiera tocado, besado, follado con una intensidad que aún ardía en mi piel.

No podría verlo y fingir que mi cuerpo no recordaba cada jodido roce.

Y no podría volver a verlo con Samantha. O con cualquier otra mujer.

Porque ahora lo sabía. Sabía lo que era tenerlo, y también sabía que nunca iba a ser suficiente.

Había querido creer que sí. Que podía ser fuerte, que podía aguantar, que podía hacer lo correcto. Que podría quedarme a su lado sin que me doliera.

Pero me había mentido. Me había engañado a mí misma porque lo necesitaba demasiado.

Pero no más.

Aparqué el coche y bajé con mi maleta. Respiré hondo antes de entrar en la casa, intentando recuperar el control sobre mí misma.

—¿Papá? —llamé, dejando las llaves sobre la mesa de la entrada.

Silencio.

Fruncí el ceño.

Mi padre no llevaba mucho tiempo jubilado, así que, en teoría, pasaba la mayor parte del

tiempo en casa… a menos que estuviera con sus amigos, haciendo lo que sea que hicieran los hombres de su edad cuando se juntaban.

Porque, sinceramente, nunca había querido preguntar demasiado.

Nos habíamos visto el día anterior en la “no boda” de Aiden. Le ofrecí quedarse en mi casa, pero prefirió volver a la suya. Y ahora, yo también estaba aquí, buscando un refugio en el único lugar que realmente se sentía como hogar.

Dejé la maleta en la entrada y solté un suspiro. Revisé la planta baja. La cocina estaba impecable. El salón, en orden. Todo en su sitio. Ni un solo rastro de vida humana.

Encogí los hombros y agarré la maleta antes de subir las escaleras con esfuerzo.

Joder, ¿pero qué demonios había echado aquí dentro? ¿Mi armario entero? Si solo iba a quedarme unos días.

O una eternidad. Todavía no lo tenía muy claro.

Estaba a punto de entrar en mi habitación cuando un ruido me hizo detenerme en seco. Me tensé. Fruncí el ceño y contuve la respiración.

¿Había sido mi imaginación?

Pero entonces, lo volví a escuchar. Un golpe sordo. Y esta vez, supe que no estaba sola.

Otro ruido. Esta vez más claro.

¿Un gemido?

No. Mi cerebro entró en negación automática. No. No. No podía ser lo que creía que era.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Retrocedí un paso, y, por supuesto, pisé la única jodida tabla suelta del suelo, que crujió como si quisiera anunciar mi presencia al universo.

Y entonces ocurrió. La puerta de la habitación de mi padre se abrió de golpe, y ahí estaba él.

Desnudo.

Sí.

Lo voy a repetir porque mi cerebro tardó en procesarlo: Mi padre.
Desnudo. Con una mujer envuelta en una sábana detrás de él.

El horror me paralizó.

Nos miramos.

Yo con los ojos desorbitados. Él con la cara del que acaba de ser pillado en el peor momento posible.

—¡Joder, papá! —grité, girándome, llevándome las manos a la cara como si eso pudiera borrar la imagen de mi retina—. ¡Pero tápate, por el amor de Dios!

Escuché una risa ahogada a lo lejos.

—¡Jocelyn, maldita sea, avisa antes de venir! ¡Y llama al timbre, coño!

Mi grito salió directamente del alma.

—¡Es mi casa! —exclamé, indignada.

Ahora entendía por qué mi padre insistió en volver a la suya después de la boda fallida y rechazó la oferta de pasar más tiempo conmigo.

Mi padre resopló, agarrando la sábana que le tendía su acompañante.

Y yo… Sin pensarlo dos veces, bajé las escaleras como alma que lleva el diablo, con el trauma pegado a la piel y el deseo ferviente de un borrado selectivo de memoria.

Porque menuda bienvenida, ¿eh?

Me estaba bebiendo mi tercer vaso de agua, a ver si así lograba mear la vergüenza, cuando mi padre apareció por la puerta de la cocina.

Vestido. Por suerte.

Pero el daño ya estaba hecho. Las imágenes se habían grabado a fuego en mi cerebro, y no habría terapia suficiente en este mundo para borrarlas.

—Voy a vomitar —murmuré, pasándome una mano por la cara.

—No seas exagerada —replicó él, con una calma exasperante.

Como si lo de ser descubierto en bolas por su hija fuera lo más normal del mundo.

—¡¿Exagerada?! ¡Acabo de ver a mi padre desnudo! ¡Desnudo, papá! ¡Por favor!

A ver, que no era el drama del siglo… pero tampoco era la imagen de mi padre que quería llevarme a la tumba. Mi padre era un ser puro. …

Puro fuego, al parecer.

Me dio otra arcada.

Vale, sí, un poco exagerada sí que era. Pero qué se le iba a hacer.

—Por lo menos sabes que sigo en buena forma —añadió él, con una sonrisilla satisfecha.

—¡Papá!

La verdad era que mi padre siempre se había cuidado. No era de los que se dejaban llevar por la pereza solo porque se había jubilado.

A su edad, todavía hacía deporte, lo que su salud le permitía. Nada de maratones ni de levantar pesas como un culturista, pero sí caminatas diarias, algo de yoga y ejercicios para fortalecer las articulaciones.

Porque, bueno, la edad no venía sola.

Desde hacía unos años, tenía que vigilar su presión arterial. También tenía un principio de artritis en la rodilla derecha que lo hacía renegar cada vez que cambiaba el clima. Y aunque nunca lo admitiría en voz alta, su lumbago le daba más guerra de la que quería reconocer.

Pero, aun así, el hombre se cuidaba. Comía sano—salvo cuando se le antojaban churros con chocolate, que entonces no había manera de hacerlo entrar en razón—. Evitaba los excesos. Se hacía sus chequeos regulares.

Y aparentemente… todavía tenía energía para otras cosas.

Joder.

—Jocelyn… —interrumpió de repente ella.

La miré por primera vez con atención.

Era guapa. Bastante. Tenía esa seguridad que solo se obtiene con los años, esa sonrisa amplia y genuina que no parecía alterarse ni siquiera después de ser descubierta en plena… actividad.

Su cabello castaño con reflejos dorados caía en ondas suaves hasta los hombros, perfectamente cuidado. Ojos verdes, vivaces, con una chispa traviesa que me decía que, con ella, mi padre no se aburriría.

Y eso era información que no necesitaba.

—Hola, Jocelyn —dijo con total naturalidad, como si yo no acabara de pillarla en la peor situación posible.

Hola, señora. Un placer conocerla. Ah, y gracias por contribuir a mi trauma.

Lo pensé, pero no lo dije. Por suerte.

—Jocelyn, ya conoces a Marta —anunció mi padre, con una tranquilidad indignante.

Ah, claro. Marta.

Antes de que pudiera reaccionar, la mujer se acercó y, sin previo aviso, me abrazó.

—Encantada —dijo, como si esto no fuera lo más incómodo del universo.

—Eh… el placer es todo mío —murmuré, queriendo que la tierra me tragara al darme cuenta de lo que había dicho.

Mi padre sonrió. ¡Sonrió! Como si esto fuera lo más divertido del mundo.

—Bueno, si ya te has desmayado todo lo que tenías que desmayarte, ¿quieres un café?

Respiré hondo, masajeándome las sienes.

—Por favor. Con arsénico.

Mi padre se rio. Yo no.

Yo estaba reconsiderando toda mi existencia.

Y, de paso, si volver a la ciudad y enfrentarme a Aiden Collins no sería una opción mucho menos traumática.



Capítulo 29
JOCELYN

—¿Hace mucho que Marta y tú…? —hice un gesto con la mano, dejando la frase en el aire, sin saber muy bien cómo formularla.

Marta ya se había marchado y mi padre y yo estábamos dando un paseo por el pueblo. La tarde estaba fresca, pero agradable, y el sol empezaba a ocultarse tras los tejados de las casas, tiñendo el cielo de tonos anaranjados.

—¿Salimos? —terminó él por mí, arqueando una ceja con diversión.

—Ajá…

—No mucho. Pero hace ya un tiempo que nos "conocemos" —dijo, haciendo el gesto de las comillas con las manos.

Arrugué la nariz.

—No necesito tantos detalles.

Mi padre bufó con diversión, pero vi el destello travieso en su mirada.

—Eres tú la malpensada. Tu padre también tiene necesidades y…

—Papá —lo interrumpí rápidamente, levantando una mano como si así pudiera detener la conversación—. Es suficiente. De verdad.

Él negó con la cabeza, como si estuviera lidiando con una niña pequeña que se tapaba los oídos para no escuchar.

—Qué mojigata eres.

—Vaya, perdone usted, papanator.

Mi padre me miró con fingida indignación, pero terminó riendo.

—¿Papanator? ¿Eso qué demonios significa?

—No sé, pero me ha salido del alma.

Nos reímos juntos mientras seguíamos caminando por la calle empedrada, con la brisa fresca colándose entre las ramas de los árboles.

Después de unos segundos de silencio, su voz volvió a sonar, esta vez más calmada.

—Iba a presentártela.

Eso me hizo girar la cabeza hacia él con más atención.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Te gusta mucho, entonces —no era una pregunta, lo estaba afirmando.

Nunca había visto a mi padre con nadie en todos estos años. Estoy segura de que habría tenido

sus cosas, pero jamás me había presentado a ninguna mujer.

A Marta la había conocido por casualidad, pero que él mismo dijera que tenía pensado presentármela… eso ya demostraba que era algo más.

Mucho más.

—La quiero —reconoció, con esa honestidad sencilla que siempre lo había caracterizado.

Sentí algo cálido y bonito en el pecho.

—No me he permitido querer a nadie desde que tu madre…

No terminó la frase, pero no hacía falta. Todavía le dolía. Porque él sí la había querido mucho.

Pero el divorcio era inevitable. Su relación con mamá había llegado a un punto insoportable, y al final, ella se marchó. Se fue prometiendo que volvería a por mí cuando tuviera un sitio donde llevarme.

Hasta el día de hoy.

Mi padre, aunque nunca lo admitiera, la esperó durante mucho tiempo. Y sé que, en algún punto, se dio cuenta de que la mujer con la que se casó jamás volvería.

Entonces, se dedicó a mí. Nunca lo dijo en voz alta, pero sé que esa fue la principal razón por la que nunca pensó en tener nada con nadie.

Pero hacía años que yo ya no estaba en casa. Y me alegraba saber que él ya no estaba solo.

Sin pensarlo mucho, entrelacé mi brazo con el suyo y apoyé mi cabeza en su hombro mientras paseábamos.

—Es muy guapa —le dije con una sonrisa.

—¿Verdad? —escuché la emoción en su voz y mi sonrisa se hizo más grande.

—Sí. Y muy simpática. Me gusta.

Y era cierto.

Aunque nuestro encuentro hubiera sido de aquella manera—y aunque todavía estuviera procesando el trauma—, la mujer me había caído bien.

Había algo en su forma de hablar, en su manera de sonreír con naturalidad, que me gustaba. Y viendo cómo mi padre la miraba, cómo hablaba de ella, supe que era importante para él.

—Se quedó viuda hace años —me explicó.

Levanté la cabeza de su hombro para mirarlo con curiosidad.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Su marido falleció de un infarto. Fue algo repentino, ya sabes cómo son estas cosas…

Fruncí los labios y asentí con la cabeza.

—Vaya…

—Marta es una mujer fuerte —continuó él, sonando orgullo—. Sacó adelante a sus dos hijos sola, trabajando de todo un poco. Ahora ya son mayores, tienen su vida, pero durante mucho

tiempo ella se dejó en segundo plano para que no les faltara nada.

—Eso es admirable —dije con sinceridad.

Mi padre sonrió con ese brillo en los ojos que rara vez se le veía. Como si hablara de alguien a quien realmente admiraba.

—Lo es. Siempre tiene una palabra amable para todo el mundo, le encanta cocinar, aunque no siempre le salga bien… —rio, sacudiendo la cabeza con diversión—. Dios, el otro día intentó hacer una paella y casi prendemos fuego a la cocina.

Solté una carcajada.

—Bueno, si es buena persona, se le perdona lo de la paella.

—La mejor —afirmó él—. Es de esas personas que te hacen la vida más fácil solo con estar ahí, ¿sabes?

Sí, lo sabía.

O al menos, lo entendía.

Porque mi padre no era un hombre de muchas palabras, no iba por ahí soltando discursos emocionales. Si decía algo así de alguien, era porque realmente lo sentía.

Sonreí.

—Me alegro mucho por ti, papá.

Él suspiró, pero su expresión se suavizó mientras me daba un leve apretón en el brazo.

—Me costó permitírmelo. Pensar en volver a querer a alguien después de todo…

—Lo sé —dije en voz baja.

Mi padre miró al frente, con esa expresión de quien lleva demasiado tiempo reflexionando sobre algo.

—Pero la vida sigue. Y al final, si tienes la oportunidad de ser feliz, aunque sea de otra forma… hay que aprovecharla, ¿no?

Suspiré.

—Sí… supongo que sí.

Mi padre me miró de reojo, como si pudiera ver más de lo que yo quería mostrar. Como si supiera que sus palabras habían tocado un punto sensible en mí.

Pero, en lugar de insistir, simplemente dejó escapar un suspiro y me pasó un brazo por los hombros, atrayéndome hacia él.

Me acurruqué un poco contra su costado, cerrando los ojos por un instante. Y suspiré, disfrutando de la sensación de sentirme en casa.

De sentirme segura.

De sentir, por un momento, que todo estaba bien.

Pero la sensación no duró mucho…

Porque la realidad, esa que había intentado dejar atrás al venir aquí, seguía acechando en algún rincón de mi cabeza, esperando el momento justo para recordarme que nada estaba bien.



Capítulo 30
AIDEN

La vi sentada en el césped, frente al lago, y suspiré de alivio.

Elise no había querido decirme dónde estaba, pero Jocelyn no era solo su amiga, también era la mía, y la conocía bien. Y la mirada de Elise cuando mencioné el pueblo me hizo entender que no me había equivocado.

Había vuelto a casa.

No me lo pensé dos veces y fui a buscarla. Pero cuando llegué, la casa estaba vacía. Llamé a la puerta varias veces, pero nadie respondió. Esperé un rato, sentado en el porche, por si acaso volvía. Quizás había salido a dar un paseo con su padre, o había ido a comprar algo.

Y me quedé ahí.

Ni siquiera me había acercado a saludar a mis padres, que habían vuelto la tarde anterior después de la boda fallida. Aunque al menos los llamé para que supieran que estaba bien. Pero ahora mismo, mi prioridad era encontrarla a ella.

Al final, me levanté y comencé a caminar sin rumbo, hasta que, sin darme cuenta, terminé aquí.

Y entonces la vi.

Mi corazón dio un vuelco.

Estaba sentada en el césped, con las piernas encogidas y los brazos rodeando sus rodillas. La brisa mecía suavemente su cabello y, por un instante, me golpearon los recuerdos. Todas las veces que habíamos estado aquí cuando éramos unos críos, sin imaginar lo que pasaría entre nosotros, sin imaginar que un día estaría buscándola como un hombre desesperado.

Tragué saliva y me acerqué lentamente. Me detuve a su lado, sin saber si era bienvenido.

—Hola —susurré.

Vi la sorpresa en sus ojos cuando levantó la mirada. Al principio, fue un simple sobresalto, el reflejo automático de no esperarme allí. Luego, sus labios se entreabrieron, como si estuviera a punto de decir algo, pero no supiera qué.

—¿Qué…? —comenzó a incorporarse, pero negué con la cabeza y levanté una mano, deteniéndola con el gesto.

—¿Puedo sentarme? —pregunté—. No quiero molestar.

Parpadeó un par de veces, dudando, pero finalmente asintió con la cabeza.

—Sí —dijo en un murmullo.

Me dejé caer a su lado, manteniendo una distancia prudencial. Una distancia que iba en contra de todo mi instinto. Porque lo único que quería desde el momento en que la vi era agarrarla, abrazarla, tocarla, besarla…

Tragué saliva con fuerza y desvié la mirada al frente, intentando calmar el revoltijo en mi pecho.

Dobladas las piernas, empecé a jugar con el césped, arrancando briznas entre mis dedos, buscando algo en lo que distraerme.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté al final, mirándola.

Error.

Porque en cuanto lo hice, algo en mi interior se apretó. Sus ojos brillaban, como si contuvieran un mar de pensamientos que no decía en voz alta. Sus labios, entreabiertos, eran una maldita tortura. Su sola presencia, su cercanía, era un recordatorio de todo lo que había ocurrido entre nosotros.

Cerré los ojos un instante. Intentando respirar.

Cuando los abrí, ella tenía el ceño fruncido, como si intentara descifrar algo en su propia mente. Pero entonces, suspiró.

—Huir —dijo, con voz queda.

Fruncí el ceño.

—¿De qué? —pregunté—. ¿O de quién?

Se encogió de hombros, como si la respuesta no tuviera demasiada importancia.

—Diría que de mí, pero es difícil hacerlo, ¿no?

Sonreí con tristeza.

—Un poco —admití.

Ella asintió y desvió la mirada hacia el lago. Pero yo no.

Yo me quedé allí, mirándola.

Era preciosa. La mujer más hermosa que había visto en mi vida. Y, joder, ¿por qué no me había dado cuenta de ello antes? ¿Por qué la vida nos había hecho perder tanto tiempo?

—Así que… de alguien, entonces —dijo ella, como si se respondiera a sí misma—. Huyo de alguien.

Algo en mi pecho se tensó.

—¿Te hizo daño? —pregunté en un susurro.

Jocelyn giró la cabeza para mirarme, y por un momento, no respondió. Luego negó con la cabeza.

—No queriendo, al menos.

Mi mandíbula se apretó con fuerza.

—Eso no le quita que sea un gilipollas.

Una risa amarga escapó de su garganta, y la sentí en lo más hondo.

—Supongo que sí —dijo, sin más—. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí. ¿Qué haces aquí?

Desvié la mirada por un segundo.

—Yo… —tragué saliva y volví a mirarla—. Yo soy el gilipollas.

Ella parpadeó, sorprendida, antes de que una pequeña mueca divertida, casi involuntaria, se dibujara en sus labios.

—Oh… —murmuró.

Una sonrisa triste apareció en mi rostro al verla. Porque esos labios… esos labios…

Joder.

Gemí en silencio y me pasé una mano por el pelo, frustrado.

—Sí —confirmé, con un suspiro—. Soy el gilipollas que le hizo daño a alguien muy importante para mí.

Ella tragó saliva.

—¿Muy importante? —carraspeó.

La miré fijamente.

—Mucho —le aseguré.

Y, en ese instante, algo dentro de mí se rompió cuando vi cómo sus ojos se anegaban en lágrimas.

Pero no podía detenerme ahora. Necesitaba decirlo. Necesitaba que lo escuchara todo.

—Dejé que se fuera en el peor momento —continué—. Dejé que se marchara sin decirle lo que significaba para mí porque me pudo el orgullo. Porque estaba herido, porque ella dijo que no había significado nada. La creí.

Reí, pero no había alegría en mi risa. Solo amargura.

—La creí y la dejé ir —continué—. Porque estaba demasiado centrado en mí mismo como para darme cuenta de que me estaba mintiendo.

Vi cómo una lágrima solitaria resbalaba por su mejilla. Y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no limpiarla con mis propios dedos.

Pero ella necesitaba escuchar esto. Necesitaba saberlo todo.

—¿Crees que te mintió? —preguntó en voz baja, con un temblor casi imperceptible en sus palabras.

Mis ojos se clavaron en los suyos.

—Lo sé —afirmé sin dudar—. Le tiembla el labio cuando va a llorar, y cuando miente.

Ella apretó los labios. Como si, por instinto, intentara evitar que ocurriera.

—Ah, ¿sí? —preguntó, realmente sorprendida.

—Sí.

Jocelyn frunció el ceño, como si no estuviera segura de si creerme o no.

—Supongo que la conoces bien —murmuró, con un intento de ironía en su voz.

La miré y negué con la cabeza, sin dudarlo.

—No tanto como me gustaría —dije entonces, con absoluta sinceridad.

Ella parpadeó, desconcertada por mi respuesta. Nos quedamos en silencio durante un momento, mirándonos. Pero fue ella quien carraspeó primero y desvió la mirada.

Y yo hice lo mismo.

Sentí la tensión en el aire, la lucha interna en cada uno de sus gestos, el peso de todo lo que aún no se decía entre nosotros.

Respiré hondo y volví a hablar, sin apartar la vista del lago.

—La quiero —dije, poniendo en palabras lo que sentía.

Porque en eso se resumía todo. Ya no tenía ninguna duda.

Noté cómo me miraba de reojo, pero no me giré.

—La quiero como amiga. La quiero como socia —continué, porque esa empresa era tan suya como mía, y ya era hora de hacerlo oficial—. Y la quiero como algo más.

Como todo. Esa era la verdad.

No la vi moverse, pero sí sentí cómo su respiración se aceleraba.

—Aiden… —murmuró, y su voz se quebró.

Solo entonces me atreví a mirarla.

Su expresión estaba dividida entre el dolor y la incredulidad, como si quisiera creerme, pero no pudiera permitírselo. Como si temiera que lo que estaba diciendo no fuera real.

—No soy el tipo de hombre de grandes demostraciones o palabras bonitas —admití—. No sé cómo se supone que se maneja esto.

Ella me observó con cautela, sin moverse.

—Me he estado volviendo loco con todo lo que provocas en mí porque no sé manejarlo —seguí—. Porque nunca he vivido algo así, tan…

—¿Tan qué? —me animó a continuar cuando mi voz se apagó.

Tragué saliva y me forcé a decirlo.

—Tan intenso —solté finalmente—. Jamás había deseado así, jamás había sentido esto por nadie.

Ella entrecerró los ojos, sacudiendo la cabeza.

—Eso es solo deseo —murmuró, como si intentara convencerse a sí misma más que a mí.

Me acerqué más a ella y tomé su rostro entre mis manos, limpiando con los pulgares las lágrimas que caían silenciosamente por sus mejillas.

Ella se quedó inmóvil.

—No —susurré, con una certeza—. No es solo deseo. Querer tocarte, besarte, entrar en ti porque si no lo hago de nuevo, siento que moriré, eso sí es deseo —dije con crudeza.

—Aiden… —su voz tembló, apenas un susurro.

—Pero no es solo eso —interrumpí, con la respiración entrecortada—. Casi me vuelvo loco cuando no te encontraba. Y maldita sea, Jocelyn, esto no se trata de esa maldita carta de dimisión, no se trata del trabajo, la empresa se puede ir a la mierda. Se trata de ti.

Acaricié sus mejillas, limpiando sus lágrimas con el pulgar, desesperado por hacerla entender.

—Se trata de que te necesito. De que quiero verte cada día. De que me puede faltar el jodido mundo, pero tú no.

Ese era el punto, ¿no? A eso se refería Cameron.

—No sé desde cuándo. No sé si siempre estuviste aquí o si te fuiste metiendo poco a poco —tomé una de sus manos y la coloqué sobre mi pecho, donde mi corazón latía con fuerza.

Negué con la cabeza, sin poder encontrar la respuesta, pero con la certeza absoluta de una sola cosa.

—Lo único que sé es que es tuyo. Y que no podrá ser de nadie más.

Pero antes de que pudiera seguir, antes de que pudiera hacer algo más, Jocelyn se separó bruscamente de mí, se levantó de un salto.

Sentí que me faltaba el aire al verla alejarse.

—Jocy… —me levanté, cerrando la distancia entre nosotros—. Nena…

Las lágrimas corriendo sin control por su rostro.

—No es amor —dijo, con la voz rota.

—No llores, maldita sea —gruñí, desesperado.

Di un paso hacia ella, pero levantó una mano, deteniéndome. Poniendo distancia.

—No es amor —repitió, su cuerpo temblando—. Es costumbre. Es…

No la dejé terminar. La atrapé por la cintura y la pegué a mí, acallando su resistencia con un beso suave, uno que pretendía ser breve, pero que se demoró más de lo que debía.

Me separé solo lo justo para que pudiera mirarme.

—¿Lo notas? —pregunté en un murmullo, deslizando una de mis manos hasta su rostro—. Tiemblo por la necesidad que tengo de ti.

Tomé una de sus manos y la coloqué sobre mi pecho, para que sintiera lo mismo que yo.

—Es por ti por quien late así. ¿Por qué no me crees?

Jocelyn parpadeó, sus pestañas húmedas de lágrimas, su labio temblando ligeramente. Pero en su mirada había algo más.

—Ibas a casarte ayer —dijo, con la voz quebrada—. Ibas a darle el “Sí, quiero” a otra… y ahora me dices que me quieres a mí.

Intentó separarse de mí, pero no la dejé. No esta vez.

—Iba a decir que no.

Su cuerpo se tensó. Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Qué?

—Iba a decir que no, Jocelyn. Iba a decir que no podía casarme con ella. Pero Samantha se me adelantó —cogí su rostro entre mis manos, desesperado—. Tienes que creerme —mi voz casi sonó a súplica.

Ella abrió los ojos de par en par, completamente aturdida.

—¿Ibas a dejarla plantada? —su tono se elevó—. ¡¿Por mí?!

Parecía más horrorizada que antes, si es que eso era posible.

—No podía casarme con alguien a quien no amaba —respiré hondo, necesitando que lo entendiera—. Y en ese momento, no sabía exactamente lo que sentía por ti… Solo sabía que te deseaba como nunca había deseado a nadie y que me estaba volviendo jodidamente loco.

Me obligué a ser sincero.

—Técnicamente, la iba a dejar por mí. Pero te quiero, nena.

Jocelyn dejó escapar una risa sin humor, incrédula.

—¡Pero si eso fue ayer!

—Ya, bueno… —me encogí de hombros, con una mueca—. Al parecer, lo que sentía ya estaba ahí, solo tenía que verlo.

Ella parpadeó, tratando de procesarlo todo.

—¿Y cómo…?

Gemí, frustrado.

—No preguntes, nena. Mejor no preguntes.

No le di tiempo a decir nada más porque la besé. Porque estaba deseando hacerlo, porque necesitaba su boca como necesitaba el aire. Sus labios sabían a lágrimas, pero también a esperanza cuando, después de un instante de duda, me devolvió el beso.

Me separé apenas unos milímetros, dejando mi frente apoyada en la suya.

—Te quiero —mi voz salió baja, ronca, pero con la seguridad más absoluta que había sentido en mi vida—. Te quiero, Jocelyn. Sin lugar a duda.

Ella tragó saliva, y vi en su expresión todo el peso de sus emociones.

—Eres mi persona favorita.

Jocelyn soltó una risa entrecortada y se sorbió los mocos.

Me hizo reír.

—Sé que puede ser difícil de creer, pero… —tomé sus manos entre las mías— ¿Me darías una oportunidad para demostrártelo?

Y entonces, sonrió.

Maldita sea… ¡Sonrió!

Y en ese momento, me sentí el hombre más feliz del mundo.



Capítulo 31
JOCELYN

El viaje de vuelta a casa había sido largo, sobre todo porque tuvimos que hacerlo separados, cada uno en su coche.

Tardé poco en cargar de nuevo la maleta y bajar las escaleras.

A mi padre no pareció importarle demasiado mi marcha. O, al menos, no lo suficiente como para intentar disuadirme.

—Si es que, ¿qué ibas a hacer aquí? —dijo con una sonrisa.

Tenía razón. Yo no tenía mucho que hacer. Pero viendo las miradas que él y Marta se lanzaban… él sí.

En fin…

Me despedí de los dos en la puerta de casa. Aiden, que había pasado a saludar a sus padres, ya estaba esperándome.

—¿Nos vamos? —preguntó, tras estrechar la mano de mi padre.

Asentí, dándole un último beso a Marta y otro a él.

—Jocelyn… —me llamó mi padre.

Me detuve antes de dar un paso más.

Pensé que me iba a preguntar algo. O que vería en su mirada ese análisis silencioso que hacía cuando intentaba descifrarme. Pero lo único que encontré fue una sonrisa.

—Me gusta —dijo.

No hizo falta decir más.

Le di un abrazo enorme, riéndome, y él rio conmigo. Cuando me solté, salí corriendo hacia Aiden, que me recibió en sus brazos.

El viaje se hizo eterno, pero al fin estábamos en la ciudad. Y, por lo que veía en la mirada de Aiden, la espera había sido una tortura para él también.

Su mano se apretó alrededor de la mía mientras el ascensor subía.

—Me está costando la vida no parar el ascensor y follarte aquí mismo —dijo, con la voz ronca.

El calor me recorrió el cuerpo en un segundo. Lo miré con una ceja enarcada, disfrutando de la forma en que su mandíbula se tensaba.

—No sería yo quien te parase.

Su gemido fue bajo, casi un gruñido, y el deseo en sus ojos me hizo estremecer.

—Lo haré —sonó a promesa—. Pero hoy no.

—¿Por qué no?

—Porque hoy quiero hacerlo bien.

Me recorrió con la mirada, como si ya estuviera imaginándose exactamente cómo.

—¿Y qué es hacerlo bien?

—Con tiempo —dijo, con la voz más áspera—. Sin prisas. Memorizándote. Saboreándote.

El latido en mi garganta se volvió insoportable.

—Follándote con las manos. Con la lengua. Con mi polla…

Mi respiración se cortó.

—Una y otra vez.

Joder. Gemí, sin poder evitarlo.

Sus ojos se oscurecieron aún más.

—Al final, la que va a parar el ascensor soy yo —susurré, sintiendo la urgencia ardiendo en mi interior.

Aiden sonrió, ladino.

—Qué poco control, Walker.

—Ninguno —admití—. Eso es cosa tuya.

Pero, al parecer, él tampoco tenía mucho. Porque en el momento en que la puerta se cerró a nuestras espaldas…

—A la mierda —gruñó, y antes de que pudiera procesarlo, ya me tenía contra la puerta.

Su boca atrapó la mía con urgencia, su cuerpo aplastándome contra la madera, sus manos recorriéndome con desesperación.

No había control, no había paciencia. Solo necesidad.

Jadeé contra sus labios cuando sus dedos se deslizaron dentro de mis pantalones, dentro de mis bragas, encontrándome exactamente como él esperaba.

—Oh, Dios… —gimió, su respiración entrecortada contra mis labios—. Sabía que estarías así.

No pude contestar. Solo me aferré a sus hombros cuando su dedo recorrió mi centro, empapado y listo para él.

—Joder, Aiden…

—Lo siento, nena —gruñó entre dientes mientras intentaba desabrochar mi pantalón, sus manos torpes por la impaciencia.

—¿Por qué? —pregunté, haciendo lo mismo con el suyo, aunque mi propia urgencia no me permitía coordinar bien los movimientos.

Él dejó escapar una risa áspera, oscura.

—Porque todo el control y la calma que te prometí… van a tener que esperar.

Un segundo después, mi pantalón y mi ropa interior estaban en el suelo. El suyo también.

Su piel ardía contra la mía, su erección dura y caliente frotándose contra mi sexo, arrancándome un gemido.

—Necesito follarte ahora mismo —gruñó, con la mandíbula tensa, poniéndose rápidamente un preservativo.

Me mordí el labio y lo miré a los ojos.

—No seré yo quien te pare.

Su mirada se oscureció.

—Eso lo sé. Y no te haces una idea de cómo me gusta.

Sin darme tiempo a reaccionar, me agarró por los muslos y me alzó, haciéndome rodear su cintura con mis piernas.

Me sujetó con fuerza contra la puerta y, sin más preámbulos, se hundió en mí de una sola vez.

Un jadeo ahogado se escapó de mi boca.

—Dios…

—Mierda, Jocelyn… —su frente cayó contra la mía, sus manos apretando mi trasero mientras contenía el temblor de su cuerpo—. Joder, nena, eres tan jodidamente perfecta.

Me besó, y comenzó a moverse. Primero con un ritmo lento y profundo, pero apenas aguantó unos segundos. Mis uñas se clavaron en su espalda cuando intensificó el ritmo.

—No puedo… —murmuró, su respiración entrecortada mientras sus embestidas se volvían más rápidas, más fuertes—. No puedo ir lento.

—No quiero que vayas lento —susurré contra su boca.

Sus labios se estamparon contra los míos en un beso desesperado mientras me empujaba contra la puerta con cada estocada, llenándome por completo.

Los gemidos se mezclaban con el sonido de nuestros cuerpos chocando, con el crujido de la madera detrás de mí, con la forma en la que mi nombre se escapaba de su boca como un maldito rezo.

Cada movimiento era más intenso que el anterior, cada roce, cada embestida, enviaba chispazos de placer por mi piel.

Mi orgasmo no tardó en llegar.

—Aiden… —gemí, aferrándome a él con todas mis fuerzas, sintiendo cómo todo mi cuerpo se tensaba con el clímax que se avecinaba.

—Eso es, nena, dámelo todo —gruñó contra mi cuello—. Quiero sentir cómo te corres alrededor de mi polla.

Su voz ronca, su cuerpo contra el mío, su boca…

El placer me golpeó con tanta fuerza que el mundo dejó de existir.

Mis piernas se apretaron con fuerza a su alrededor, mi espalda arqueándose contra la puerta

mientras el orgasmo me sacudía de pies a cabeza.

Aiden maldijo, su ritmo volviéndose errático.

Un último empuje y gruñó mi nombre, su cuerpo estremeciéndose cuando alcanzó su propio clímax, vaciándose por completo

Se quedó quieto un momento, con la respiración entrecortada, su frente apoyada en la mía.

Y entonces, sin decir nada, su boca encontró la mía en un beso lento, más dulce de lo que esperaba.

Y, joder, fue perfecto.

—Nena…

—Hmmm… —suspiré, recibiendo otro dulce beso.

—¿Te quieres casar conmigo?



Epílogo
AIDEN
Un año después…

Era la segunda vez que me encontraba en un altar, vistiendo el traje de novio.

Pero era la primera vez que no tenía ninguna duda. La primera en la que no abrí la boca dispuesto a decir que no, como estuve a punto de hacer la otra vez.

Era la primera vez que miré a la mujer frente a mí y pronuncié con fuerza el "Sí, quiero", sintiéndolo en cada jodido latido de mi corazón.

Y la primera en la que ella me devolvió la mirada con esa sonrisa, con esos enormes y preciosos ojos, y dijo lo mismo.

Dios, sí, estaba feliz. Feliz como nunca antes.

Pero también estaba desesperado.

Resoplé, echando la cabeza hacia atrás.

—Joder, tío, quién te ha visto y quién te ve —se burló Cameron a mi lado, ofreciéndome una copa.

La acepté, le di un sorbo, pero volví a suspirar.

Cameron rio.

—¿Qué te pasa? ¿No deberías estar en la cima del mundo ahora mismo?

Y lo estaba.

¿Cómo no iba a estarlo?

Me había casado con la mujer que amaba. La empresa iba mejor que nunca y habíamos tenido que expandirnos, abriendo varias sucursales fuera de la ciudad. *Wedding Dreams* se había convertido en una referencia, y en gran parte, era gracias a Jocelyn.

Porque ella había sabido manejar lo que, para cualquier otro negocio, podía haber sido un desastre.

Mi boda fallida con Samantha había sido la comidilla de las redes sociales, sí, pero en lugar de hundirnos, Jocelyn lo había transformado en un golpe maestro de marketing.

“Sabemos lo que es que te digan que no. Déjanos encargarnos de que tu boda sea un sí.”

O mi favorita:

“Si hasta el CEO superó el desastre, nosotros podemos con todo.”

Joder, si es que era la mejor.

Y un año después, ahí estábamos. Casados. Porque ninguno de los dos estaba dispuesto a esperar más.

Bueno, siendo sincero, yo no estaba dispuesto a esperar más. Jocelyn, en cambio, habría preferido ir con más calma. Para todo.

No para decirme que sí, eso lo hizo el mismo día en que comenzó nuestra relación. Y luego, claro, hubo una pedida de verdad. Y, siendo el CEO de una empresa organizadora de eventos, ya te puedes imaginar…

No, la verdad es que no puedes, déjalo.

Como decía, al principio a ella le costó que las cosas fueran tan rápido. Tan rápido como que lo hice público el lunes, después de que el sábado anterior fuera el día en el que, en teoría, iba a casarme con otra persona.

Así que imagina la situación.

El primer día que volvimos a la oficina, recién estrenando nuestra relación, Jocelyn tuvo la brillante idea de sugerir que lo mantuviéramos en secreto.

Ja. Como si yo fuera a permitir algo así.

“Tienes que entenderlo, Aiden. Hace unas horas ibas a casarte… con otra. La gente pensará que…”

La gente podía pensar lo que le diera la gana. A mí me importaba más bien poco.

Yo no quería mantener el control de la situación, quería gritarlo a los cuatro vientos. Ya lo había hecho con mi familia, que pasó del asombro a los gritos de emoción en cuestión de segundos.

Especialmente Elise, que un poco más y pare por la emoción allí mismo.

Y ahora tocaba el resto del mundo.

Así que, en cuanto cruzamos la puerta de la oficina, le cogí la mano, entrelacé nuestros dedos y, cuando noté que intentaba soltarse, simplemente la levanté en alto, saludando a toda la oficina con una sonrisa de oreja a oreja. Y dije: “Nos vamos a casar.”

Sí, se me fue un poco la olla. Y me costó una buena bronca, pero, sinceramente, la reconciliación hizo que valiera completamente la pena.

Desde entonces, no la solté, ni tenía pensado hacerlo. Jocelyn era todo lo que necesitaba para ser feliz.

Aunque, en ese momento, no lo estuviera tanto.

—Lo estaría si la maldita gente se largara ya —gruñí, pasándome una mano por el pelo, inquieto.

Cameron soltó una carcajada.

—Ni siquiera ha pasado una hora, cálmate.

—No quiero calmarme —murmuré, buscando a Jocelyn con la mirada entre los invitados—. Quiero estar con mi esposa.

Mi esposa.

Joder. Me encantaba cómo sonaba.

—Es una boda, Aiden. La gente va a estar aquí un rato más. Y horas… —se rio Cameron, dándome una palmada en la espalda.

—¿Sí? Pues que se jodan.

Cameron me miró, alzando las cejas.

—¿No eras tú el que solía decir que todo en la vida requiere control?

Bufé.

—Pues el amor me ha jodido todo el control, ¿vale?

Y él volvió a reírse.

—Dímelo a mí.

Pero yo ya no le estaba escuchando, porque acababa de verla.

Jocelyn.

Y todo lo demás dejó de importar.

Porque ahí estaba ella, con ese vestido que me había tenido al borde de la locura desde que la vi caminando hacia el altar, con esa sonrisa que me hacía sentir como si nada antes de ella hubiera existido.

Como si lo único que importara en mi jodida vida fuera esto.

Ella.

Nosotros.

—Voy a secuestrarla —solté, sin pensarlo.

Cameron me miró, divertido.

—¿Sí? ¿Y qué van a decir los invitados?

—Que les den.

Dejé la copa en la primera mesa que encontré y crucé el salón sin dudarlo.

Jocelyn me vio venir y su sonrisa se ensanchó.

—¿Todo bien? —preguntó cuando llegué a ella.

Puse mis manos en su cintura y la acerqué a mí.

—No.

—¿No?

—No. Necesito estar a solas contigo. Ahora.

Su risa fue la cosa más jodidamente hermosa que había escuchado en mi vida.

—¿Y qué hacemos con todos los invitados?

—Que se jodan —repetí.

—Bonito discurso de recién casado —se burló, arqueando una ceja.

Le acaricié el rostro, mi pulgar recorriendo su mejilla con ternura.

—Voy a secuestrarte.

—Oh, vaya, qué miedo.

—Te quiero, nena —dije entonces, solo porque necesitaba decírselo.

Porque con ella, el amor no era algo que se diera por sentado. No era solo un sentimiento silencioso, contenido, implícito en los gestos.

Con ella, el amor era declararlo en voz alta, sin miedo, sin reservas.

Era la necesidad de decírselo, de escucharlo, de reafirmarlo cada día.

Jocelyn sonrió.

—Y yo a ti…

—Me alegro, porque entonces no me vas a detener, ¿no?

—No, no te voy a detener —susurró, con esa sonrisa que me volvía loco—. Así que…

No la dejé terminar. Tomé su mano y la arrastré conmigo, sin importarme nada ni nadie más.

Porque el control me había dado muchas cosas en la vida.

Pero ella… ella me estaba enseñando lo que era realmente vivir.

Y amar.



Los titulares, esta vez, fueron diferentes.

“La boda del año: la novia dijo “Sí” y el novio nunca lució tan feliz.”

“*Wedding Dreams* cumple su promesa: un enlace perfecto para su propio CEO.”

“De la tragedia al cuento de hadas: Aiden Collins y Jocelyn Walker sellan su amor en una boda inolvidable.”

Los hashtags no tardaron en explotar en redes sociales:

#SíQuiero

#CollinsWalkerWedding

#FinalFeliz

#BodaDeEnsueño

Las fotos del evento estaban por todas partes. Aiden besando a Jocelyn en el altar. Aiden y Jocelyn riendo mientras bailaban. Aiden susurrándole algo al oído mientras ella se sonrojaba.

Pero había una imagen en particular que se estaba volviendo viral.

Una en la que él tenía su mano sobre el vientre de ella, con una sonrisa en sus labios.

“¿Wedding Baby en camino?”

NOVELAS

Vega Manhattan

01 — Emmanuel

02 — Huyendo del príncipe azul

03 — Ódiame… Pero quédate conmigo

04 — Una propuesta arriesgada (Propuesta 1)

05 — Una propuesta peligrosa. La historia de David (Propuesta 2)

06 — En las manos del Duque

07 — Siempre fuiste tú (FBI 1)

08 — Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah (FBI 2)

09 — Siempre serás tú. La historia de Alan (FBI 3)

10 — La seducción del Highlander

11 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas

12 — Para mi desgracia, mi jefe

13 — Todo por sentir

14 — Toda una vida

15 — Un lugar para refugiarse

16 — No callaré para siempre

17 — Cambiaste mi vida

18 — Sin mirar atrás

19 — Te protegeré siempre (FBI 4)

20 — Mi lugar eres tú (Relato navideño)

21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe

22 — Cupido. ¡La madre que te parió!

23 — Lo que provocas en mí

24 — Un hermanastro por Navidad

25 — Tengo ganas de ti

26 — Jefe, ¡que te den!

27 — Un regalo de NAVIDAD para ti (Relato navideño)

28 — ¡Por qué no te callas!

29 — Raven. Serie La Mansión 1

30 — Rain. Serie La Mansión 2

31 — Romeo. Serie La Mansión 3

32 — Un jefe por Navidad (Relato navideño)

33 — Raider. Serie La Mansión 4

34 — Vengo a hablar de mi jefe

35 — Improbesemos

36 — A la mierda el amor

37 — Vuelve a casa por Navidad (Relato navideño)

38 — Cupido, ¡por qué mi Jefe!

Recopilaciones

—Serie Propuesta

—Serie FBI

—Serie La Mansión

Explora todas mis novelas escaneando este código.

